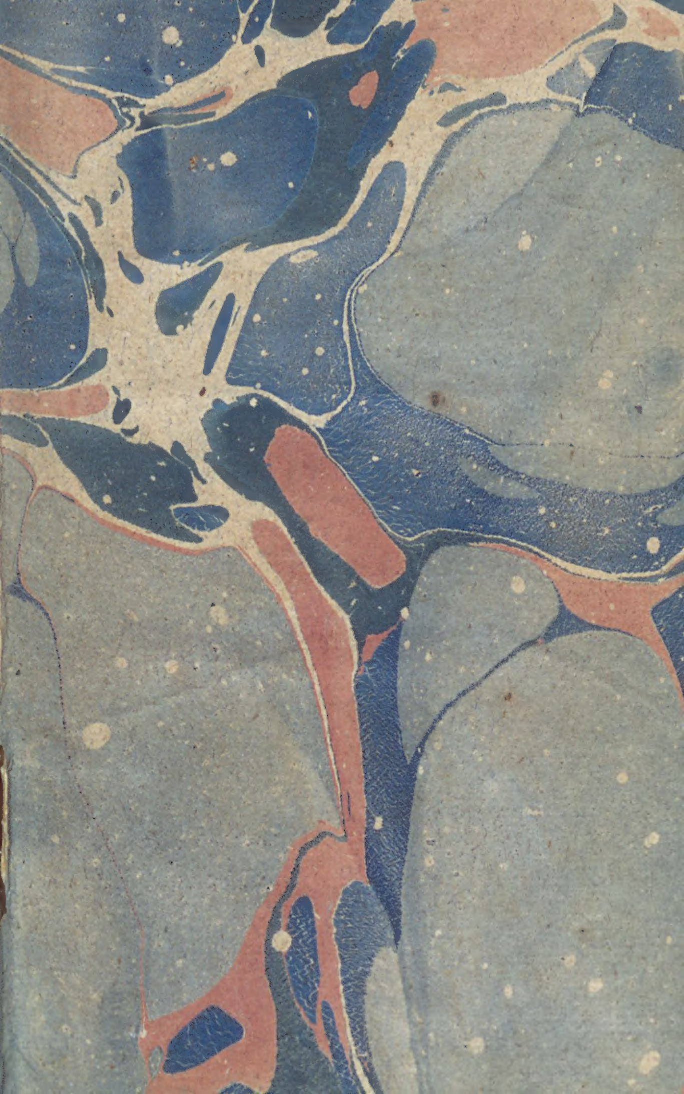






OBRAS COMPLETAS

DE

MISTRESS BENNET.

TOMO IV.

ANA,

Ó LA HEREDERA DEL PAÍS DE GALES:

TRADUCIDA

POR

DON FELIX ENCISO S. A.

TOMO IV.

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
1819.

Se hallará en las librerías de Escamilla *calle de Carretas* , *y de* Amposta *calle del Príncipe*.

ANA,

Ó LA HEREDERA DEL PAÍS DE GALES:

TRADUCIDA

POR

DON FÉLIX ENCISO S. A

TOMO IV.

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
1819.

Se hallará en la librería de Escamilla calle de Carretas, y en la de [illegible] calle del Príncipe.

ANA,

Ó LA HEREDERA DEL PAÍS DE GALES.

CAPÍTULO LXXII.

Se renuevan las escenas pasadas.

Durante el viaje de Londres á la montaña experimentó Ana varias sensaciones demasiado vivas para poder ser explicadas, pues eran el lenguaje puro é interesante de su gratitud al sabio ordenador de todos los sucesos, y al mismo tiempo muy diferentes de las que la habian afectado la última vez que anduvo aquel propio camino. ¡Con qué angustia no habia dejado la casa de Dalton! ¡En qué tristes reflexiones no iba sumergida cuando se alejaba de la buena Mistress Wellers!

¡y cuánta no era entonces la miseria en que se hallaba, y la que preveía para lo futuro! Ella reconoció el parage en que habia visto pasar al Lord Sutton con Dalton, y no pudo menos de estremecerse, é igualmente derramar copiosas lágrimas cuando volvió á ver el sitio en que habia tomado el coche.

Mas ahora volvia siendo no ya una pobre huérfana que huía de la cárcel y de la tiranía de aquellos, á cuya caridad pensaba que debia su subsistencia, para ir á vagar por el mundo buscando donde ganar su sustento con el trabajo de sus manos, sino regresaba triunfante, rodeada de amigos, rica y honrada. Penetrada de los diferentes sentimientos que producian sus reflexiones derramaba dulces lágrimas en el seno de Mistress Wellers, quien elogiaba su tierna sensibilidad y gratitud; pero rogándola que apartase de su memoria todos los tristes recuerdos de lo pasado, y no mirase sino la perspecti-

va de felicidad que se abria á su vista; y á todo esto añadia la siguiente máxima, hija de sus reflexiones y cincuenta años de experiencias: que mediante la paciencia y la resignacion la calamidad presente, por mas amarga que sea, ó por dificil de sufrir, siempre viene seguida de algun beneficio.

Con esta consoladora conclusion llegaron á la montaña, donde fueron tiernamente recibidos por Mr. Wellers y el Dr. Collet, cuyas felicitaciones expresivas y sinceras, hijas de la mas viva amistad, disiparon la nube que habia empezado á tenderse sobre el rostro de nuestra heroina. Luego que ésta principió á serenarse comenzaron tambien á manifestarse los efectos de las penas que habia padecido, dando mucho cuidado á sus amigos. En efecto, podia producir un mal resultado sobre su salud, y el Dr. Collet declaró que las gotas salinas y el reposo la eran absolutamente necesarios. Mistress

Clarke, que no se habia separado de ella, la rogó que siguiese este plan, é inmediatamente se acostó, aunque no para entregarse al descanso.

La sensacion que experimentaba interiormente la convenció de que si el dinero es necesario para mantener la parte física de nuestra existencia, no tiene el mismo poder que la medicina sobre las enfermedades del espíritu. ¿Herbert, el querido y amable Herbert estaba vivo para poder participar de aquellos inesperados dones de la fortuna? ¿Podia sin él hacer la felicidad de Madama Herbert y de la querida Patty, constituirlas independientes de su orgullosa familia, y manifestarlas con sus propias acciones cuánto su filantropía, la bondad de su corazon y la pureza de sus sentimientos eran propias para llenar una alma de aquella felicidad, que en cierto modo juzgan algunos cuasi semejante á la que se puede gozar en el cielo? Pero ella se veía priva-

da para siempre de aquella felicidad, y era la única que su corazon deseaba. En vano se reprendia estas ideas como una falta de gratitud á la divina Providencia, y procuraba dirigir sus pensamientos á las fuentes de felicidad que estaban á los alcances: siempre sus tristes reflexiones iban á estrellarse en una querida imágen, y llegaba á ser insensible á los placeres que Herbert no podia ya disfrutar.

La aurora la encontró desvelada con una fiebre que parecia intermitente, y contra la que nada podia la medicina. Collet temió una predisposicion para la tisis: la inquietud de Mr. Mordant solo podia compararse con la de su hijo, y Mr. Bentley estaba medio loco. Éste pidió una junta de médicos, la que presenció, habiéndolo así solicitado vivamente. Tenia de este arte ciertos conocimientos, que le proporcionaban ser algo mas que un mero espectador, y los empleaba con zelo respecto á los otros, siendo él mismo

un testarudo y molesto enfermo cuando lo estaba; y tratándose de Ana, no solo queria saber la cualidad y cantidad de los remedios, sino tambien administrarlos él mismo.

En pocos dias desapareció la fiebre; pero continuaron la languidez y abatimiento de modo que nada podia causarla tristeza ni satisfaccion. Mr. Mordant se vió precisado á separarse de ella en este triste estado, dejándola á los cuidados de Mistress Wellers, pues tenia negocios de la mayor importancia que arreglar en un pueblo distante de la capital, donde tambien le acompañó su hijo.

La tarde del dia de su viaje, estando Ana asomada á la ventana, vió pasar á Polly Dalton, la compañera de sus primeros años. "¡Ah, queridos amigos! exclamó ella: ¿cómo habeis podido consentir que esté tantos dias tan cerca de Layton sin que haya visto, ó por lo menos me haya informado de Mistress Dalton y

de su familia?"—"En ese punto, respondió Mistress Wellers, bien hubierais podido no acordaros nunca de ellos sin incurrir en nuestra censura."—"¡Oh! no digais eso, replicó Ana: no sabeis cuán buena fue para mí Mistress Dalton, y cuánto me quiso esa jóven. Por favor, os suplico, que envieis á llamar á la que por tanto tiempo he llamado madre, y que desempeñó para conmigo las funciones de tal. En cuanto á las cosas del Lord Sutton yo estoy cierta de que ellos hubieran obrado todavia con mayor vehemencia si se hubiese tratado de una de sus hijas.

"Encantadora jóven, exclamó Mr. Bentley, aunque ellos son dignos de todos los castigos por haber podido desesperar á una alma tan sensible y tan buena, yo quiero ser por mí mismo el mensagero de vuestras bondades:" y en efecto partió. Ana esperando su regreso dió á su corazon el placer de pensar en la felicidad que iba á proporcionar á aquella familia;

pero Mr. Bentley volvió solo, porque Mistress Dalton habia ido aquel dia á Londres con su marido.

Desesperanzado Dalton de obtener empleo alguno cerca de Londres, habia acordado con su muger el retirarse á algun pueblo lejano, donde con el interés de sus bienes y la renta de Mr. Tornhill estuviese al abrigo de nuevas molestias por parte de Mr. Mordant ó de su sobrina. El aviso de la venta de una alqueria en la provincia de Cornualla era el objeto de su viaje á Londres.

Mr. Bentley juzgando que el deseo que Ana manifestaba de ver á los Dalton procedia de la rectitud de sus principios, y deduciendo un pronóstico favorable del interés que queria tomar en sus negocios, la dijo que si la era indiferente el modo de pasar el tiempo podria emplearle en conversacion con él.

Ana con su docilidad natural no podia negarse á una proposicion, que en el mo-

do con que venia hecha anunciaba mas de lo que parecia. Mistress Wellers preguntó, sonriéndose, si ella y el Dr. Collet se verian absolutamente excluidos de la cónferencia. "¡Oh! eso de ningun modo, dijo Bentley : yo solamente me propongo probar á esta jóven que es una ingrata."

Las mejillas de Ana se sonrojaron viéndose acusada de un vicio, que miraba con el mayor horror, aunque los ojos de su acusador manifestaban los mas tiernos sentimientos. Sin embargo, despues de haberse éste sentado la echó en cara del modo mas serio el ocultar alguna pena secreta, que pesaba sobre su corazon; y añadió que si bien no intentaba asustarla, conociendo que era preciso hablar claro, la decia que si esta pena no era combatida con firmeza, minaria poco á poco su constitucion, y la conduciria al sepulcro en la primavera de sus años. Ana mirándole con los ojos clavados y las mejillas sonrosadas le animó á que prosi-

guiese; y él dijo: que cualquiera que fuese la enfermedad de su alma, que podia ser de una naturaleza demasiado sagrada para confiarse á sus amigos; sin embargo, siempre la consecuencia era la ingratitud.

Nuestra heroina se quedó confusa; pero viendo en la seriedad de su semblante que realmente la hacia una reconvencion, no le respondió sino con lágrimas y suspiros.

"Mi querida y amada Ana, continuó él, desde la edad de tres años hasta ahora que teneis veinte y uno siempre habeis sido el objeto de los continuos cuidados del cielo. Contemplad el amor y la providencia del Ser eterno, á cuyas bendiciones sois insensible, y cuyos beneficios apreciais tan poco. Apénas murió vuestro padre, él le suplicó por un estraño y un desconocido, y os hizo encontrar un protector en el seno impío de la avaricia. Por medio de otro milagro os proporcionó una educacion tal cual con-

venia á vuestra alma y nacimiento. Yo he conocido algunas mugeres que desempeñan muy bien el papel de ayas, pero vuestra Mistress Mansel fue escogida por la misma mano del cielo para llevar la vuestra á la mas debida perfeccion. En medio de algunas escenas de desgracias, persecuciones y tentaciones, ¿por ventura no ha conservado Dios vuestra vida y vuestro honor, que os es de una consecuencia casi infinita? Ahora os veis enteramente segura bajo la proteccion de unos parientes, cuya felicidad está concentrada en la vuestra, y con unos amigos que sacrifican todo para contribuir á vuestra tranquilidad, y cuyos corazones gozan con entusiasmo del triunfo de la virtud sobre el vicio. Así, pues, vuestro continuo abatimiento ¿no es una ingratitud respecto á Dios, á vuestros parientes y á vuestros amigos? Vos lo confesareis...... pero aun tengo otro cargo mas grave que haceros."

"¡Oh, mi querido Mr. Bentley! perdonadme, exclamó Ana: yo soy muy culpable: es verdad; pero yo haré cuanto pueda para merecer vuestra estimacion y la de Mistress Wellers en particular, que ha sido tan indulgente para conmigo cuando no tenia otra amiga, y que tomó la defensa de una huérfana abandonada cuando todos la ultrajaban.... pero es imposible resistir á la suerte, añadió anegada en lágrimas, y yo no he nacido para ser feliz."

"Engañada jóven, replicó Bentley con vehemencia, no basta resistir al dolor, es preciso vencerle. Recoged todas las facultades de vuestra alma, empleadlas en actos de beneficencia: recorred las habitaciones de los desgraciados, y viendo los males á que está sujeta la naturaleza humana, aprended á sentir en la madre desgraciada incapaz de satisfacer las necesidades de sus hijos, cuyos gritos excita la hambre: aprended en el desgraciado

padre que llora tal vez no solo por él mismo la pérdida de sus bienes, sino tambien por el honor de toda su descendencia. Mirad la esposa abandonada, insensible á toda otra calamidad que á la que despedaza su corazon, y que hace resonar el aire llorando los extravíos de su infiel esposo. Haced brillar el consuelo en el alma del desgraciado, que habiendo depositado en manos que creía seguras el poco dinero que habia ganado con el sudor de su rostro, se le ha visto arrebatar, y con él todos los medios de proveer á sus necesidades y las de su familia. Creed que descubrireis demasiadas desgracias de esta especie, y persuadios á que son frecuentes y comunes á todos los paises habitados. Buscad al huérfano sin auxilio, y si vuestra imaginacion padece aun en medio de los manantiales de felicidad que podeis procurarle, distribuid alguna parte sobre él. Estas son las augustas y sagradas miras con que el cielo

os ha dotado de nobles sentimientos, de un corazon sensible, del amor á la virtud, y de unos principios de justicia. Para cumplir con estos objetos es para lo que habeis nacido, y sido preservada de tantos males. Mientras que estas santas funciones ocupen vuestra alma, ellas separarán las penas, que no se dejan sentir sino cuando aquella está en inaccion.

,,Mirad estos blancos cabellos mios: ¡Oh, Ana, si pudieseis concebir las penas que ellos cubren, os admirariais de que haya podido llegar á la edad que ellos anuncian! ¡Ay! ¡ay de mí! ni el tiempo, ni la mudanza de lugares ni circunstancias han podido borrarlas de mi memoria. Privado del modo mas cruel de cuanto mi alma adoraba, yo me entregué en otro tiempo á la desesperacion... Esta agravó y prolongó los males, que no tuve la paciencia de sufrir un momento: yo me abandoné á los licores, al bullicio, al desórden, á las diversiones locas é in-

morales; pero en vano creí aturdirme con ellas: la pérdida de mi razon se siguió bien pronto á la de mi sosiego. Mis bienes se habian hecho la presa de la viciosa compañía, con la que cediendo á la turbacion y tormentos de mi corazon despedazado, me sumergí en todos los excesos que mi alma aborrecia. Yo hubiera vivido arrastrando mi miserable existencia en una de aquellas fúnebres casas donde se recoge á los locos, á no haber sido por el amor y la piedad de mi hermana, que casada desde muy jóven, y conducida á la India por su esposo, volvió á Europa viuda y muy rica. Ella me buscó á su regreso: me llevó á su casa, me dió con el mas tierno cariño cuantos auxilios puede procurar el dinero, y recobré por sus cuidados el conocimiento y el sentimiento de mi horrible situacion. Mi tranquilidad estaba perdida para siempre, mi patrimonio disipado, y toda la angustia de mis males se me renovó solo con la idea de

volver á entrar en la sociedad, donde ya no existia para mí todo cuanto me era amado. Mi benéfica consoladora conoció esto, y me propuso mudar de escena y distraerme viajando. Caminamos por cuantos paises nos condujo el capricho: recorrimos la Francia, la España, la Italia y la Alemania. Mi juicio, gracias á Dios, se restableció enteramente; y habiendo caido mi hermana en una enfermedad de languidez, me hallé en estado de ser para aquella querida y amable muger lo que ella habia sido para mí por tanto tiempo, un compañero tierno é inseparable en sus horas de penas y dolores. En fin, murió, dejándome por heredero; y yo continué vagando hasta que comenzando á sentir la molestia de las enfermedades conocí que el reposo y un asilo fijo era indispensable para un anciano. Regresé á mi pais sin darme á conocer, porque mi verdadero nombre no es Bentley, y encontre en los actos de benevolencia el sosiego á mis males.

„La abadía que compré al llegar creo que va arruinándose; pero mi alma halla mas satisfaccion empleando mi dinero en levantar las casas de otros que la propia mia. Así, lo que el mundo, la disipacion, los viajes, y aun la misma locura no pudieron efectuar, lo han producido el auxilio que mis manos dan á los afligidos, el apoyo que ofrecen á los perseguidos, y el alimento y vestido que dan al indigente; y mientras que siento las desgracias de los otros participo con ellos de los auxilios que puedo hacerlos gozar.

„Consiente pues, ó querida Ana, prosiguió el venerable entusiasta, consiente en ser dichosa como yo, alivia tu afligido corazon desterrando para siempre tus penas y las de los otros. Yo tengo lo suficiente para llenar los deberes de una caridad generosa; pero no para el perezoso, ocioso y gritador, ni para el vagabundo peligroso. Nosotros volveremos nuestros cuidados hácia el pequeño nú-

mero de pobres modestos, cuyo noble orgullo, hijo de su honrada dignidad y de su rectitud interior, se abochorna al recibir la limosna, y que en medio de los suspiros que les arranca la memoria de dias mas felices, cuya pérdida es desconocida del mendigo de oficio, hablan un lenguaje, que nuestro corazon aprenderá á entender. No cerraremos nuestros oidos á la tremula é inquieta voz de la iniquidad arrepentida, y el tierno clamor de la infancia abandonada nunca llegará á nosotros sin que al instante se vea disipada y convertida en alegría.

»Amable y dulce imágen del cielo, ¿no dejarás ese lecho de dolor, no trocarás tu languidez y melancolía por placeceres como estos?"

—"Lo haré con el mas vivo interés, ó mi muy querido y honrado Mr. Bentley, respondió Ana inmediatamente que la permitió hablar su admiracion hácia su respetable consejero, y su compasion á

las desgracias que habia sufrido. Yo conozco bien la censura que merezco..... no perdamos tiempo: yo estoy pronta á comenzar esa deliciosa empresa."

Bentley encantado de la prontitud con que adoptó su plan respondió: "Vos hareis muy bien en eso; y ahora para probar que quereis portaros de ese modo ireis á descansar, y os recomiendo que no ocupeis vuestros pensamientos en nada que perjudique á vuestro sueño."

Ana obedeció á esta adicion, y se retiró.

Ni Mr., ni Mistress Wellers, ni tampoco el Dr. habian oido antes ninguna parte de la historia de Mr. Bentley. Su caridad y su generosidad eran sin límites, y por consecuencia se juzgaban inmensas sus riquezas. Pero él no trataba con ninguno de los políticos habitantes de Layton, ni frecuentaba otra casa que la de la montaña: sus visitas eran á los pobres y á los trabajadores, cuyos inte-

reses y desgracias eran infinitamente inferiores á las ojeadas de las principales personas del país. En efecto, no es de extrañar que ellas se cuidasen poco de interrumpir sus placeres para ver los males que ellos mismos habian experimentado; pues todas aquellas personas, á excepcion de muy pocas, habian conocido las penas de la pobreza y el trabajo; pero como preferian darlas al olvido, se lisonjeaban de que los otros no se acordáran de ellas.

Mr. Bentley era un hombre de distinguido nacimiento y caudal: toda su vida estaba acostumbrado á la buena sociedad; pero sin embargo entonces preferia la del pobre sin educacion á la del rico sin sensibilidad. No habia un pobre jornalero, cuyos intereses no conociese exactamente, ni un niño que no fuese su amigo. Tenia en su abadía una pieza llena de juguetes de todas especies, que los distribuía como premio, y no podia andar dos pasos sin que alguno no le pidiese consejo, ó

no implorase su caridad: mas este modo de vivir excitaba la risa de sus convecinos elegantes, quienes despues de haberse admirado en primer lugar de su conducta, y haberla en seguida condenado hasta que se cansaron de hablar de él, ya no se molestaban en pensar en aquel hombre extraordinario.

Su título cuando compró aquella abadía era el de *Caballero*; pero luego le dejó para tomar el mas comun y mas sencillo de *Monsieur*; y así se le conocia simplemente por el anciano Bentley.

Su carácter siempre habia manifestado alguna cosa de extraordinario, cuya singularidad se explicaba muy bien á favor suyo mediante el pequeño relato que acababa de hacer de su vida. Mistress Wellers estaba demasiado afectada para manifestarle de otro modo que con el llanto el placer que habia tenido al escucharle: su marido edificado á vista de sus ideas piadosas estaba como en un ex-

tasis amoroso; y Collet habiéndose limpiado los ojos tomó su baston, y en una especie de convulsion, de alegría y de terneza le hizo rodar varias veces por el suelo; despues de lo cual se despidieron deseándose feliz noche.

CAPÍTULO LXXIII.

Nuevos proyectos.

Luego que Ana quedó sola no pudo menos de repasar en su imaginacion las palabras y la historia de su digno amigo: conoció la justicia de sus reconvenciones, y para gozar anticipadamente del consuelo que debia acompañar á las diversiones que él la procuraria siguió su consejo, ocupándose únicamente en pensar en el bien que podia hacer. Meditaba acerca de los placeres de que hasta entonces habia estado privada. ¿Cómo podria olvidar las obligaciones que debia á su querido amigo Mr. Mansel? ¡Oh, si la tierna y respetable amiga que la habia

servido de madre viviese para participar de sus bienes, servirla de guia, enseñarla el valor y dirigir los movimientos de su corazon! Ella habia resuelto que los Dalton serian felices: pensó llevarse consigo á Polly: dijo que la buena Mistress Clarke no volveria á conocer el trabajo ni la necesidad, y que haria ver á Madama Melmoth que no habia favorecido á una ingrata. ¡Cuánto se alegraria Mr. Melmoth cuando la viese adherirse estrechamente á los principios que desde luego habia impreso en su alma! Y si su caudal pudiese serle útil, ¡con qué satisfacion le emplearia en beneficio de su bienhechor! La ocupacion constante de su vida seria honrar y bendecir al Ser supremo, que como observó Bentley la habia tan milagrosamente conservado en el primer momento, y que despues habia proporcionado su educacion empleando únos medios tan poco previstos como muy eficaces.

Estas reflexiones la tuvieron desvelada gran parte de la noche; pero produjeron el saludable efecto de tranquilizarla: en fin, paró en un sueño profundo, del que despertó serena y reanimada.

El restablecimiento de su salud era el primer deseo de Mr. Bentley, el cual mientras ella descansaba no habia estado ocioso, pues habia visto á Mistress Dalton, y no le costó poca dificultad para conseguir que fuese á la montaña con su hija Polly. Como ella era partícipe del secreto de su marido, aunque no habia entrado en sus infames miras de robar á nuestra heroina, no se persuadia á que se la pudiese llamar con otro motivo que el de hacerla sufrir las amargas reconvenciones que merecia por parte de una persona que no habia salido de su casa sino por el temor de la persecucion y de la cárcel. La ojeada fria que hizo sobre ella Mistress Wellers cuando la vió pasar la confirmó en esta idea, á pesar de cuanto

la dijo Bentley animándola.

Apénas Ana tuvo aviso de su llegada, cuando en lugar de hacerla entrar corrió á recibirla con la vivacidad ordinaria de sus sentimientos, y la echó los brazos al cuello. La pobre muger igualmente sorprendida que enternecida guardaba un silencio involuntario, mientras que Ana repetia sus abrazos tanto á ella como á su hija, dando gracias á la primera por el cariño maternal con que la habia mirado, y asegurando á la segunda que jamas olvidaria la amistad que la tuvo en su infancia.

Esta bondad inesperada fue para Mistress Dalton mucho mas sensible que lo hubieran sido sus reconvenciones; pero como amaba verdaderamente á nuestra heroina, el placer de verla en tan brillante situacion aumentó la alegría que la inspiraban sus promesas, y olvidó al instante todo recuerdo desagradable de lo pasado. La contó con la misma confianza

y poca reserva que si hablase con su hija su situacion actual y la resolucion de su marido, á quien ninguna súplica habia podido determinar á venir á la montaña. Esta última circunstancia á nadie inspiró sentimiento; Ana la prometió socorrerla, pero no quiso decirla el cómo hasta haber consultado á Mr. Bentley.

Mistress Dalton enseñó entonces el relox y la sortija de que antes he hablado, y el lector puede imaginar que nuestra heroina no se sorprendió poco al observar que las armas del sello se parecian bastante á las de Sir William, y se acordó en efecto de que habia visto al jóven Mordant recibido y tratado con amistad en aquella familia; mas nunca habia oido decir que fuesen parientes: sin embargo, esta era la única idea que daba á entender el sello de su padre; pero la persona que podia hacer interesante para ella y en sosiego su consanguinidad con los Edwin ya no existia, y aun la misma salud

de ella dependia de los esfuerzos que hiciese para olvidarle. Así pues guardó el relox en su bufete, y despidió á Mistress Dalton contentísima con la acogida que habia tenido, y exaltada con sus esperanzas.

Consultó á Mr. Bentley y á Mistress Wellers sobre lo que convenientemente podria hacer á favor de aquella familia, á la que no solo perdonaba, sino que ya amaba verdaderamente. Por mas humana y compasiva que fuese Mistress Wellers en todas ocasiones, su cariño á Ana la hizo un poco dura entonces; mas como ella protextó que su felicidad estaba unida á la de aquella gente, y como el generoso Bentley aplaudió el motivo que la impelia, Ana insistió, y para dar la primera prueba de obediencia á los consejos de su padre adoptivo le rogó que tomase papel, y extendiese un acto de pension de 100 libras esterlinas para Mistress Dalton, reversible despues de su muerte

á sus hijos, y hecho que fue le puso su firma. Absolutamente no queria ser contrariada en este punto: buscaba su propia felicidad, y se la debia permitir el camino.

No tengo necesidad de decir que este beneficio era para los Dalton la verdadera senda de la dicha, y su alegría llegó al extremo cuando bajo el mismo sobre encontraron una esquela de Ana en que decia su resolucion de llevarse consigo á Polly, y un billete de banco para los gastos de equiparla. El mismo Mr. Bentley quiso ser el conductor de este regalo, aprobó el designio que habia formado de alejarse de los lugares donde se sabia aquella historia, y la exhortó á verificarlo al instante que regresase Mr. Mordant, y cuando ya no fuese necesario su testimonio en los asuntos de Miss Mansel.

Mistress Clarke fue enviada á su casa con un bolsillo bien provisto para pagar los alquileres de su casa y todas las

deudas que hacia tiempo estaban pesando sobre su corazon, y ademas con la órden expresa de despedir la casa y deshacerse de su comercio lo mas pronto que pudiese, y volver con su hija al lado de nuestra heroina para jamas separarse de ella; quedando Polly Dalton sirviéndola en su lugar.

Ocupando todos estos objetos su alma en actos de benevolencia, alejaron de su corazon (segun Mr. Bentley habia previsto) aquel tormento secreto que la despedazaba. Ella habia enviado (como he dicho) á Mr. Mansel la carta que habia empleado tres Domingos en escribir, y en la que le contaba su situacion en casa de Mistress Clarke. Esta carta, que por casualidad fue enviada mientras el rector estaba en Londres, no pudo llegar á sus manos hasta que regresó á su pueblo. ¡Cuánto le enterneció su lectura! ¡y cuál su admiracion viendo las gracias que le daba por aquel regalo, que suponia ha-

ber recibido de su parte, y al que confesaba que debia la vida! Mas los pormenores que le comunicaba acerca de su salida de casa de Dalton, los motivos de ella, su enfermedad, sus desgracias, y el modo que habia tomado para mantenerse le afectaron de tal modo, que como ya sabia donde encontrarla, se determinó á volver á Londres, yendo á parar á casa de Mistres Clarke, donde supo el descubrimiento que acababa Ana de hacer de sus parientes. Reconociendo el dedo de Dios en este suceso y en todas sus circunstancias, quiso antes de todo ir á darle gracias al templo inmediato, y la criada que Ana habia querido absolutamente que se llevase Mistress Clarke para servirla le condujo á la iglesia que su ama frecuentaba. Despues de haber desempeñado este deber piadoso, impaciente por ver á su querida hija volvió á montar en su caballo cansado, y tomó el camino de Layton á las nueve de la noche, siendo

las once cuando llegó á la montaña.

Mistress Wellers habia gozado aquel dia del triunfo de la inocencia y la verdad, conduciendo á Ana en el coche de Mr. Bentley á la puerta de todas las casas de los personages notables del pueblo, á pretexto de pagar unas visitas en que á la verdad estaba muy atrasada, en términos, que ya no podia diferirlas sin faltar á los principios de su urbanidad. En casa del honorable Mr. Strap habia tenido el gusto de encontrar á Miss Bibbins, y viéndola sumamente confusa no habia podido menos de preguntarla irónicamente al presentarla á Ana si no se acordaba de haber visto antes á aquella señorita. Mr. Bibbins, su hermano, aunque conoció muy bien en aquella persona la muchacha que estaba en casa del escribano, dijo que en su vida habia visto cosa mas amable; que estaba encantado de su belleza; admirado de su talento; y debiera haber añadido (aunque no lo hizo) pren-

dado de su caudal, que Mistres Wellers no dejó de pintar como inmenso. Si Ana hubiese sabido los favores que debia á aquellas damas y caballeros, es probable que se hubiera divertido viendo la estudiada política con que procuraban ocultar su vergüenza y su envidia. Pero mientras su residencia en Layton sus penas particulares la habian impedido observar á los otros; y estando perfectamente convencida de la inocencia de todos sus pensamientos y acciones, la era imposible sospechar que hubiese sido el objeto de la calumnia y la envidia de unas gentes, á quienes no conocia. Mistress Wellers gozaba plenamente de este espectáculo, y se divertia describiendo á su marido aquella visita, cuando la sobresaltó el ruido que hizo Mr. Mansel llamando á deshora.

Un criado entró á comunicar que habia llegado una persona preguntando por Miss Mansel, y antes de que tuviesen tiempo de formar conjeturas sobre quien

pudiese ser, ya él mismo estaba en la sala y Ana postrada á sus pies, de donde él levantándola tiernamente, y dándola un paternal abrazo, experimentó é hizo experimentar á los presentes una sensacion inexplicable.

En fin, se interrumpió este silencio placentero con algunas preguntas tiernas y recíprocas, que bien pronto instruyeron á Mistress Wellers que veia á aquel venerable Eclesiástico, de quien Ana le habia hablado con tanta viveza y gratitud. El recibimiento que ella hizo á un huésped tan querido de su amiga fué tan afectivo como político; pero no quiso permitir que por aquella noche entrasen en conversacion particular, diciendo que estaba cierta de que Mr. Mansel necesitaba de descanso, y que Ana perderia el suyo, si empezaba á referir todas sus antiguas penas, para lo cual tendrian sobrado tiempo al dia siguiente.

Con efecto, por la mañana empeza-

ron su conferencia; y las afectuosas quejas de Mr. Mansel sobre la poca amistad que le habia manifestado en no haber vuelto á su casa acompañaron á todos los sucesos funestos que ella le contó; y su admiracion oyéndola hablar del billete de banco que habia recibido de su parte no fue menor que la de Ana, cuando él declaró que no la habia enviado tal cosa, y que no habia tenido otra noticia de su situacion sino la que recibió cuando pasó á Layton con Wilkinson: las sospechas de ambos recayeron justamente sobre Edwin, creyéndole el único capaz de dar asi su dinero, y Mr. Mansel lloró patéticamente la depravacion de costumbres de aquel jóven, diciendo que ciertamente ocasionaría grandes pesadumbres á sus dignos padres y á toda su familia.

Ana tenia entonces muy buena ocasion de informarse de las particularidades de la muerte de Herbert; pero no tuvo valor para preguntarlo, pues solo

de oir su nombre no pudo menos de enternecerse. Mr. Mansel la dijo que las dos señoras estaban en una situacion tan buena, como podia permitirlas la última desgracia de su familia; pero observando la repentina mutacion del rostro de Ana, y atribuyéndola al funesto fin de Mr. Herbert, mudó de conversacion, y habló de los Edwin. Añadió que estaba resuelto á no volverse sin ella, y tomar el camino de Lodge para saber con qué fundamentos se habian atrevido á injuriar su carácter; pues ahora que sus negocios habian tomado un aspecto tan ventajoso, era mas importante que nunca lavar su reputacion y confundir la calumnia; mas como Ana debia esperar en Layton el regreso de su tio, se determinó que Mr. Mansel hiciese solo el viaje á Lodge.

CAPÍTULO LXXIV.

Nuevo descubrimiento.

Mientras que ambos conversaban de este modo con la satisfaccion que acompaña la verdadera amistad, llamó la atencion de nuestra heroina un gran ruido que sonó á la puerta, y asomándose á la ventana vió con sorpresa un coche con cuatro caballos acompañado de varios lacayos con las libreas de Sir William. Mistress Wellers y toda su casa estaban sin saber que hacerse, mientras que Ana con una curiosidad silenciosa aguardaba á ver quienes eran los que bajaban del coche, y ya pensaba que pudiese ser una nueva tentativa de Mr. Edwin, cuando conoció á su tio que se apeó dando el brazo á Lady Edwin. Ana procuraba adivinar cuál seria el objeto de aquella visita, cuando ambos entraron en la sala. Corrió inmediatamente á abrazar á su tio,

quien la presentó á Milady con el nombre de su tia; pero Ana incapaz de concebir un suceso tan inesperado la miraba con una especie de incredulidad.

"Y bien, querida hija, la dijo Lady Edwin abrazándola, ¿puedes dudar de lo que oyes? Por mas cruel é injusta que yo haya sido respecto á la hija de mi único hermano, cree que mi amor por un instinto natural me arrastraba hácia tí: y cuando se empleaba el artificio para cambiar mis sentimientos, el impulso de la naturaleza estaba siempre á tu favor, y mi orgullo quedará completamente satisfecho restituyendo tu caudal á unas manos que prometen sostener tan bien el honor de nuestra familia."

—"¡Ah, señora! respondió Ana, si esto es verdad, si no es una ilusion de mis sentidos, si en efecto tengo el honor de perteneceros, no me hableis de restituciones cuando me reconoceis: yo seré suficientemente rica con vuestro amor, y feliz con

vuestra proteccion. ¡Oh, mi respetable protectora! continuó arrojándose á sus pies, permitidme que añada vuestros placeres en lugar de disminuiros el menor de ellos."

—"¡Ah, Mr. Mordant! exclamó Lady Edwin, ¿cómo pude yo dejarme engañar en términos que diese oidos á la malignidad que acusaba á tan amable criatura? Levántate, amor mio, dijo á Ana: esa postura no conviene á Lady Ana Trevanion. Tu padre en el momento que murió en una miserable posada era realmente Conde de Trevanion, y no le restaba para entrar en posesion de sus bienes sino la formalidad de reclamarlos. Ellos te pertenecen incontestablemente, y tú no tendrás al recibirlos mayor placer que el que tendré al entregarlos. La casa de Trevanion es opulenta en todos sus ramos, y mi propio caudal es suficiente para llenar los deseos de mis hijos. He aquí la copia del testamento de tu abuelo: retírate, y

leele: pero á fin de evitarte el trabajo de leer lo que únicamente son fórmulas que todavia no entiendes, he rayado la cláusula que pertenece á mi hermano: leela, y mientras tanto rogaré á Madama (mirando á Mistress Wellers) que tenga la bondad de mandar que me den una jícara de chocolate."

Ana obedeció á su tia, dejando á Mistress Wellers contentísima con sus huéspedes, y haciendo los honores de la casa. La cláusula indicada estaba concebida en estos términos:

"Y como por un efecto del desgraciado enlace de mi hijo Hugh Trevanion, y en virtud del disgusto que me causó huyó de mi lado, y si aun vive, se oculta de su familia temeroso de ser tratado con un rigor, que yo ahora condeno, mi intencion y mi voluntad efectiva es que cuando mi citado hijo Hugh Trevanion ó sus herederos legítimos se presenten personalmente para reclamar sus derechos,

entonces mis bienes y las demas herencias anexas á ellos les sean inmediatamente entregados por mi referida hija ó sus herederos, aún cuando hayan sido vendidos; y que ella ó sus herederos no tengan derecho sino á las 60.000 libras esterlinas arriba mencionadas, á la quinta de san Denis y á los bienes dependientes de ella, que dejó mi difunta esposa, su madre, Lady Blanca Dennis: sin embargo quiero que en el tiempo en que se haga esta reclamacion no se pueda exigir de mi referida hija lo que haya cobrado de rentas, frutos, &c. de aquellas haciendas antes de la reclamacion. Y como yo escribo este testamento de mi propio puño, sin tomar parecer de ningun abogado, aconsejo á mi hija, y requiero de ella que haga lo mismo en caso de restitucion; y si ni mi hijo Hugh ni sus herederos se presentasen á reclamar sus bienes 21 años despues de mi muerte, doi á mi hija enteramente toda mi herencia, se-

gun la dejó explicada. ="

Este extracto del testamento de su abuelo aclaró á Ana la parte misteriosa que habia para ella respecto á su familia, y la causó mas placer que la parte relativa á sus bienes. Cuando volvió á la sala donde estaban desayunándose llevó consigo el relox, las sortijas y el sello, y si hubiera habido necesidad de nuevas confirmaciones, estas alhajas las hubieran proporcionado. Las armas de su padre, que la habian chocado por su semejanza con las de Edwin, eran las de Trevanion: Lady Edwin conoció las sortijas, como que habian sido de su abuelo Dennis, y los cabellos eran de la hermana de Mr. Mordant.

Mr. Bentley llegó bien pronto, y se regocijó á vista de la dignidad de su amiga, pero con cierto respeto, pues ya no era tan familiar con Lady Trevanion como con Miss Mansel: mas cualquiera que fuese su nombre y sus títulos, ella era

necesaria á su felicidad, y declaró que no la cedería á nadie habiendo ya entrado en capitulaciones con Mr. Mansel acerca del modo de participar de su compañía.

"No podeis hacer cosa mejor, respondió Mr. Mordant; pues á pesar de la disposicion del Conde, aun hay que desempeñar algunas formalidades, y como mi sobrina aun no tiene la edad, viene á ser como un depósito hasta que se cumpla; y asi necesita de tutores. Yo tengo motivos indispensables para volver lo mas pronto que pueda á la Jamaica. Sir William piensa que no conviene escoger en la familia los tutores; y me parece que ambos sois los amigos contra quienes pueden hacerse menos objeciones, y á quienes mi sobrina recibirá con mas gusto. En todo lo que á mi pertenece yo seré exacto y justo con ella. Pocos hombres la merecen; pero muchos aspirarán á su mano apénas se anuncie como la heredera del condado de Trevanion."

Una lágrima se abrió paso al través de los párpados de la jóven Condesa, mientras qué Mr. Bentley y Mr. Mansel manifestaban su gratitud por el honor que se les hácia al confiar aquella pupila á su cuidado. El último dijo que empezaría inmediatamente sus funciones con el viaje que habia proyectado á Lodge.... "¡Empezadlas! exclamó Ana: vuestra tutela en el sentido mas extenso y mas probable de esta palabra empezó hace mucho tiempo, y mi primer deseo es que nunca se concluya."

Concluido el chocolate, dijo Lady Edwin que iba á la ciudad, de donde no pensaba volver hasta que se hubiesen tomado todas la medidas necesarias para poner á Ana en posesion de sus bienes; y añadió, dirigiéndola la palabra: "hemos pensado que podrán originarse en nuestra propia familia algunos altercados, que es inútil presencieis, y por eso si esta digna dama no se incomoda, y te que-

das contenta, creemos que harás bien en permanecer en su casa hasta que puedas establecerte en la tuya, ó en la de alguno de tus parientes."

Mr. Mordant dijo que su opinion era que estando Ana tan cerca de salir de la edad de tutela, si alguna dama prudente y bien nacida quisiese encargarse de hacerla compañía se le pusiese inmediatamente en su casa.

La conducta del jóven Edwin era la razon particular que él tenia para desear colocarla fuera de su familia, y Lady Edwin tal vez por lo mismo no se opuso á su consejo. Así, pues, quedó convenido que Mr. Mordant buscase una casa, y Mistress Wellers ofreció pasar el invierno con ella en Londres. Arreglado este punto se separaron tomando ambos tios el camino de la capital, dejando Lady Edwin uno de sus criados para que sirviese á Ana, y prometiendo Mr. Mordant que escribiria cuanto ocurriese á Mr.

Bentley, quien no quiso separarse de su pupila. Mr. Mansel tomó aquel mismo dia el camino de Lodge.

Entretanto que cada uno hacia sus respectivas diligencias, Mistress Wellers para disipar la nube que frecuentemente obscurecia el semblante de Ana, la hizo hacer frecuentes viages á pretexto de comprar los vestidos y demas adornos necesarios para su entrada en el gran mundo, pero con la verdadera intencion de distraerla.

Al segundo dia de su partida la escribió Mr. Mordant para anunciarla que la habia comprado una casa muy bonita en Saint James-Square, y disculpaba á Lady Edwin porque habian ocurrido en su familia algunos sucesos desagradables, que por entonces llamaban toda la atencion; por lo cual la advertia que en algun tiempo no fuese á Grosvenor-Square.

Pasáronse algunas semanas en poner su casa en estado de habitarse, y en el

interin recibió en Layton lás cartas siguientes.

CAPÍTULO LXXV.

Las cartas.

AL CABALLERO ROBERTO BENTLEY.

MONSIEUR.

"De dia en dia he dilatado escribiros, porque esperaba poderos hablar de la renuncia formal á los bienes de Trevanion que Lady Edwin exige de sus hijos; pero Mr. Edwin y su hermana se niegan á complacerla. En verdad, sin la digna Ana, la vana dignidad de esta antigua familia no presentaría un aspecto muy favorable. Mr. Edwin ha disipado en menos de un año 400 libras esterlinas, la mayor parte de ellas en el juego. Su muger, aunque me es sensible decirlo, no ha cuidado mas de su reputacion que él de su dinero; y por su parte le iguala en extra-

vagancia y locura. Miss Edwin ha sido llamada á la casa de su madre. Un hombre que se titula Coronel al servicio de Rusia, la hizo públicamente la corte; pero viendo que su derecho á las 600 esterlinas concedidas á los segundos de la familia sobre los bienes de la madre era condicional, y bajo el supuesto de que no se reclamasen los bienes de Trevanion, ha abandonado su conquista, y ha marchado del reino. Creo que al presente se ocupan en proporcionarla otra boda en su misma familia. Lady Edwin habla poco, pero la juzgo profundamente afectada. En cuanto á Mr. y Madama Edwin son la pareja mas de moda que hay en la corte.

"Yo no pierdo un instante en arreglar los negocios de mi sobrina: su casa estará pronto dispuesta, y ya lo está la que nosotros habitaremos. El cortinaje de damasco que enviásteis para Ana es excelente, y los espejos dicen que son los me-

jores del reino. Esta mañana pasaron por delante de la casa Lady Edwin y sus dos hijas, y como yo me hallaba allí entonces las convidé á que subiesen, lo que verificaron. Jamás he visto mayor admiracion y despecho que el que dejaron conocer Madama Edwin y Cecilia; pero se contentaron con decir que era demasiado lujo, aun cuando fuese para una Duquesa: y cuando las hablé de vuestros regalos, se sonrieron mirándose una á otra y diciendo: vaya, ese es el amante de la jóven heredera.

"Ya conoceis, Mr., que si hubiese el menor motivo para disputar el derecho á mi sobrina, lo hubieran hecho sin duda: ciertamente es muy feliz para ella la circunstancia de que este descubrimiento se haya hecho viviendo Lady Edwin. Os encargo que deis mis finas expresiones á mi sobrina, y cumplimenteis de mi parte á Mistress Wellers; y concluyo asegurándoos, &c."=J. Mordant.

Á Lady Ana Trevanion.

Mi querida pupila.

"El ardiente deseo que tenia de justificaros me hizo llegar á Lodge, sin reparar siquiera en la fatiga del camino, al segundo dia despues de mi salida; pero al entrar en la arboleda me admiré viendo la gran mudanza que se advertia en todo. La yerba cubria todo el suelo del patio, y los goznes de la puerta estaban tan premiosos que fue imposible abrirla para que entrase la silla de posta. Una vieja me informó de que el amo de la casa y su señora estaban fuera de Inglaterra mas habia de cinco años: oido lo cual me dirigí á la posada reprendiéndome la vivacidad de mi carácter, á quien aún no han podido superar los esfuerzos de mi razon; pues á no haber sido por esto yo me hubiera informado en Londres, y allí mismo hubiera sabido que mi viage iba á ser inútil. Como ahora tengo ocasion de escribir por el correo,

lo que mi gota no me permitirá deciros de aquí á algunos dias, voi á hablaros ahora de la casa en que habeis pasado vuestros primeros años.

,,La posadera, en cuya casa me hallo, me ha conocido, é informado de que se llama Steward: me ha dicho que la destinaron á que os sirviese cuando vuestra niñez, y que despues siguió con el mismo destino al lado de las hijas de Madama Melmoth: se acuerda perfectamente de vuestra salida de Lodge, y dice que el Coronel se marchó aquella misma tarde despues de haber tenido algunas disputas. Que la aya francesa fue despedida pocos dias despues. Que habiéndose perdido los mas bellos encajes de Madama Melmoth, la aya tuvo la destreza de persuadirla que vos los habiais robado; cuya relacion no solo creyó Madama Ashby, sino que la divulgó para complacer al Coronel; pero que Mr. Melmoth jamas quiso darla crédito, aunque al principio calló por res-

peto al Coronel, con quien necesitaba reconciliarse: que no pudiendo conseguirlo, no dudó declarar que estaba en la persuasion de que todo era una intriga de él con la francesa para arruinar á una inocente niña; y que en fin poco despues vendió sus muebles y sus caballos, arrendó sus haciendas, y se retiró á Francia, ó algun otro pais extrangero. En cuanto á la Steward, que se casó con el cochero de aquel caballero, se retiró á esta posada, en la que se conserva con su marido, y añade que desde que dicho Mr. Melmoth salió del reino ha tenido mas hijos.

»Cuando con la mayor satisfaccion conté á esta buena muger vuestra situacion actual observé que se alegró muchísimo. Vos, mi querida Ana, pues no quereis que os llame de otro modo, no sereis la única en disfrutar la série de descubrimientos que ha permitido la divina Providencia, y jamas olvidaré la bondad que ha tenido en escogerme por uno de sus mas

humildes instrumentos. Yo soi, &c." = Dr. Mansel.

Al mismo tiempo que estas dos cartas llegó la siguiente de Lady Edwin.

Mi querida sobrina.

"Ni mi silencio, ni el tiempo que he pasado sin ir á verte y á la apreciable Mistress Wellers deben hacerte dudar de la tierna amistad que te profeso, y de que me lisonjeo altamente. Mi familia, querida hija mia, se halla enteramente dividida: no hai entre nosotros union, ni paz, ni mucho menos algun cariño. Mi hijo, dotado de talento á propósito para ser el honor de su país, entrega sus bienes á los jugadores, y dedica su cariño á las criaturas mas abominables. Madama Edwin, si ha conservado su honor, ha tenido tan poco cuidado con su fama, que ya no se la admite en las casas donde yo pudiera encontrarla, y no ha tenido por conveniente venirme á ver á la mia.... Cecilia....

¡Oh, Ana! yo no diré nadá de ella. Si no se hubiera descubierto que la suerte que mi herencia la proporcionaba, en el caso de que tú no hubieras tan dichosamente conservado tu existencia; no podia ser tan considerable, se veria ahora casada con un aventurero sin familia ni bienes. Fue presentado por un extrangero, cuyo carácter se hace muy sospechoso en el mero hecho de haberse acompañado con aquel hombre: la hemos sacado de casa de su hermano; pero tenemos tan poca autoridad y crédito sobre ella que no hemos podido conseguir que te devuelva lo que es justicia: por manera que ni podemos alejarla de nuestra vista, ni tampoco convidaros con nuestra casa, como deseariamos.

»Mr. Mordant es infatigable en arreglar tu morada. Madama Herbert y su amable hija Patty llegarán bien pronto á Londres, y á ella, á ella sola es á quien me atreveré á confiar mi hija. El tribunal se emplea en la decision de tu asunto: di-

cen que despachará pronto, pero nunca será tan breve como yo deseo. Mi voto mas ardiente es mirarte en la pacífica posesion de tus derechos. Tu tio dice que tiene que entregarte 300 libras esterlinas: recibe mi enhorabuena, querida mia: yo doi gracias al cielo porque el honor y las virtudes de mis antepasados hallan una persona tal como tú que los represente. Sir William participa conmigo en todas estas expresiones, y soi tu mas apasionada tia." = CECILIA EDWIN.

Esta carta instruyó á Ana de los sentimientos que tenian respecto á ella los jóvenes Edwin; y como no era capaz de divertirse á expensas de Cecilia, convino con su tia en que debia estarse quieta hasta que su casa estuviese dispuesta.

Mientras se acercaba su entrada en el gran mundo, tenian asombrados á los vecinos los preparativos que se hacian; bien es que este brillo producia diversos efectos que antes hubiera ocasionado. Aque-

llas modestas miradas que antes parecian una afectacion, y la señal infalible de un rostro que no conoce la vergüenza, se miraban ahora como el efecto de la dulzura y delicadeza. Aquel rostro que las damas se admiraban de que fuese capaz de agradar á un hombre, se observaba ya como el mas bello indicio de una alma angelical: y las señoras que se lastimaban de no poder salir á paseo sin exponerse al disgusto de ver á una muchacha, que aun cuando hubiese sido lo que la suponian á nadie hubiera ofendido, ahora se llenaban de vanidad, si acaso Ana al pasar las saludaba.

Nuestra heroina era tan amable en la adversa fortuna como en la próspera: sin embargo, no por eso es menos verdadero que con los mismos sentimientos y modales aquella que cuando pobre y dependiente habia sido acusada de todos los vicios, y declarada indigna de la sociedad, apénas se remontó á la clase de la



nobleza y opulencia, cuando se vió el ejemplo de todas las mugeres; y el objeto de la admiracion de los hombres.

Habiendo acabado Mr. Mordant de preparar su casa, y dejándolo todo dispuesto para recibirla, fue á buscarla en el propio coche de ella con las armas de Trevanion; pero antes de salir de la montaña deseó tener una conversacion con ella.

CAPÍTULO LXXVI.

El comerciante inglés.

Luego que Mr. Mordant se vió á solas con su sobrina empezó á manifestarla cuán feliz se contemplaba en haber conseguido sus mas ardientes deseos, poniéndola en posesion de sus derechos. "Querida hija mia, la dijo, yo tengo una gran cantidad que volverte;" pero como al decir esto advirtiese en su rostro la repugnancia con que oia hablar de este asunto, la puso cariñosamente la mano en la boca.

»Querida sobrina, la dijo; yo quiero poner un término á las efusiones de tu noble corazon, pues aunque no sea un Trevanion orgulloso, sin embargo tengo toda la altivez de mi país. Lady Edwin no podrá tener mayor cuidado en conservar el honor de su ilustre sangre, ni vanagloriarse tanto de la dignidad de su familia, como yo me vanaglorio y aprecio el título de comerciante inglés. La inflexible integridad, la economía sin mezquindez, la hospitalidad sin extravagancia, una noble confianza en los principios del comercio, la constante rectitud del corazon y la probidad en todos los negocios, son las cualidades que deben siempre distinguir, y que generalmente caracterizan á nuestro respetable cuerpo. Vos, Lady Ana, descendeis de unos ilustres abuelos por parte de padre; pero no teneis que avergonzaros de vuestra descendencia materna, ni hareis á un comerciante inglés el bochorno de inter-

rumpirle en la ejecucion de un acto comun de su probidad. El dinero vuestro que se halla en mi poder os pertenece, y yo soi demasiado rico para necesitar del caudal ageno, y demasiado pundonoroso para aceptarle. La justicia y la rectitud en todas mis empresas son las que las han hecho prósperas. Mi hijo...." aquí se detuvo un momento, y viendo que se ponia colorada, continuó diciendo: "sin duda preveis lo que voi á deciros; pero es necesario que sepais el motivo por qué ha salido de Inglaterra sin despedirse."

—"¡Dios mio! exclamó Ana, ¡con qué mi primo ha marchado!"

—"Cuando su jóven y sensible corazon (prosiguió Mr. Mordant) experimentó la sensacion del amor viéndoos en casa de Sir William, y que os propuso su mano, y que le siguiéseis á la Jamaica, usó del permiso que yo le habia dado de escoger una esposa antes de salir de Inglaterra, y no le impuse otra condicion

sino que atendiese al carácter y educacion de la persona que eligiese, sobre cuyo punto tenia mi corresponsal las mas severas órdenes; pero en cuanto á los bienes de fortuna le dejé en absoluta libertad de no pensar sino en el mérito de la dama. Oida vuestra repulsa marchó á reunirse conmigo, y en efecto me encontró en la isla de la Madera, donde yo me habia adelantado á recibirle, y le observé que aun tenia el corazon oprimido con el peso de su desgracia. Deseoso de verle feliz, y sabedor de la triste situacion de la que amaba, me lisonjee que podria obtener de ella que hiciese la felicidad de un jóven que, segun el apasionado juicio de un padre, era digno de todo aprecio. No pudiendo separarme de él para enviarle donde su corazon le llamaba, y detenido por diversos negocios, que absolutamente exigian mi presencia, no los terminé sino para hacer este viage con la

doble esperanza de vengar á mi cuñado, y hacer cuanto pudiese para hacer feliz á mi hijo, cuyo último proyecto trastornó del todo el descubrimiento de vuestra calidad. El lleno de la esperanza, que por lo comun acompaña á todos los jóvenes, se lisonjeaba de que este suceso podia serle favorable: pero ¿á qué fin repetiros lo que era injurioso al carácter de su padre, y lo que únicamente podia escusarse á favor de la violencia de su pasion y su falta de experiencia? Viendo que su amor crecia demasiado, para poder ser contenido por la razon y la prudencia, me determiné á enviarle á la Jamaica. Yo siento vivamente sus penas; pero el tiempo las disminuirá, y algun dia agradecerá á su padre el no haberse prevalido de las ventajas de vuestra situacion, habiéndose hecho culpable."

La admiracion de Ana fue igual á su gratitud: estos principios de probidad

tan conformes al carácter que desde luego habia manifestado, y estos sentimientos de honor y virtud llenaron su alma de unas sensaciones dulces, pero en cierto modo penosas, que no la permitieron responderle: y asi Mr. Mordant continuó diciendo:

„Si cuando los ofrecimientos de mi hijo podian realmente seros de alguna importancia los desechásteis con firmeza, ¿era verosímil que ahora fuesen admitidos? Sí, Ana querida, y amable jóven, verdadera imágen de tu tierna madre, yo conozco tu alma: un falso puntillo de honor, ó el secreto impulso de la gratitud hubieran podido inclinarte á concederle la felicidad, mientras que destruias la tuya, no sintiendo para él la inclinacion que mostrases, de lo cual se hubiera originado que yo hubiese sido infeliz considerando la suerte de mi hijo, y experimentando los secretos remordimientos de mi corazon. Perdóname, Ana mia, que yo

te moleste: debia haceros la apología de mi hijo, y no hallaba nada mas conveniente ni mas conforme á mis principios que el manifestaros lisamente la verdad.

"Ahora estais enterada de los motivos que me llaman á la Jamayca: mi deseo es establecerme en mi patria, ¿pero cuándo podré hacerlo? Esto depende de dos cosas: la tranquilidad de mi hijo y vuestro matrimonio. Puede ser, añadió sonriéndose, que esta consideracion sea favorable al hombre dichoso que hayais elegido, y esta misma eleccion será la circunstancia que le haga mas recomendable á mis ojos. Mr. Bentley es vuestro mas apasionado amigo: es efectivamente un hombre de bien: consultadle en todo lo que respecta al carácter y al juicio, y vuestra tia os dirigirá en la parte respectiva al orgullo del nacimiento y la nobleza. Este orgullo tiene un fundamento laudable; pues para el bien de la sociedad es preciso que se conserve el órden de

las clases. Puede haber algunas excepciones en esta regla; pero, sin embargo, siempre la nobleza lleva consigo un no sé qué, que exige respeto, y los matrimonios entre iguales suelen ser los mas acertados. En cuanto á los bienes de fortuna vos teneis los suficientes para ambos."

Á estas palabras la abrazó tiernamente, y la dejó que se preparase para el pequeño viaje que iba á emprender.

Apénas salió del gabinete cuando entró Mistress Wellers, y como la encontrase llorando, se informó del motivo con mucho cuidado: mas sabiéndole por la relacion que Ana la hizo con su vivacidad ordinaria, ambas se reunieron para admirar los principios del comerciante inglés.

CAPÍTULO LXXVII.

Entrada en el gran mundo.

Llegó en fin el tiempo en que Ana debia ser introducida en lo que se llama *gran mundo.* Sensible, llena de gracias, hermosa, rica é ilustre, ¿era posible que hubiese algo de que no fuese digna? Sus joyas eran soberbias, su casa magnífica, su equipage suntuoso y sus muebles del mayor precio, sin embargo de que al establecer su casa se habia atendido mas á la felicidad y á la comodidad que al lujo y aparato, aunque en este último punto no se habia perdonado gasto alguno. Mistress Wellers tuvo la condescendencia de ir á vivir con ella: Mistress Clarke tomó posesion de su nuevo cargo de ama de gobierno, y se llevó consigo á su hija para que la ayudase. Polly Dalton era una de las camareras, y la demas familia estaba arreglada del modo mas prudente.

Apénas llegó fueron á visitarla Sir William y Lady Edwin. La alma honrada y desinteresada del primero no experimentaba ningun disgusto, aunque no por esto quiero decir que no hubiera conservado con gusto los bienes de Trevanion. Amaba con pasion á sus hijos, y á pesar de su libertinage se vanagloriaba de ser padre del jóven Edwin, el cual verdaderamente era un fenómeno. La víspera habia pronunciado en el Parlamento un discurso de dos horas y media, y desplegado tal conocimiento y tal sabiduría, inteligencia, profundidad y juicio, que habia asombrado á toda la cámara. Sin embargo no habia ido á dormir á su casa, ni habia parecido en ella los dos dias anteriores. ¿Las faltas de tal hijo podian encontrar rigor en tal padre? Para él, y solamente para él era para quien Sir William hubiera apetecido los bienes de Trevanion, y así suministraba mas liberalmente que nunca á sus caprichos.

Al dia siguiente fue Ana presentada á la corte por Lady Edwin; y ella, aunque muy distante de aquella timidez que las almas vulgares equivocan con la modestia, no pudo menos de experimentar una especie de sensacion respetuosa, tal, que cuando la Reina se acercó apénas podia tenerse en pie. Mas no bien levantó los ojos, y vió la bondad y la gracia que brillan en todas las facciones de la mas amable así como la primera de las damas, cuando se tranquilizó, y no experimentó otra sensacion que la del respeto y amor que inspira á todos. Igualmente fue despues presentada á su augusta hija *.

Orgullo de la nacion Británica, adorno de una corte que vuestra presencia embellece, y hace una de las mas brillantes del mundo, sea cual fuere el clíma donde podais ser trasladada, si el cielo oye los

* La Princesa Carlota-Augusta Matilde, hija mayor del Rey de Inglaterra, á quien está dedicada esta obra en la edicion inglesa.

votos y deseos del pueblo, cuya esperanza haceis, gozareis sin duda de la paz y prosperidad que él mismo promete á los hijos de los justos, y que tan ampliamente teneis merecidas por vuestras virtudes y vuestras gracias. Las lágrimas de la sensibilidad se mezclarán con las de vuestra augusta madre, cuando el tiempo de una separacion inevitable os aleje de nosotros, llevándoos á hacer feliz otro pueblo.

El murmullo general de *¿quién es esta encantadora criatura?* y las respuestas en que se bosquejaron rápidamente algunas de las aventuras de su vida, hicieron á Ana el objeto de la atencion general. Su belleza admiró á todos los hombres, y su adorno dió materia de conversacion á todas las mugeres. Los elogios y las enhorabuenas, y una mirada de la Reina dirigida sobre una jóven huérfana la restablecieron en toda la dignidad de su sangre. Su puerta se vió llena de visitas, y la lista de su portero fue demasiado volu-

minosa para poder ser leida.

Fue al teatro de la ópera, donde habia estado poco antes, y algunos jóvenes, que sin ser grandes quieren imitar á los que lo son, se dignaron separar su atencion de ellos mismos para jurar que era una criatura *diabólicamente hermosa*; é hicieron mas, pues se informaron de quién era, y noticiosos de que era hija de un pobre ministro del país de Gales, y compañera de una señora antigua, espiró toda su atencion; pues á la verdad, ¿cómo podian fijarla en objeto semejante? De modo que despues habia algunas veces acompañado á Lady Edwin al mismo sitio sin atraer ni una sola mirada; bien es que había tenido el consuelo de ver que todas las demas participaban de igual descuido. Los elegantes petimetres de este siglo no se distinguen por su atencion hácia las mugeres modestas, ni aun casi hácia las mugeres en general.

Mas la noche de que hablamos su en-

trada en el palco se distinguió por la atencion de todos los espectadores: los hombres perdieron sus corazones, y las mugeres se declararon sus mas íntimas amigas. En una palabra, la amable heroina era la moda del dia; pero en estas escenas de placer, aparato y etiqueta, que diariamente la ocupaban mucho tiempo, no se olvidaba de sus amigos, ni de las necesidades de los menesterosos. La primera parte del dia era de ella, y el resto para la sociedad. Sus rectas ideas sobre los deberes de la humanidad, y los derechos de la necesidad sobre los bienes del rico, eran demasiado eficaces para que la disipacion la privase de la aprobacion secreta de su corazon.

Á despecho del buen gusto, de la moda y de los ejemplos, preferia llorar con Mistress Siddons, ó sonreirse con Abingdon, mejor que ir á oir á ese monstruo, hijo de la avaricia y de la inhumanidad, cantar unas pasiones de que es imposible

que tenga idea. Todavia hizo mas, que fue adherirse á una costumbre censurada y condenada por el gran tono, contentándose con un solo espectáculo cada noche, y regresando á su casa apénas concluía. El baile era su diversion favorita, y tal vez la hubiera detenido hasta media noche á haber estado su espíritu con la tranquilidad necesaria para disfrutarle.

Mr. Mansel volvió del condado de Sommerset despues de una ausencia, que su gota habia prolongado por espacio de un mes. Ana no le permitió regresar á su curato. Habia prometido ella ir el estío siguiente á Llandore para tributar sus deberes á los restos de su querida amiga, á cuya memoria hacia construir un pequeño monumento de mármol negro, que pensaba colocar en el parage donde estaba enterrada su bienhechora. Al mismo tiempo hacia continuas é inútiles pesquisas á fin de saber el parage en que su padre habia recibido sepultura; y no pu-

diendo encontrarle, mandó que se le erigiese un magnífico mausoléo en la capilla de Trevanion: hizo á Mr. Mansel su capellan, y le constituyó la guia de todas sus acciones. Su tio y Mr. Bentley vivian juntos: el último se adheria mas y mas á nuestra heroina á medida que mejor la iba conociendo: era su limosnero y su compañero en todas las empresas de beneficencia. Lady Edwin la visitaba constantemente, y tenia la bondad de dispensarla de ir á Grosvenor-Square á casa de Cecilia, cuyo rencor era extremado. Monsieur y Madama Edwin la encontraban rarísimas veces, pues ambos estaban regularmente con las mas amables personas de su respectivo sexo contrario, que tambien eran las mas inmorales.

CAPÍTULO LXXVIII.

Las riquezas no lo son todo.

Establecida ya Ana en la ciudad se presentaron varios aspirantes á su mano, y todos fueron despreciados en el punto mismo en que hicieron sus propuestas, y que convencieron á aquel pobre corazon viudo de que ninguna mutacion de la vida era suficiente para hacerla olvidar el primer objeto que la habia sido grato. Su muerte, que ella tenia creida, fijaba un término á todas sus resoluciones en cuanto al matrimonio. Mientras que Herbert vivia jamas habia tenido la esperanza de verse unida á él; pero se habia lisonjeado con la de poder amarle en secreto, sin perjudicar á la feliz muger que estaba destinada á participar de su corazon, y llevar su nombre.... Todo lo que él decia, ó hacia, llevaba el sello de la perfeccion: su imaginacion descansaba en

él, y sus esperanzas murieron con él. Todavia sus horas de retiro estaban dedicadas á estos tiernos recuerdos; y un dia que se empleaba en representarse sus antiguas escenas de felicidad entró un criado anunciando la visita de Madama Herbert y su hija.

Agitada por estos fúnebres pensamientos, pálida como la muerte, y llevando en su rostro las deplorables impresiones del estado de su corazon, llenó de admiracion á aquellas damas, que creían hallarla en todo el lleno de satisfacciones que debia inspirarla la mudanza de su suerte.

Patty cogió su mano pasiva, y la felicitó por el dichoso descubrimiento de su cuna. Madama Herbert la dijo cuanto pudo dictarla sobre el mismo objeto la benevolencia de su corazon. El luto que todavia llevaban aquellas señoras pesaba demasiado sobre el corazon de Ana, quien no pudo articular palabra hasta despues

de haberse desahogado con algunas lágrimas. Entonces contestó con la mas tierna expresion á todas sus felicitaciones: recordó la bondad con que Madama Herbert la favoreció en otro tiempo, y su corazon reclamó la amistad de Patty.

Dió órden que dijeran que no estaba en casa, para disfrutar enteramente de la compañía de aquellas damas, y gozar con sus amigas una de las ventajas efectivas que proporcionan las riquezas y la independencia. Entonces se reprendió á sí misma por no haberlas escrito; "pero, ¡ay Dios!" exclamó temblando; y no pudiendo fijar los ojos en el luto sin renovar sus lágrimas, "¡ay de mí! ¿qué podia yo haberos dicho?"

Madama Herbert mas tranquila en su dolor que lo que Ana se habia figurado, no hizo mas que dar un suspiro, y sus ojos se llenaron de lágrimas; pero como si ambas tuviesen gusto en dejar de hablar de aquel triste asunto, no respondie-

ron palabra. La conversacion se fuè debilitando por algunos momentos, hasta que Madama Herbert volvió á entablarla disculpándose por su parte del silencio que habia guardado, y asegurándola que por mas inconcebible que esto pudiese parecer, era cierto que Lady Edwin al participarla que habia parecido la heredera de su hermano habia callado que esta heredera fuese Ana, y Patty la interrumpió para decir, poniéndose muy colorada, y Mr. Wilkinson aun no lo sabe. En seguida hablaron de Llandore: Madama Herbert elogió á Mr. Wilkinson, confesando que debia muchas obligaciones á la bondad de su corazon, cuyo elogio fue repetido tambien por Patty con una vivacidad y un entusiasmo que no se ocultaron á la penetracion de Ana.

Madama Herbert habia sido convidada aquella mañana para pasar la tarde en Grosvenor-Square; pero permitió á su hija que se quedase con Ana: como de-

bia salir pronto de Londres, ambas jóvenes deseaban igualmente pasar juntas todo el mas tiempo que pudiesen. Apénas pues se vieron solas, se volvieron á abrazar, y se abrieron recíprocamente sus corazones.

Patty la dió cuenta del modo con que habia sido su despedida de Grosvenor-Square, y del cómo su carta habia caido en manos de Miss Edwin, cuyo aborrecimiento á nuestra heroina era igual al cariño que antes la habia manifestado; y añadió que esperaba, sin embargo, que cuando se viese casada con su hermano, éste la dominaria lo bastante para obligarla á dejar en Londres sus extravagancias, y no llevarlas al país de Gales.

Iba á continuar, cuando Ana interrumpiéndola con todas las señales del mayor asombro la dijo: "¡Vuestro hermano! ¿pues qué vive?"—"Sí, gracias á Dios", respondió Patty sonriéndose; pero, ¿por qué me haceis esa pregunta?"—"¿Y por

qué llevais ese luto?" replicó Ana. — "¡Oh! contestó Patty, aún no os he contado mas que la mitad de las penas que hemos padecido desde que no nos vemos. Mi pobre padre.... pero yo os lo contaré todo, y la honradez con que Mr. Wilkinson se ha portado con nosotras."

Entonces refirió con ingenuidad y sin arte alguno el arresto de su padre, el incidente de Tyrrel, el buen natural de Collet, y el destierro de Cárlos.

Las agitaciones de temores y esperanzas de nuestra heroina durante esta narracion no pueden describirse con la pluma; pero al fin su alma quedó tranquila con respecto á Herbert.

"Mi tia, continuó Patty, halla que su heredero legítimo es el hijo de su cuñado: ha escrito á mi madre, y aun creo que la ha comunicado algo de las imprudencias de mi prima; pero al mismo tiempo dice que Cecilia prefiere todavia á mi hermano. Como ella conservará aun muchos bienes,

mi tia recela que éstos no sirvan de cebo á los malos designios de algun aventurero, é igualmente recela que la disminucion de caudal que ha experimentado Sir William no sea un obstáculo para hacer, como pensaba, la suerte de Cárlos; por lo cual insta á mi madre para que pronto se realice el matrimonio tratado hace mucho tiempo entre ambas. Yo no puedo decir qué es lo que ha pasado entre mi madre y Cárlos; pero sé que él solo ha consentido en complacerla con la mayor repugnancia. Así hemos venido á Londres, donde le aguardaremos, y despues partiremos juntos á S. Dennis, lugar en que se celebrará el matrimonio."

Esta conclusion sobresaltó á nuestra heroina, pero su altivez la ayudó á ocultarlo; y procurando distraerse á sí misma bajo la apariencia de una falsa vivacidad, la empleó en hablar con su amiga toda la tarde: de modo que la energía de su alma la proporcionó lo que no hubiera po-

dido hacer el artificio, dándole la apariencia de la mayor alegría, mientras que su corazon estaba despedazado.

Patty sintió mucho que la etiqueta la obligase á partir pronto para acompañar los novios á S. Dennis: prometió escribir á Ana, y volverla á ver apénas pudiese. Mr. Mansel la acompañó á Grosvenor-Square, de donde volvió con la noticia de que Cárlos habia llegado, y vió confirmadas todas sus sospechas de la inclinacion de Ana en el modo con que oyó esta noticia, sin embargo de que no habló palabra.

Se retiró á su cuarto, y despidiendo á los criados se arrojó sobre un sofá. "¡Con que vive! exclamó ella: ¡Cárlos existe! ¡Es posible! Mas, ¡ay Dios! ¿para quien vive? Al fin debe casarse con Miss Edwin. ¡Pobre jóven! ¿no le hubiera sido mejor haberse muerto?...." y despues de una pausa: "esta boda no es por su propia eleccion: no; pero la

gratitud.... ¡ay de mí! ¿puede ella reemplazar al amor? ¡Cuán poco delicada es el alma que se contente con ella!... Ambos serán desgraciados; pero ¿por qué digo esto? ¿tengo derecho á pensar que mútuamente no se aman? Si esto fuese así, ¿hubiera él condescendido tan pronto con el plan de su familia? ¡Ah! no... ¿y por qué motivo conservo yo una pasion que me aflige, envenena mi vida, y me priva de todos los placeres? ¿Por qué mi memoria, demasiado fiel, no cesa de recordarme sus perfecciones? ¿Será para mí mayor delito el amarle y adorarle ahora que mis bienes pueden serle útiles, que antes cuando pobre y destituida de todo no tenia otro deseo que el de su felicidad? No esperemos ya nada: cásese con Cecilia: por lo menos sus hijos serán mis herederos: en todo caso yo seré para el una hermana sensible y una fiel amiga."

Lisonjeándose con estas ideas se tranquilizó; pero la fue imposible dormir, y

por la mañana sus ojos abatidos dieron indicios de lo poco que habia descansado.

Cuando la llevaron los periódicos en que se ponen las listas de las personas que llegan á Bath, brilló en su alma un rayo de esperanza de hallar algo de tranquilidad mudando de pueblo; y especialmente yendo á un parage donde no oiria hablar de los Edwin, ni de sus negocios. Inmediatamente propuso un viaje á Bath, pretextando que no gozaba salud en Londres, diciendo que Mistress Wellers la acompañaría. "Por amor de Dios, os ruego, dijo Mr. Bentley, que me digais que cosa hay en Londres que vuestra alma enferma no pueda encontrar en Bath."— "Muy bien, contextó ella aparentando alegría: yo estoi determinada á probar vuestra galantería. ¿De qué me sirve tener tantos ancianos en mi comitiva, si yo no hago alarde de su excesivo afecto, arrastrándolos tras de mí? ¿Vendréis tambien, amado tio?"—"¿Hablais séria-

mente?" preguntó él. Y como ella lo asegurase, dijo entonces Mistress Wellers que desde luego la acompañaría si se lo permitiese su marido: y habiéndole consultado, se empezó á disponer lo necesario para la marcha.

CAPÍTULO LXXIX.

El viaje diferido.

Ana siempre vivia en sus ideas, y dispuesta á ejecutarlas sin detencion, queriendo sobre todo huir de Herbert y Cecilia, estaba ya pronta á ponerse en camino, cuando llegó un criado á suplicarla de parte de Milady Edwin que inmediatamente fuese á Grosvenor-Square.

Habia ella acompañado varias veces á Milady en sus diversiones públicas y particulares, pues Cecilia no parecia nunca en las primeras, ni se entrometia en perturbar las segundas; pero la viveza del recado la sobresaltó, y mucho mas

por la relacion de un criado de Mr. Mordant, que hablaba de galantería y de desafio, y que si bien no nombraba á nadie, daba á entender bastante que se trataba de Mr. y Madama Edwin.

Los coches que á la llegada del criado de Milady estaban dispuestos para el viage volvieron á la cochera, pues éste se habia diferido por lo menos algunas horas, y Ana pasó á Grosvenor-Square. Se apeó en aquella casa, y el criado que entró á anunciar su llegada fue seguido de Mr. Herbert: pero ¡cuán diverso estaba éste! Su rostro, donde antes brillaba la alegría, estaba ennegrecido por las penas y el desaliño: sus ojos siempre encantadores estaban abatidos, y su mano temblaba al coger la de Ana. Las miradas de ésta se fijaron inmediatamente sobre la escena que se la presentó en la sala de Lady Edwin, y que apénas puede describirse segun su mérito.

Madama Edwin con un vestido de bai-

se muy elegante y muy alegre, pálida y llorando estaba reclinada sobre el hombro de Cecilia: Milady se hallaba en el sofá, apénas vuelta en sí del desmayo que habia sufrido; y Madama Herbert hacia todo lo posible para consolarla.

En el momento en que vió entrar á Lady Ana pareció que se la renovaban sus profundos dolores. "¡Oh Ana! la dijo: ¡mi hijo, mi querido Hugh ya no existe! ¡y lo que aun es mas terrible, sus manos se han manchado en sangre humana! ¡No solamente fué asesino, sino que murió asesinado!"

Ana se estremeció oyendo esta breve, pero cruel relacion, hecha con una voz interrumpida; pero no se hallaba capaz de ofrecer algun consuelo: sus espíritus ya abatidos cuando salió de su casa, lo estaban todavia mucho mas por la presencia de Herbert, y no pudiendo sostener este espectáculo, cayó desmayada.

Al volver en su acuerdo no encontró

de todo el grupo, que tanto la chocó al entrar, sino á Madama Herbert y Patty, que habian quedado á su lado. Sus ojos recorrieron en vano todo el cuarto, pues ya no estaba en él el objeto á quien buscaban; y miraba casi como un sueño el haber visto á Herbert, mientras la madre de éste la informaba del fatal suceso que á todos consternaba.

Díjola, pues; que á eso de las nueve habia llegado Madama Edwin, vestida segun la habia visto, y que las habia contado que habiendo ido la última noche al baile de Hay-Market, habia perdido entre la gente á la señora que la acompañaba, y esperando que pudiese encontrarla se habia puesto á bailar con el Conde Maxwel, que era uno de sus tertuliantes. Pero como su amiga no volviese, y observando que la sala se habia insensiblemente desocupado, tomó la resolucion de ir con el Conde á casa de aquella dama, la que aun no habia lle-

gado: que ambos sorprendidos, y resueltos á esperarla, habian pedido café; pero que rendidos por la mala noche y la fatiga del baile se habian quedado dormidos, hasta que los dispertó el ruido de una comparsa de máscaras, las que habiéndose quitado las caretas dieron motivo á conocer entre ellos Madama Corbet acompañada de Mr. Edwin. Suscitóse una disputa entre éste y el Conde Maxwell, y ambos sin atender á los gritos de Madama partieron desafiados. Los criados contaron que habiendo entrado en el coche que habia conducido á Madama Corbet, se habian hecho llevar á Hyde-Park, donde habiendo corrido inmediatamente Sir William oyó decir que el máscara del dominó blanco, que Madama Edwin aseguraba era su marido, habia sido muerto allí mismo, quedando el otro gravemente herido. Sin embargo esta narracion no fue exacta; pues por otra posterior se habia sabido que el di-

funto era el forastero, y que Mr. Edwin estaba mortalmente herido; por lo cual Lady Edwin habia marchado á reunirse con su marido, que estaba asistiendo á su hijo.

Madama Edwin, noticiosa de que el Conde no existia, habia caido en tan violentas convulsiones, que casi sin sentido fue preciso llevarla al cuarto de Cecilia.

Una escena tan terrible no podia menos de interesar la sensible alma de Ana. La voz del dolor la afectaba fuese cual fuese el órgano por donde se la comunicase: y así, ¿con cuánta mayor razon debería afectarla viéndola interesante por la voz de la amistad y del parentesco? Con un corazon tan atormentado como el suyo, estaba muy poco á propósito para desempeñar el papel de consoladora. Tampoco Lady Edwin estaba capaz de admitir consuelo, pues sabiendo por boca de su misma nuera la desgracia de su hijo, y suponiendo que el caso hubiese pasado

exactamente segun se referia, ¿cómo podria abrir su corazon y sus penas á una muger que por su conducta habia ocasionado el duelo de su marido? ¿Cómo podia manifestarla sus sospechas? La estimacion y amistad que profesaba á nuestra heroina eran del mas alto grado, y en el momento en que la desgracia la heria tan vivamente buscaba en vano una alma con quien pudiese comunicar sus penas. Es verdad que tenia allí á Madama Herbert, pero sus propios sentimientos y su dependencia quitaban á sus consuelos todo el valor que podian tener por sí mismos. Así no pensó sino en Ana, la envió á llamar, y se arrepintió de ello cuando la vió tomar una parte tan viva en sus penas: un instante despues, habiendo llegado un recado de Portman-Square, se vió precisada (aunque con disgusto) á dejarla sola, confiada á los cuidados de Madama Herbert, y partió acompañada de Cárlos.

En aquel momento volvió Miss Edwin

á incomodar á Ana con el aire de altivez y de aborrecimiento que se dejaba ver al través de su pena. Pidió que su tia se fuese con ella, pues creía que Madama Edwin iba á espirar: que ya quedaba al lado de su cama un médico y un boticario, y que se habia enviado á buscar un cirujano. Dijo que la convulsion que habia sufrido la habia producido un mal parto, y que asi se miraba deplorable víctima de uno de aquellos extravíos del honor de que poco antes se hubiera burlado.

Madama Herbert suplicó á Ana que pasase al cuarto de Lady Edwin, cuya camarera se encargó de cuidarla. Esta era una muger honrada y sensible, que la habia conocido en la casa cuando no era sino Miss Mansel, y asi se aprovechó de esta ocasion para presentarla sus respetos; pero apénas empezó su arenga cuando fue llamada á asistir á su ama en casa de Mr. Edwin.

Ana habiendo quedado sola, y siem-

pre esperando otro nuevo susto, se èsforzó á poner en órden sus pensamientos, que en su giro se dirigian todos á un mismo punto; es decir, que á pesar de los horrores que la cercaban, Herbert estaba siempre delante de su imaginacion, cuando repentinamente se abrió la puerta del cuarto, y se halló con él.

Yo creí que estaba aquí mi madre, dijo Cárlos, cuando viendo á Ana sola y llorando le impusieron silencio su confusion y su agitacion. Ella le preguntó dos veces por Lady Edwin y su hijo antes que él diese el menor indicio de haber atendido á su pregunta; por fin respondió de un modo muy expresivo que las horribles escenas de aquella mañana eran tales, que no debia ella presenciarlas; y asi la suplicó le permitiese irla acompañando á su casa. "Lady Edwin, continuó él, está demasiado ocupada para volver pronto: Madama Edwin no es digna de que tomeis parte en la pena que pade-

ce, y que se ha buscado: permitid, pues, mi querida Ana, que yo os aleje de este funesto espectáculo. ¡Oh! prosiguió con una agitacion demasiado fuerte para poder ser contenida ó disimulada, ¿por qué no he tenido yo la felicidad de haberos preservado de las desgracias que han rodeado vuestra existencia, velando sobre vos, y protegiendo vuestro honor y vuestra belleza?.... No retireis esta mano, que acaso por la última vez tiene asida el mas infeliz de los hombres, ni me negueis el consuelo de patentizaros la desgracia, que seguramente acabará mi vida."

Ana, no menos afectada que Cárlos, se acordó, sin embargo, de su situacion recíproca. ¿Viéndole comprometido con Cecilia podia permitirle que la hiciese una declaracion tan contraria á su honor? ¿No era él libre cuando se sujetó voluntariamente á aquel empeño? ¿y al presente no estaba obligado á hacer cuantos esfuerzos pudiese para borrarla de su

memoria? La pasion y el orgullo se combatieron en aquel crítico momento; y cuando con el corazon lleno de terneza veía delante de sí, casi sin poder hablar y reducido á la desesperacion al primero, último y único objeto de su amor, ella se armó de resolucion, y con tanta firmeza como libertad pudo aparentar, y aun tambien con un poco de altivez le dijo que no permitiria se tomase el trabajo de acompañarla: que Miss Edwin acababa de salir de allí en una situacion que exigia sus socorros, los cuales no era razon desperdiciase con ella. A pesar de todos sus esfuerzos, en el momento en que pronunció esta sentencia su razon y su altivez parecieron demasiado débiles para sostenerla: su corazon se debilitó, decayó su voz, y apénas pudieron ser oidas sus últimas palabras. Herbert haciéndola una profunda cortesía, con la que intentó ocultar sus conmociones, dejó que ella retirase la mano: despues de lo cual Ana

saliendo precipitadamente tomó su coche, y regresó á su casa en un estado dificil de pintar. Sus tristes miradas, su voz débil, y su agitacion encolerizaron á Mr. Bentley, quien dijo no concebia cómo podian tener la barbaridad de llamarla á expectáculos de esta especie.

Inmediatamente se retiró á su cuarto seguida de su amiga; en cuya compañía se desahogó llorando, sin comunicarla la causa de sus penas; no porque tuviese motivo de ocultarlas de aquella digna amiga, sino porque la contenia la idea de que era poco pundonoroso para ella el consentir que su tranquilidad se alterase por un hombre, que jamas habia dado un paso para obtener su mano, y que acababa de comprometerse con otra.

Mr. Mansel llamó muy quedito á la puerta, y fue admitido. El buen hombre notaba hacia mucho tiempo que estaba afligido el corazon de su hija, nombre que siempre la daba; y asi la suplicó que

se franquease con sus amigos, y aun dijo algo acerca del jóven Herbert y de su proyectado matrimonio.

Mistress Wellers conoció bien pronto que allí era donde estaba la raíz de la enfermedad; pero se sorprendió de que Mr. Mansel hablase de este matrimonio como de una cosa irrevocable, porque Collet la habia confiado cuanto habia pasado entre él y Herbert; y aunque jamas habia hecho uso de esta noticia, fue por haberlo asi prometido al Doctor: como Ana tampoco la habia nombrado á aquel jóven, ella no sospechaba que pudiese turbar la paz de aquel corazon. Su silencio doloroso y penible la explicó en aquel instante la raíz de sus penas; pero como evitaba contextar directamente á ninguna pregunta, la insinuaron que convendría tomase algun poco de descanso, en lo que convino ella con tanto mayor gusto, cuanto mas deseaba libertarse de sus cansadas y oficiosas pesquisas.

CAPÍTULO LXXX.

Conclusion de la aventura de la máscara.

En el instante en que Mistress Wellers se vió sola con Mr. Mansel le contó cuanto sabia del cariño de Herbert á Ana, y él no solo quedó sorprendido, sino aun tambien muy afligido al oirlo, viendo que los dos jóvenes mas amables, que no tenian para ser felices mas obstáculo que la obediencia, debian ser igualmente desgraciados por su separacion. Él conocia la inflexibilidad de los Edwin en cuantos puntos creían su honor comprometido, y sabia igualmente el justo valor que en la mente de Ana tenian los sentimientos de conveniencia y pundonor, é inferia que ella jámas consentiría en manifestar el deseo que pudiese tener á que aquel matrimonio no se realizase. "Yo preveo, decia con dolor, que Lady Ana será desgraciada, á pesar de su juventud, belleza,

ilustre cuna y riquezas. Tal es el imperfecto estado de todas las bendiciones humanas, que como la afliccion en este mundo corrompido conduce algunas veces á la felicidad, todo lo que él ofrece de mas lisongero, es frecuentemente el orígen de males mas penibles al alma, que la cadena de penas ordinarias que diariamente visita á la porcion mas pobre y laboriosa."

Otro recado de Sir William interrumpió la conversacion, y como el mensagero exigia respuesta se vieron en la precision de turbar el reposo de Ana.

La esquela era una nueva súplica de Lady Edwin, que la rogaba hiciese el favor de pasar á Portmant-Square. Aun no se habia acabado de leer esta esquela, cuando se presentó Madama Herbert anunciando sus miradas la consternacion de su alma. Pidió á nuestra heroina que fuese con ella, si es que la era posible sostener aquella patética escena; y añadió: "Mr. Edwin está espirando, y dice que antes

de salir del mundo quiere veros: sus dolores acabarán bien pronto: ya la parte de su herida comienza á estar insensible, y ahora padece menos que antes, pues verdaderamente entonces no hubierais podido verle. Por amor de Dios venid conmigo, si podeis."

Ana no necesitaba de tantos ruegos. Mistress Wellers quiso acompañarla, y Mr. Mansel pidió permiso para hacerlo igualmente.

Cuando llegaron á casa de Mr. Edwin reinaba el mas profundo silencio, y estaba desierta aquella antesala, que antes ocupaban tantos y tan brillantes criados. Silvó el portero, y Bates presentándose con el mayor abatimiento los condujo, atravesando una porcion de salas magníficas y solitarias, hasta un gabinete, donde Lady Edwin en una muda desesperacion estaba sentada al lado de la cama de su hijo, mientras que al otro extremo estaba Sir William puesto de ro-

dillas y bañado en lágrimas su venerable rostro. Miss Cecilia y Patty enjugándose las lágrimas con sus pañuelos se apoyaban en el respaldo de la silla de Milady, y á la cabecera de la cama una señora vestida elegantemente, hermosa, pero abatida por largas penas, sostenia llorando la cabeza del moribundo; y para completar el cuadro estaban á alguna distancia dos cirujanos respetando con su silencio el dolor de un padre y una madre, que iban á perder su hijo en la primavera de sus años, y por la horrible consecuencia de sus vicios.

Cuando Ana se acercó á este solemne teatro de la afliccion, Lady Edwin con una mirada, que penetró hasta el fondo de su alma, la alargó la mano que tenia libre, la apretó la suya por un momento sin poder pronunciar una palabra, y volviéndose á la dama, que estaba á la cabecera, ella entendió lo que queria decir, y con una voz interrumpida por muchos

suspiros dijo: "Aquí está vuestra prima: vamos, mi querido Hugh, aliviad vuestro corazon."

Él la miró inmediatamente: un rayo de satisfaccion brilló en sus ojos ya amortiguados, y nadando en las sombras de la muerte. Despues de un corto silencio, durante el cual parecia que él ordenaba sus ideas, dijo lanzando un amargo suspiro: "¡Oh, Ana, en este estado te vuelvo á ver despues de todas mis maquinaciones y mis atentados! Aun en este momento mis ojos te miran todavia con cierto placer: tu vista es un cordial para mi alma pronta á dejar este cuerpo. Inocente y virtuosa jóven, yo doy gracias á Dios, porque te favoreció contra mis artificios. Dí, Ana: dí, prima mia, ¿podrás perdonármelos? ¿Me perdonarás todas las ofensas que sabes, y otras muchas que aun ignoras? Yo conspiré contra la pureza de un ángel. Háblame, ruega por mí: las súplicas de una alma como la tu-

ya no pueden menos de ser bien recibidas del cielo."

Ana, cuyo corazon jamas conoció la ira fuera del momento que la excitaba, se puso de rodillas al lado de Lady Edwin y junto á la cama: le aseguró solemnemente que todo se lo habia perdonado, lloró su triste situacion, y le ofreció consolar á sus parientes.

"Tú sola, dijo él, eres digna de todo su cariño: sé para ellos lo que yo debí haber sido." Entonces mirando á su hermana añadió: "Cecilia, sírvate de leccion el ejemplo de tu hermano: sé virtuosa y prudente para ser feliz:" y luego sintiendo que caían sobre su rostro las lágrimas de la dama que le sostenia la cabeza, dijo: "¡Oh, Angelina! yo no he merecido esos tiernos sollozos: ¿me perdonareis tambien?" — "¡Perdonarte, Edwin! dijo la desgraciada señora: ¡ah! perdóname tú; pues mi amor desordenado te ha arrastrado con mi propia ruina;

si yo no me hubiera dejado vencer, tú pudieras haber sido feliz."

Edwin volviendo sus desfallecidos ojos hácia su padre, le dijo: "Señor, protegedla:" y dirigiéndose otra vez Ana exclamó: "Á Dios, querido y último objeto de mis pensamientos, que el cielo te colme de bendiciones." Despues de haberse recogido por un momento la preguntó: "¿dónde está Mr. Mansel?"—"Conmigo ha venido, respondió Ana, ¿quereis verle?" y como Edwin contestase que sí, ella misma fue á buscarle, y le trajo al gabinete. Entonces el moribundo pidió que le dejasen solo con aquel respetable eclesiástico.

Todos obedecieron, y cada cual se dispersó por distintos lados, á excepcion de Cecilia, que amedrentada con aquel espectáculo de muerte no quiso quedarse sola. Durante algunos minutos reinó en la casa el mas lúgubre silencio, que al fin fue interrumpido por el ruido que ha-

cian los criados, dirigiéndose precipitadamente á la alcoba de Edwin, cuyo estruendo fue seguido de un nuevo silencio.

Entonces ya Mr. Mansel habia entrado en el cuarto donde estaba Lady Edwin, quien conoció que todo se habia concluido. Él ayudó á Madama Herbert á consolarla en aquel terrible momento, y la acompañaron á Grosvenor-Square, mientras que Ana y Mistress Wellers se retiraron igualmente, dejando al cuidado del jóven Herbert las diligencias que exigia aquel fúnebre suceso.

Antes de concluir este capítulo diré á mis lectores que la desgraciada Mistress Milford pasaba en un coche dirigiéndose á Brompton, donde vivia gozando poquísima salud, y no esperando mejorar sino con la muerte, cuando llevaban á su casa á Edwin espirando y bañado en sangre. Ella resignada en su suerte, en paz con un Dios de misericordia, y á la vista de la deplorable situa-

cion de aquel hombre, á quien tanto habia amado, bajó de su coche, y se acercó á él. Los ojos de Edwin, que ya habian perdido toda su viveza, la conocieron sin embargo: se acordó de las ofensas que la habia hecho, y recobraron su fuerza los sentimientos de humanidad y de justicia que el libertinage tenia sufocado: pidió perdon á aquella muger, que no habiendo vivido sino para él, no tenia en aquel momento otra esperanza, ni otro consuelo que seguirle al sepulcro; y así ella le acompañó á su casa.

Aquel momento no era propio para etiquetas ni formalidades. La compasion que siempre habia tenido Lady Edwin á la desgraciada Angelina no podia disminuirse viéndola anegada en llanto sostener la cadavérica cabeza de su hijo; y así despues de que éste espiró la convidó á admitir un asilo en su casa; pero aquella muger desconsolada quiso acompañar al cadáver hasta que le sacaron de la ca-

sa; y un mes despues fue depositado junto á él el suyo, segun ella dejó dispuesto.

CAPÍTULO LXXXI.

Volvamos un poco atrás.

Madama Corbet, á quien ya he presentado á mis lectores, era una muger á la moda, que habiendo quedado viuda muy jóven, no habia tenido guia ni principios para arreglar sus acciones. No habiendo sido feliz con su marido, hizo voto de no tener otro; pero no se prohibió el placer de recibir amantes, sino que al contrario en este punto se dió á sí misma amplias licencias. No tenia ninguno de aquellos mas amables de su sexo, ni tampoco la mas ligera idea de modestia ni pundonor. Era hermosa, adornada de gracias, y mediante una larga práctica sé habia hecho maestra en el arte de agradar. Sus intrigas eran numerosas; pero como el corazon tenia poca parte en ellas,

regularmente eran de cortísima duracion.

El dia que comió con Madada Edwin y su marido fue un dia funesto para su sosiego. La indiferencia con que éste recibió sus insinuaciones excitó su cólera, sin disminuir el amor que él la habia inspirado, y que bien pronto llegó á ser excesivo. Ella no desperdició ninguno de los artificios comunes; pero el corazon á quien acometia estaba tan lleno de los placeres del juego, que apénas dejaba lugar para el cariño, y así satisfacia sus groseros apetitos con mas facilidad que delicadeza. Cuando la pasion del juego le permitia algunos deseos mas serios, siempre éstos se dirigian á Ana.

Madama Corbet no estaba acostumbrada á abandonar el proyecto que concebia, y así mediante un anónimo le envió un desafio galante, que ningun jóven del gran tono podia desatender sin comprometer su reputacion. Viéronse en efecto: la dama quedó contenta, y las

visitas se sucedieron, de modo que la amistad tomó tanta mayor fuerza, cuanto ella no oponia ninguna resistencia. Uniendo la traicion al artificio formó el designio de hacer ver á Mr. Edwin la mala conducta de su muger, creyendo que con esto daria lugar á un divorcio, que la pondria á ella en legítima posesion del objeto á quien amaba.

El fatal baile de máscara no era ni el primero ni el único parage donde Madama Edwin se habia retirado sola con el Conde Maxwel. Cuando Madama Corbet eligió este parage estaba segura de lo que sucederia. Citó al marido, á quien empleó toda la noche en seguir los pasos de su esposa, y por su consejo la siguió tambien á su casa, donde la sorprendió con el Conde.

Madama Corbet contando con el desprecio de Edwin para con su muger, y no conociendo, ni temiendo la natural viveza de la gente de su país, habia pen-

sado que él se contentaria con el recurso de las leyes; pero la terrible consecuencia de su traicion hácia una muger, á quien ella llamaba su amiga, y que en realidad no se habia abandonado sino por el influjo de su mal ejemplo, la hizo verdaderamente desgraciada cuando supo la muerte de su amante, y conoció que habia sido obra suya. La parte odiosa que habia tenido en esta tragedia la grangeó el horror y el desprecio de todo el mundo.

Su casa, que habia sido frecuentada por aquellas personas que aún no habian abandonado enteramente el deseo de conservar una buena reputacion, fue enteramente desierta. Como su fortuna era muy limitada para sostenerla sin los socorros que á veces recibia de Madama Edwin, y como ya no la quedaba ni un solo amigo, se vió obligada á retirarse en casa de unos parientes pobres, donde cubierta de vergüenza y de rubor murió en la mayor miseria.

Madama Edwin llegó á ser tan odiosa á Sir William y á Lady Edwin, que la atribuían la pérdida de su hijo, que ni aun quisieron oirla nombrar. Sir William la cerró la entrada en su casa; pero sin embargo conservó siempre una amiga celosa y una enérgica defensora en la persona de Cecilia. Los sentimientos de esta jóven eran enteramente conformes á los de ella: así se reconcilió fácilmente con la idea de la muerte de su hermano; y aun este suceso aumentaba considerablemente sus perspectivas: el aumento de su caudal era para ella un bien de mayor importancia que la vida de cincuenta hermanos.

Cárlos Herbert era entonces el incontestable heredero de Sir William, cuyos bienes le habian sido substituidos por el testamento de su abuelo materno. El caudal de Milady Edwin con todos sus derechos pertenecia á Cecilia. El deseo que ésta tenia de volver al gran mundo, de

cuyo seno habia sido arrancada muy á su pesar, se renovó con los medios de satisfacerle. Cuando confesó su amor á Cárlos lo hizo con el objeto de conciliarse el afecto de sus parientes, que disgustados con la imprudencia de su conducta la amenazaban con fijarla un género de vida, que ella detestaba. En cuanto á aquel jóven ella verdaderamente le habia juzgado amable; pero habia sido antes de que su gusto se hubiese hecho familiar con el trato del gran mundo, y antes de que hubiese aprendido á burlarse de los lazos mas sagrados. El Coronel Mendez la habia dado, así como otras lecciones, las de despreciar la verdad; y apasionada de él, como lo estaba, ninguna persona podia ser menos de su gusto que Cárlos; pero no ignoraba la manía de su madre, que era dar gran peso á cuanto pertenecia á sus rancias ideas de nobleza: sabia que Sir William no se opondria en nada á su esposa, y que el matrimonio de am-

bos primos habia sido siempre su objeto favorito. Por último, conocia que fingiendo amar á Cárlos disipaba algunos rumores desagradables, que se habian esparcido con motivo de sus relaciones con Mendez.

Débese añadir á todo esto que se complacia efectivamente en hacer daño: no ignoraba que ella no era la primera en el corazon de Cárlos: ¿y podia vengarse mas deliciosamente que haciendo imposible la union de éste con la persona que amaba? Si (como se lisonjeaba) él rehusase su mano, entonces incurria en la desgracia de toda su familia, y se veria precisado á vivir en un país extrangero, de donde si alguna vez volviese, seria sujetándose á condiciones tales, que él no podria soportar, cuales serian las de vivir bajo la dependencia de unas personas, que creerian que él se habia portado mal con ellas.

Mas en esta última esperanza quedó burlada. Herbert habia salido de Ingla-

terra medio convencido de la imprudente conducta de Ana. Lo que hacia dudoso la primera carta de Collet, se hallaba probado hasta la demostracion en su segunda; y así habia abandonado todo pensamiento relativo á ella, excepto el del sentimiento y la compasion. El deplorable fin de su padre, el aumento de las obligaciones que tenia á los Edwins, la noble conducta de éstos respecto á su madre y hermana, y el paternal cuidado que tomaron de él mismo, le hubieran hecho dar por ellos su vida, sin murmurar una palabra.

Es verdad que cuando Madama Herbert le propuso por la primera vez el casamiento con su prima mostró tal disgusto por la conducta y modales de ella, que él habia presenciado, y presentó como tan grave y costoso el sacrificio que se veria abligado á hacer, que su respuesta fue como si positivamente la rehusase; pero cuando su madre, á quien adoraba,

se puso á recordarle los favores de Sir William y Lady Edwin, el deplorable estado en que ella y su hermana se hallarian si aquellos señores las abandonasen, la nota de ingratitud en que incurririan si se negaban á una propuesta, que hacia el objeto de sus mas ardientes votos; cuando ella le suplicó que no pusiese el colmo á las desgracias de su madre, le aseguró que todas sus esperanzas de consuelo dependian de su complacencia en aquel momento, le recordó que pensase los años que ella habia pasado en su triste vida, los dias entre las lágrimas de la afliccion, y las noches sin el alivio del sueño, por lo cual le pedia no expusiese á una nueva prueba su alma, ya tan abatida, que no podia soportar mas penas; y por último, cuando Cárlos consideró por sí mismo que la única persona á quien habia amado ya estaba perdida para él, cualquiera que fuese el disgusto con que mirase á Cecilia, no pudo resistirse, y

rehusar á una madre querida el único consuelo que estaba en su mano proporcionarla: así la dijo que respondiese por él, la prometió restituirse á Londres apénas se lo mandasen, y escribió á su tio y á su tia en términos conformes á estas ideas.

Cecilia no se habia figurado que el negocio debia concluirse con tal rapidez: su único designio habia sido revocar la sentencia que la condenaba á vivir en el pais de Gales, poner á Cárlos en un apuro, y divertirse esperando el resultado. Luego que vió que ya no habia mas remedio, imaginó que mas facil la sería gobernar á Cárlos que á sus padres, y que era preciso someterse con gusto á lo que ya no podia evitar.

Herbert al salir de Francia para regresar á Inglaterra habia dejado de recibir la última carta de Collet, donde éste le daba aviso de la inesperada fortuna de nuestra heroina; y como Lady Edwin en

su primera conmocion no habia contado á su madre ninguna de las particularidades relativas á este suceso, ni habia dicho que Ana era la hija de su hermano, segun se habia descubierto, tampoco Madama Herbert habia podido participárselo á su hijo. ¿Cuáles fueron sus sentimientos y su sorpresa al ver á Ana elevada á aquella clase de opulencia? Él se convenció de que se la habia hecho una injuria en cuanto se habia dicho contra su conducta.

Mas la justicia hecha á su verdadero carácter venia ya demasiado tarde. Su palabra estaba dada: tratábase de extender los artículos del contrato; y aun cuando antes hubiese sido sabedor de tal noticia, ¿se hubiera atrevido á aspirar á la mano de una persona de su rango, obsequiada y deseada por todo el mundo, servida y admirada tanto por su belleza y perfecciones, cuanto por los grandes bienes de que era heredera?

Esto le era imposible: huir no solo de verla, sino de la misma tentacion de mirarla, evitar hasta la noticia de sus negocios; he aquí lo que la necesidad le prescribia, asi como tambien lo que le mandaban la prudencia y la razon, cuando la desgracia sucedida en la familia de Sir William hizo inevitable que la viese.

Ana Mansel, jóven amable é inocente, cautivó en Llandore su corazon antes de que él conociese el peligro: en el momento en que la creía comprometida no pudo evitar que sus ojos se hubiesen rendido á sus encantos, que su alma quedase suspensa al oir su voz, y todos sus sentidos enagenados por la sabiduría y sensibilidad de sus discursos. Amarla era una necesidad irresistible; y seguro de que no formaba ningun designio que pudiese perjudicarla, sin preveer lo que él mismo podia tener que recelar para sí, no pensaba en penetrar sus secretos sentimientos, que eran igualmente agradables que nue-

vos. Estaba contento con el placer de verla diariamente: se enagenaba de gozo al oirla leer un capítulo de cualquier autor favorito: él cantaba hoy la cancion que ayer le habia encantado en su boca, y cogia una flor que servia para que ella adornase aquel pecho, asiento de la pureza y de la virtud. Si alguna vez conversaban juntos, él estaba cierto de encontrar en ella sus mismos sentimientos y sus propios raciocinios, y que ya luego le eran mas gratos, viendo que eran los mismos que los de Ana. Entretanto, ni un solo pensamiento ulterior turbaba su alegría presente, ni concebia temores algunos para lo futuro; pues solo empezó á experimentar esto cuando ella comenzó á ausentarse de Llandore, y se decidió el dia de su viaje. Entonces el dolor que resintió le reveló el secreto de su corazon. Su limitada fortuna, su estado de dependencia, las esperanzas y proyectos de sus parientes para su colocacion, le

fueron sumamente penosos. Él no podia dispensarse de cumplir con sus deberes respecto á su familia: su propio honor le prohibia intentar seducir una jóven, y robar sus afectos á aquel á quien pensaba que ya correspondian.

Así, pues, visto el orígen y los progresos de su amor, conoceremos que no solo no podia aumentarse, sino que era imposible se disminuyese.

CAPÍTULO LXXXII.

Pronto vuelven las viejas mañas.

Como el tutor de Madama Edwin se negó á volverla á recibir en su casa, ella se vió obligada á restituirse á su antigua habitacion. El cadáver de su marido fue trasladado con magnificencia al sepulcro de sus antepasados, acompañándole en este viaje Cárlos, quien llevó consigo todas las recomendaciones de Sir William para ser elegido miembro del Parlamento

en lugar de su difunto primo.

Lady Edwin, cuya alma, aunque sensible, jamas sucumbia bajo el peso de los males, que son la suerte comun de los humanos, lloraba mas bien la degeneracion de su hijo que su muerte. Intimamente afecta á la dignidad de su familia consideraba el fin prematuro de su hijo, que sin embargo pesaba gravemente sobre su corazon maternal, como un término preciso de la inmoralidad y extravagancia de sus acciones. Semejante vida obscurecia el lustre de la sangre de Trevanion, en términos de que si hubiese continuado, se hubiera eclipsado absolutamente el caudal y la fama de aquella casa; pues el primero hubiera sido disipado, y la segunda envilecida.

Entonces Ana era al pie de la letra el orgullo y la esperanza de su tia: con ella se consolaba, y en su compañía pasaba la mayor parte del tiempo. En cuanto á su hija habia concebido muy mala

opinion de su carácter. La menor falta de verdad era mirada por Lady Edwin como un pronóstico de la peor especie, y Miss Edwin no dejaba jamas de confirmar sus mentiras con los mas solemnes juramentos cuando la convenia que la creyesen. Cansada de luchar inútilmente contra su obstinacion, y esperando verla casada bien pronto con Herbert, Milady la habia permitido recibir y hacer algunas visitas, aunque bajo ciertas restricciones, de las que ella no hacia mucho caso. Por mas indecoroso que esto pueda parecer, lo cierto es que apénas Madama Edwin se estableció en su casa, cuando todas las veces que Cecilia podia escaparse de los observadores ojos de su madre las dos cuñadas eran inseparables.

Á la verdad, la jóven viuda tenia la prudencia de estarse en su casa; pero aunque hubiese amado al Conde, como no tenia recursos dentro de sí misma, como aborrecia la soledad, y por su impru-

dente conducta se habia quitado la esperanza de ser admitida en las sociedades de algun respeto, era facilísimo el obligarla á recibir en su casa las visitas de aquellas personas, que eran las menos oportunas para restablecer su reputacion perdida. Viuda, sin hijos, y con un caudal inmenso llegó á ser un objeto interesantísimo para un jóven Oficial de Guardias, llamado el Capitan Mellish, el cual con el auxilio de una buena figura, y el competente grado de seguridad, llegó á introducirse bajo los auspicios mas favorables en el corazon de Madama Edwin, en cuya casa no tardó en encontrar á Cecilia. La historia del Conde y de Mendez, que era demasiado reciente para poder ser olvidada, le sugirió la idea de acomodar á uno de sus camaradas, Oficial de su mismo grado, á quien presentó á las damas, y que inmediatamente se enamoró de Miss Edwin, como su introductor de la viuda.

La familia de Grosvenor-Square se hallaba en la mas profunda ignorancia de estas relaciones; pero Mistress Wellers y Ana oian hablar de ellas en todas partes; pues éste era el tema de las conversaciones de la mañana, que se repetía en la mesa, á la hora del té, entre las comidas, en el juego, y en todas las casas del barrio de St. James, á excepcion de la de Sir William, y de aquellas que éste ó su esposa visitaban, pues su presencia suspendia esta conversacion interin estaban delante.

Aguardábase por momentos que llegase á la ciudad Mr. Herbert para tomar su asiento en el Parlamento, y la familia de Edwin no estaba detenida sino por los negocios de Ana, que bien pronto iban á ser terminados: así se juzgó mas prudente el evitar hablar de lo que tenia escandalizada á toda la ciudad, mejor que no añadir esta nueva pena á las de aquella familia respetable.

Enmedio del brillo de las riquezas y de cuantos placeres pueden procurar encontraba Ana en el fondo de su corazon una prueba de la ineficacia de estos medios para lograr la felicidad. En vano el buen Bentley continuaba sus esfuerzos para distraerla de sus propias penas, llamando su atencion á las de los otros: ella era el consuelo de los afligidos: sus bendiciones la acompañaban; pero todo esto no disminuía los tormentos de su alma: y aunque ella hacia todo lo posible para ocultar su estado, éste no se encubría á la tierna inquietud de sus amigos, que temian que al cabo no abreviase su vida. Mr. Mordant estaba inconsolable, y Collet, que no era menos estimado de Mr. Bentley por la pureza de sus principios que por sus conocimientos en la medicina, se hizo con un coche muy bonito y dos caballos negros, con lo cual podia visitarlos diariamente.

Un aumento tan singular en la fortu-

tuna de un boticario, que no asistia sino á los enfermos del pueblo, no podia dejar de excitar la curiosidad: y tal vez mis lectores sospecharán en vista de los ejemplos anteriores, que un poco de maledicencia y de escándalo se mezcló en las ingenuas conjeturas de los juiciosos habitantes de Layton; pero nada de esto sucedió. Si Mr. Collet mediante pérdidas imprevistas, la diminucion de sus parroquianos, las maliciosas reflexiones de sus vecinos, ó cualquiera otra causa, se hubiera visto precisado á deshacerse de un coche en lugar de comprarle, no es dudoso que esta feliz circunstancia hubiera proporcionado á los caballeros y madamas del pueblo la ocasion de repetir todas las faltillas de su vida, y el derecho de juzgar todas las que tuviese, ó se les quisiesen suponer. En fin, esto les hubiera abierto un vasto campo para hacer ostentacion de su compasion natural, lastimándose del pobre hombre, ó bien para

manifestar la penetracion de sus jueces, quienes no dejarian de decir que siempre habian conocido que concluiría de aquel modo. Pero en el caso actual su coche aumentó su crédito, le proporcionó convites á la mesa y al té en casa de Mistress Bibbins, y aun empeñó á una señora que tenia escuela en el pueblo, y de la cual él estaba hacia tiempo enamorado, á hacer tales insinuaciones al modesto y desconfiado boticario, que él finalmente habló y dió á Lady Ana la ocasion de honrar con su presencia sus bódas, que se hicieron en su casa, donde en virtud de una especial licencia fue Mr. Mansel quien les dió la bendicion nupcial; ceremonia en que Miss Herbert hizo á Mistress Collet el honor de darla la mano como madrina.

La tarde de aquel mismo dia llegó una carta de Mr. Wilkinson á Ana, inclusa en otra á Mr. Mansel, quien se las entregó ambas, y habiendo pedido á los

circunstantes el permiso de ver lo que la escribia uno de sus antiguos amigos, leyó lo siguiente:

Al Rev. Mr. David Mansel.

"La ausencia de nuestro digno pastor, aunque suplida muy regularmente por su substituto en cuanto á las funciones parroquiales, no puede ser sentida por nadie con mayor viveza que por mí. ¿Cuándo volverá nuestro buen rector? Esta es una pregunta que sin cesar nos hacemos, y á la cual yo desearía poder dar la respuesta.

»Vos habeis tenido la bondad de participarme el resultado de vuestras investigaciones respecto á Lady Ana Trevanion. Yo me regocijo con este descubrimiento, y mi alma se enagena con la certeza de ver la mas bella y mas amable de las mugeres en un rango donde su ejemplo y su mérito brillarán para utilidad del mundo. Me decis que cuando yo

pueda ofreceros con un corazon libre mis enhorabuenas por este feliz acontecimiento, las presentareis á los pies de vuestra encantadora patrona. Este tiempo ha llegado ya: de lo que mas me lisonjeo, respecto á ella, es de haber tenido bastante penetracion para distinguirla y amarla, no antes de que fuese el objeto de la admiracion de cuantos la conocian; pero sí antes de que se me pudiese atribuir cosa que desdijese del amor mas puro.

„La carta que tengo el honor de acompañar á ésta podrá exponerme á ser censurado como un hombre vano; pero me lisonjeo de que serán precisas fuertes pruebas para acreditar que mis intenciones no son rectas. Si mi súplica merece ser honrada con la aprobacion de Lady Ana, ella tendrá la bondad de comunicárosla, y entonces cuento con vuestros buenos oficios relativamente al asunto que contiene: pero si Ana no la aprobáre, entonces hará el favor de o-

cultar el nombre á vuestro, &c. EDUARDO WILKINSON."

Á LADY ANA TREVANION. (*Carta inclusa en la antecedente.*)

SEÑORA.

"Si esta carta habla otro lenguaje que el de las mas sinceras felicitaciones por vuestra entrada en esa familia, y en los honores de que sois el principal ornamento, no por eso disminuirá ninguno de mis sentimientos. Por mas ardientes que hayan sido mis deseos, siempre fueron moderados por un presentimiento de vuestra superioridad y de mi propia inferioridad. El descubrimiento que acaba de hacerse prueba que no me equivoqué, y aunque me sea imposible explicar este misterio, lo cierto es que siempre esperé mas que temí un suceso semejante. Aceptad, pues, señora, los votos mas sinceros de un corazon, que jamas ha sido culpa-

ble hácia vos; y feliz, como lo sois poseyendo todas bendiciones terrestres, perdonad el atrevimiento y la confianza de un hombre, que quisiera perder la vida por serviros.

„Mediante el favor de mi difunto amigo Mr. Herbert me hallo en posesion de un caudal considerable, una parte del cual resulta del producto de las ferrerías que mi actividad han hecho tan útiles á los asociados. Mi suerte es fijarme en este país lejos de la sociedad, donde mis inclinaciones me llevarían, y por lo menos permaneceré aquí algunos años, antes que la felicidad de la independencia me proporcione la libertad de elegir otro parage. Yo he nacido para la sociedad: mi corazon necesita una compañera. ¿Conoceréis, señora, en el número de vuestras amigas alguna que quiera recibirle penetrado y despedazado por su primera inclinacion? Las últimas palabras que me dirigió Mr. Herbert fueron

estas: *acordaos de que yo fui vuestro amigo.* Esta advertencia, que no era necesaria, jamas puede borrarse de mi memoria. Si la vanidad y mis propios deseos me hacen delirar, Lady Ana Trevanion tendrá compasion de un amigo sin descubrir su locura.

»Leyendo en los ojos de Miss Herbert he creido ver que ella ha heredado las bondades de su padre: si vuestra aprobacion me favorece, yo seguramente intentaré probar si me he engañado; pero en vuestra mano está el imponerme silencio para siempre. La sumision á vuestras órdenes, la veneracion á vuestro dictámen, y el respeto á vos y á vuestra familia no pueden concluir sino con la vida de = Eduardo Wilkinson."

Miss Herbert, cuya curiosidad se habia excitado vivamente por el modo con que Mr. Mansel habia entregado estas cartas, y la prontitud con que fueron abiertas, se sintió indispuesta antes de que se

acabase su lectura, y se vió obligada á salir de la sala. Nuestra heroina la siguió inmediatamente, y con mucho cariño la preguntó acerca de su repentina indisposicion, y sus respuestas confusas, acompañadas de cierto rubor, é igualmente sus ojeadas á la carta, convencieron á Ana de que tenia la causa en su mano. Sin embargo, no creyó que era justo instarla mas por entonces, y se disponia á retirarse, cuando Patty cogiéndola cariñosamente la mano la dijo: "Querida Lady Ana, responded solamente á una pregunta."

—"Á mil responderé yo, querida Patty, contestó Ana: ¿qué es lo que deseais saber?"—Patty se puso colorada, y bajando la voz de modo que apénas podia ser oida la preguntó si la generosa y desinteresada pasion de Wilkinson iba á ser recompensada.—"Yo creo, querida mia, respondió á Ana, que será recompensada, pero no por mí: he aquí su car-

ta: en vuestra mano la dejo, y si cuando la hayais leido cesa vuestra indisposicion, me hareis el gusto de reuniros con nosotros."

Mi lector posee ahora un secreto por largo tiempo y con mucho cuidado oculto en el pecho de Miss Herbert. Al salir de su infancia habia visto con cierto interés á Mr. Wilkinson. Cuando éste dirigió sus afectos á Ana, ella habia sentido el disgusto que puede experimentar en tal lance una persona de su carácter dulce y pacífico; pero como él nunca la habia hecho ninguna insinuacion, ella ocultó de todos la preferencia con que le honraba, y aun hubiera llegado á extinguirse, como todos sus demas deseos, sin esperanza, y no por eso hubiera padecido su salud. Mas cuando en el desgraciado fin de su padre halló Madama Herbert en Mr. Wilkinson la tierna y respetuosa solicitud de un hijo, así como la atencion constante de un amigo en el desempeño

de los negocios; cuando él reunió al respeto que siempre habia tenido á ella misma todo el cariño de un hermano, el corazon de Patty quedó irrevocablemente comprometido, y la gratitud dió á sus sentimientos demasiada sancion para que la prudencia pudiese contenerlos en sus límites. Estando Ana entonces muy lejos de las pretensiones de Mr. Wilkinson, Patty se entregó á la esperanza de que podria ser el segundo objeto de su eleccion. Estas cartas entregadas con tanta formalidad por Mr. Mansel la habian sobresaltado. Aunque Patty Herbert hubiera sido una Reina, Wilkinson hubiera participado de su trono; y así el que ella juzgaba digno de su cariño, ¿no podia tambien agradar á Ana? De aquí nació su agitacion y su repentina indisposicion; pero apénas quedó sola para leer una carta, cada letra de la cual iba directamente á su corazon, experimentó los transportes mas vivos y mas agradables. —

"¡Ah! exclamó ella: ¡jamas mis ojos me han proporcionado mayor placer! ¡Cuántas veces he sentido que ellos se diferenciaban de todos los de mi familia, y cuántas he envidiado á Cárlos sus hermosos ojos negros! ahora yo no cambiaré los mios ni aun por los mismos de Lady Ana."

Con un corazon alegre y unas miradas que lo significaban, volvió á la sala, y entregó á Ana la carta, aunque ella hubiera deseado guardarla. —"Y bien, querida mia, la dijo, ¿os habeis respondido á vuestra pregunta?"

—"¿Qué decis?" fue su única respuesta, y se puso colorada. Mr. Mansel adivinó el motivo, y ofreció alegremente apostar cualquier cosa á que dentro de un mes tendria el gusto de repetir la ceremonia de aquel dia. —"¡Un mes! exclamó Patty: en verdad que no, Mr. Mansel." La risa general de los presentes la advirtió de que hubiera hecho mejor en no ha-

cer caso de la apuesta indicada; pues por hacerle habia explicado lo que tal vez se hubiera tardado en sospechar, y es que la apuesta hacia alusion á ella.

Despues de haber pasado el dia con la mayor armonía y regocijo se dividió temprano la tertulia, porque los desposados tenian que regresar á Layton.

CAPÍTULO LXXXIII.

Otro poquito de orgullo de familia.

Ana vió con la mayor satisfaccion la perspectiva de felicidad que se presentaba á los ojos de su amiga, y se apresuró á ir á Grosvenor-Square para sondear las intenciones de Madama Herbert y Lady Edwin. La proposicion fue recibida con un verdadero placer por la primera. Wilkinson era el hombre que ella hubiera preferido á todos para su hija. "No hay ninguna objecion que hacer contra él, respondió Lady Edwin; pero su orígen, si hemos de juzgar por su primer esta-

dò, puede ser bajo, y acaso tal su familia, que nos sea imposible enlazarnos con ella."—"¡Oh! respondió prontamente Miss Herbert, él ha dicho un millon de veces á mamá y á mí que no tenia ni un solo pariente."—"Realmente, contestó Ana sorprendida, yo jamas pensé en Llandore que hubiese una semejanza tan grande entre nuestras situaciones. ¿Por qué no podriamos suponer, continuó dirigiéndose á Lady Edwin, que la obscuridad en que ha sido criado es efecto de algun infortunio sucedido á su familia? Él sin duda tiene sentimientos y principios capaces de honrar la clase mas elevada; y en cuanto á su primer estado, ¿cuán cerca no me vi yo de ponerme de oficiala en casa de una modista?"—"Muy bien, dijo Lady Edwin: que venga acá; y si Patty.... pero yo no veo que habrá objecion por su parte. En fin, nosotras tomaremos informes."

En este instante entró Herbert, y

Ana se levantó diciendo que era tarde, y que estaba citada. "No, querida mia, dijo Lady Edwin: ahora tenemos otra boda que arreglar, y así no os retirareis. Vos sois al presente la principal de la familia de Trevanion, y conviene que seais consultada."—"¿Consultarme? respondió Ana temblando. ¡Ah! señora, yo os suplico me perdoneis.... yo no tengo ninguna especie de derecho: yo.... en verdad...."

—"Ana, interrumpió su tia, ved que estais engañada; y aun cuando esto no fuese, siempre me hariais un favor en quedaros."

Ana volvió á sentarse, pudiendo apénas ocultar la agitacion de su espíritu: y no atreviéndose á mirar á Herbert, correspondio á su saludo inclinando un poco la cabeza; accion que se asemejaba mas al aire orgulloso de una Lady Edwin hablando con un noble nuevo, que á la gracia y política naturales de Lady Trevanion.

"Y bien, Cárlos, dijo Lady Edwin, ya hemos sabido vuestro buen éxito en la eleccion. ¿Habeis visto á mi hija?" Él respondió que venia de visitarla. "Bravísimo, replicó ella. ¿Con que primero habeis ido á verla? eso es muy justo." Los ojos de Madama Herbert brillaron de placer, y su hijo hizo una cortesía.

"Yo espero, continuó Milady, que ella esté satisfecha del honor que os han hecho vuestros compatriotas."—"Yo tambien lo espero, respondió Cárlos."—"Sir William, añadió ella, asiste constantemente á la cámara: yo creo que vos, Cárlos, pudierais cumplir vuestros deberes sin ser tan puntual." Él contestó que fundaria su satisfaccion en merecer el aprecio de sus amigos.

"¡Oh! si mi querido y desgraciado Hugh hubiese tenido la mitad de vuestra discrecion, ¡cuán feliz seria yo en este momento, en vez de llorar no solamente la pérdida de mi hijo, sino tambien la de

su honor! Pero apartemos este funesto recuerdo: yo tengo todavia la consoladora esperanza de ver feliz á mi hija, uniéndola á un jóven, cuyo honor es el mejor garante del suyo. Ahora que estamos solos os diré lo que nos proponemos hacer Sir William y yo. Él ha dado órdenes para que se componga la quinta de vuestro padre, de la que tomareis posesion inmediatamente, así como de los bienes que se han vuelto á comprar: esto, y 100 libras esterlinas en dinero, nos parece un establecimiento decente para unos nuevos esposos. Como Cecilia, añadió ella suspirando, tiene ahora grandes bienes, nosotros haremos sucesivamente para vuestra renta todo lo que sea necesario, para que segun vaya aumentándose vuestra familia sostengais vuestro rango en el mundo. Cuando muera Sir Willam heredais todos sus bienes, y los mios pertenecen á vuestra esposa.

»Tú siempre has extrañado, hermana

mia, continuó mirando á Madama Herbert, que yo haya escogido á Dennis para fijar mi residencia, y ahora puedes ver la causa en la reclamacion de mi sobrina. Aquella fue la morada de mis antepasados por parte de madre, y despues que murió mi padre siempre estuve esperando lo que ha sucedido. Por mas contenta que yo esté en restituir á Lady Ana los bienes de su padre, pudiera haber tenido alguna repugnancia en dejar una casa á la que yo me hubiese acostumbrado. Perdonadme, sobrina mia: ya veo lo que quereis decirme con el generoso movimiento que habeis hecho; pero Lady Edwin no puede aceptar de la política unos dones, á los cuales no tiene ningun derecho. Yo he cuidado de que el castillo de Trevanion, ese lugar respetable por haber sido cuna de tantos héroes, no tomase el aspecto de una casa abandonada; pero mi habitacion ha sido siempre en mi propia quinta. Cárlos, vuestra madre gus-

ta de Llandore, y vuestra hermana parece dispuesta á establecerse allí: ¿teneis alguna objecion que hacer sobre esto?"

Mientras que Lady Edwin con el tono solemne que la dictaban sus últimas desgracias explicaba el plan concertado, no menos generosa que prudentemente entre ella y su esposo, eran muy diversas las sensaciones de sus oyentes, aunque todos muy atentos. En Madama Herbert brillaba la alegría maternal y la gratitud á vista de la mudanza que pocos meses habian hecho en la fortuna de su hijo. Unas dulces lágrimas corrian por sus mejillas, y su alma se explayaba en acciones de gracias hácia el dispensador de todos los bienes, y estaba pronta á exclamar: *Ahora, ó Dios mio, podeis sacar en paz á vuestra sierva de esta vida.*

El corazon de Patty estaba gozoso por la felicidad de su hermano y la suya propia, pues sus negocios empezaban á tomar un aspecto favorable; pero Herbert

presentaba la imágen de la muda desesperacion. "Señora, vos sois demasiado buena", dijo con un corazon que se le queria salir del pecho, y sus ojos henchidos de lágrimas, que apénas podia contener. Frecuentemente se le habia visto derramar lágrimas de sensibilidad y compasion: muchas veces su corazon habia sido despedazado por los males agenos; pero ahora hubiese llorado lágrimas de sangre por los suyos propios. Estaba delante de cuanto mas amaba en el mundo, ocupado en escuchar el plan de un tratado, que no podia rehusar, y que por el acto mismo de su voluntad le privaria de ella para siempre. Los sentimientos de Ana eran seguramente no menos penosos, aunque hallasen una gran diversion por las palabras que la dirigia Lady Edwin.

"Ahora, querida sobrina, yo no tengo en el mundo mas interes que el vuestro. ¿Cómo puede ser que entre tantas

proposiciones como os han hecho personas de la mas elevada clase, no hayais admitido ninguna? Sir William no puede verse libre de los que solicitan su recomendacion para con vos: yo nunca os he hablado de esto, ni lo haria, á no ser porque mis esperanzas burladas en cuanto respecta al honor de mi familia no me prescribiesen el pensar en vos para restablecerle. Sir Howel Gwin, de una casa tan respetable como la nuestra, con un caudal inmenso, del que jamas se ha visto empeñada parte alguna, es el apasionado admirador de Lady Ana."

—"¡Ah, señora! dijo Ana con una voz débil y casi desmayándose, no me insteis á que mude de estado: jamas, no: jamas yo puedo consentir en ello:" y observando en la sorpresa de su tia las señas del descontento al oir una declaracion tan positiva de los sentimientos tan contrarios á sus deseos, añadió: "¿no prometí yo á mi primo ser vuestra consola-

dora? ¿No disponeis ahora de la suerte de vuestra hija? Pues permitidme, querida tia, ser vuestra Ana Trevanion. ¿Por qué me instais á que deje este bello título, que he adquirido hace tan poco tiempo, y del que tantos motivos tengo de vanagloriarme?"

La conclusion de este discurso dulcificó la amargura que tuvo su principio; pues como se dirigia á la parte débil de Lady Edwin, no podia menos de ser bien recibido. Ella siempre habia extrañado que hablándose de matrimonio para su sobrina, no se hubiese exigido que el pretendiente por respeto á la nobleza, caudal y hermosura de la novia consintiese en tomar el nombre de Trevanion. El valor que Ana daba á este nombre era tan lisonjero y tan conforme á sus secretos deseos, que ella lloró de placer.

Y no fue la única persona de las presentes que se sintió conmovida al oir su discurso. Herbert, aunque estaba cierto

de que en adelante Ana no podia ser suya, habia oido con una cruel duda la proposicion de Lady Edwin; y aquel *jamas*, *no*, *jamas*, pronunciado por una boca, que adoraba, habia sin embargo reanimado su alma, y un exceso de satisfaccion habia ocupado en su pecho el lugar de la desesperacion, que un instante le atormentaba.

Se permitió á nuestra heroina que se retirase antes de cenar, aunque no fue sin mucho disgusto de sus amigos, que hubieran deseado que los acompañase. Desgraciada y sin consuelo tomó su coche, rehusando en silencio el apoyo de la mano que Cárlos la ofreció temblando.

Á su regreso, por mas deseosa que estuviese de entregarse á sus afligidos pensamientos, y á pesar de la perdida cierta de toda su felicidad, ocupada en la de todos sus amigos, escribió á Wilkinson el siguiente billete.

"¡Qué obligaciones no debo á mi

amigo Wilkinson! ¡cuántos perdones tengo que pedirle por no haberle manifestado antes cuán agradecida estoy á su invariable solicitud en mi favor, cuando casi abandonada de todo el mundo, su amistad me hubo protegido contra las desgracias que yo estaba destinada á sufrir! Yo no cesaré de mirar como un honor el afecto que me habeis manifestado: lo recordaré siempre con placer, y ninguna satisfaccion puede igualarse á la de haber sido distinguida por un sugeto de una alma tan bella."

"He examinado el círculo de mis amigas, y los ojos á que aludís hablan el lenguaje de la inocencia y la verdad. Creo no os habeis equivocado; y he preparado á Lady Edwin á estimar á mi amigo Mr. Wilkinson. Si Madama Herbert estima mas á otro, es á su hijo solamente. Yo no puedo resolverme á recibir vuestras felicitaciones desde tan lejos: vendreis lo mas pronto que podais:

os hareis entender, y veremos si hablais tambien como escribis."=A. Trevanion.

CAPÍTULO LXXXIV.

El hombre sin parentela.

Una semana despues de escrito el billete anterior llegó Mr. Wilkinson á Londres: fué á casa de Ana, la cumplimentó con toda franqueza; y ella, que no dejó de notar esta circunstancia, le recibió con la mayor amistad. Sus visitas habian llegado á ser muy raras en Grosvenor-Square, pues siempre tenia pronta una excusa para no ir; pero entonces el deseo de servir á sus amigos la hizo vencer toda repugnancia, y se resolvió á presentarle ella misma. Sir William, que tenia la mayor deferencia para con su buen juicio, no hizo objecion alguna contra un hombre presentado bajo sus auspicios; pero Lady Edwin se mantuvo en su primera opinion de que era preciso mirar bien

á quien pertenecia para honrarle con consentimiento general de la familia.

El jóven algo confundido con este dictámen, que no se le anunció en los términos mas delicados, la dijo despues de haber titubeado por algunos instantes, que su nacimiento era acaso mas inferior de lo que ella suponia; pues aunque él supiese que habia perdido á su madre en el momento de nacer, la dueña de la casita en que murió, y que era muy pobre, jamas le habia sabido decir si su madre habia bajado del cielo, ó salido de la tierra: que sin embargo él creía que debia someterse al sonrojo, si es que lo era, de haber sido fruto de una pasion ilegítima de su madre; pues como nadie se habia presentado á reclamar ninguna relacion con ella, él inferia que esto no podia ser, á menos de que ella no hubiese sido muy desgraciada. "Yo, añadió con una agitacion en que se veía parte de altivez y parte de indiferencia, fui enviado á la

casa de caridad, de donde me pusieron de aprendiz en casa de un tejedor."

En los ojos de Ana se conocian los sentimientos interiores que experimentaba al oir esta relacion. Patty se vió obligada á retirarse, y Lady Edwin, elogiando la ingenuidad de Wilkinson, le preguntó si vivia aun la muger, en cuya casa habia muerto su madre. "Sí señora: vivia hace un mes, dijo él, cuando la hice pagar su pension."—"¡Ola! replicó con satisfaccion Lady Edwin, ¿con qué la habiais señalado una pension?"—"Es una bagatela, señora, respondió él: yo os aseguro que no tomaré ninguna ventaja: Miss Herbert acaba de salir algo indispuesta; ¿podré tener el honor de ir á informarme de su salud?" Entonces le dijeron cuál era su cuarto.

El orgullo de Wilkinson quedó muy ofendido con las objeciones de Lady Edwin, aunque no pudo condenar el motivo. Él tenia muy buenas nociones del ho-

nor, y así cumplió su palabra en la visita á Patty, pues la conversacion se limitó á las comunes civilidades.

En el momento en que volvió á la sala llegaron Herbert y Cecilia: la mañana estaba muy hermosa, y habian salido juntos para estrenar su nuevo coche, del cual estaba tan encantada Lady Edwin que hizo una descripcion circunstanciada á Ana, que estaba muy poco dispuesta á escucharla sobre este asunto; y asi se despidió francamente apénas se le proporcionó una pausa que hubo en la conversacion.

Enferma en el fondo de su corazon y desesperada, rogó á Mr. Mansel y á Mistres Wellers que pasasen á su cuarto, y les dijo:

"Yo voy, queridos amigos, á descubriros los dolorosos sentimientos de un carazon que jamás hubiera conocido el disimulo para vosotros, si hubiese estado á sus alcances el comunicároslo con sa-

tisfaccion. Vos conoceis hace mucho tiempo el orígen de esta pena, que en fin, por sus efectos sobre mi salud debe privarme de todos los demas consuelos. Sin embargo, yo deseo que me guien y aconsejen: mi resolucion me abandona cuando mas la necesito, y es incapaz que presencie esas bodas que la destruyan. ¡Oh! exclamó ella reclinándose en el seno de Mistress Wellers, ¿dónde huiré, dónde me ocultaré de ellos y de mí misma?"

Este discurso, acompañado de lágrimas, y de unas miradas que anunciaban la desesperacion de aquella alma, que solo se complacia en aliviar las penas de los otros, afectó vivamente á sus amigos. "¿Y por qué debe verificarse ese matrimonio? exclamó Mistress Wellers. ¿Por qué deben separarse dos corazones destinados por el cielo á vivir unidos? ¿por qué se sacrificará á unos vanos respetos la paz de nuestra querida Ana? ¿por qué un jóven tan amable se verá

privado de todos los placeres de la vida?
Él no es ni menos infeliz, ni menos digno de compasion que vos: él os adora, querida amiga."—"¡Oh! no, no," respondió ella meneando la cabeza, y sus lágrimas caían en el pecho de su amiga.

Esto era ya demasiado para la discrecion de aquella buena muger: ya no estaba en su mano el callar: olvidó que habia prometido el silencio: insistió en su asercion, y para probarla contó como la habia seguido á Layton, su correspondencia con Collet, la confesion que habia hecho á éste de su amor, que habia sido el primer interés que habia escuchado cuando su desgracia le obligó á salir del reino, y que no fue contenido sino por la desgraciada reunion de circunstancias, que ponian fuera de toda duda sus supuestas relaciones con Edwin.

Todo esto era nuevo para Ana: su orgullo quedó lisonjeado, y su corazon satisfecho: ya no podia criticarse su amor

á un jóven, que no la correspondia sino con su indiferencia. Si su pasion era sin esperanza, al menos estaba pagada. En medio de tantas crueles razones combinadas juntas, que debian obligarla á consentir en un lazo tan necesario á la paz de su familia, y tan conforme á los principios del honor y de la gratitud, era un consuelo para ella el saber que era amada, y que por mas penosos que fuesen sus sentimientos, los suyos no lo eran menos.

Mistress Wellers, ocupada únicamente en los medios de salvar de la desesperacion á su jóven amiga, propuso á Mr. Mansel que informase á Herbert de la mala conducta de la esposa que le destinaban, y aun declaró que ella misma lo haria; pero Ana se opuso con firmeza, diciendo que era un paso indigno de ella, contrario al honor de su sexo, y que obligaria á Herbert á portarse de un modo que ella sería la primera que le con-

denase, y la última que le olvidase. Confesó que el placer que la habia causado el saber que era amada, se habia disminuido algo por la poca felicidad que prometia la union de Cárlos con Cecilia: pero que pensaba que él estaba irrevocablemente unido á ella por las leyes del honor, que no podian violarse, y era lo mismo que si ya hubiesen recibido la bendicion nupcial. En consecuencia de esto exigió que la diesen palabra de no mezclarse en asunto tan delicado.

El juicio de Mr. Mansel y el de Mistress Wellers se confirmaron con su opinion; pues no habia sido la razon, sino la sensibilidad la que antes les habia hecho desear el romper aquel matrimonio; y cuando se dejó oir la voz de la razon, la cosa pareció impracticable. Entonces nuestra heroina renovó el proyecto del viaje de Bath, y con tal ardor que antes de separarse fijaron el dia.

CAPÍTULO LXXXV.

Paseo al jardin de Kensington.

La mañana siguiente condujo Wilkinson á su vieja pensionada á casa de Lady Edwin. Ésta era una muger de mas de ochenta años, muy enferma; pero conservaba sana la memoria.

Contó que la madre de Wilkinson fue á su casa una tarde cerca de anochecer, y tomó el único cuarto que ella alquilaba. La pobre señora estuvo muy mala los tres meses que le ocupó, y parecia estar muy necesitada, pues fue vendiendo una á una todas sus ropas; y cuando no encontraba compradores su huéspeda iba á empeñarlas. Dijo que la dama era muy joven y muy hermosa, y que á veces tenia unos modales muy singulares, que no se podia decir si nacian del orgullo, ó del dolor de verse en aquella situacion. Lloraba continuamente, y cuando el ma-

rido de la que esto contaba queria consolarla, le rogaba que la matase, lo que les hizo temer que ella misma no lo intentase. "En fin, añadio ella, murió aquella pobre señora, y nosotros no tuvimos pocos disgustos por ella y su hijo. Eramos pobres, y nos manteníamos de las limosnas de la parroquia, que estaba muy sobrecargada: sin embargo, á Dios gracias, el buen Neddy ha vivido para aliviar á la parroquia, pagarla lo que le dió, y cuidar de mí y mi marido, que habiendo cegado no puede ya trabajar."

"Eso está muy bueno, dijo Lady Edwin (contenta del principio de orgullo y de justicia que le habia hecho reembolsar á la parroquia sus adelantos, y cuidar de la manutencion de aquellas buenas gentes); ¿pero no teneis en vuestra casa cosa alguna que perteneciese á aquella pobre señora?

"¡Oh! sí, respondió ella: yo tengo aquí un cristalito metido en un cerco de

metal, que quité del cuello del pobre Neddy cuando le envié á la parroquia. Yo sabia que valia poco; porque una vez que vendí otro dos veces mayor el platero no me dió sino dos schelines, aunque me dijeron que habria costado una guinea."

Entonces escarbando en su bolsillo sacó de entre mas de veinte papeles, en que le tenia envuelto, aquel cristalito. La alegría brilló en los ojos de Wilkinson, quien exclamó: "¡esta joya no perteneció á una mendiga!" Lady Edwin la examinó: "dejádmela ver, dijo Patty"—"aquí hay, dijo Madama Herbert, algunas letras, que segun pienso estais demasiado afectado para reconocerlas. Dejádmelas leer á mí."

En efecto, la joya era un corazoncito de oro, dentro de él un cristal en medio rodeado de algunos brillantes, y esmaltadas estas letras P. G.

"Decidme, preguntó Lady Edwin, ¿cómo este joven tomó el nombre de Wil-

kinson?"—"Es mi nombre, señora, respondió la pobre vieja: yo no sabia otro que él tuviese derecho á tomar."—"Decidme, preguntó Madama Herber á Wilkinson con los ojos llenos de lágrimas, ¿os tuvieron mucho cariño estas gentes?"—"Mas que jamás podré agradecerles, contextó él: su pobre casa era la mia, y siempre encontraba en ellos algunos regalitos, que los pobres se esforzaban á procurarme."

En fin, la buena muger fue despedida sin la joya, que Wilkinson colocó en la cadena de su relox, dándola al despedirse una buena recompensa.

La posibilidad de que perteneciese á alguna familia honrada fue muy agradable á Lady Edwin, tanto mas, cuanto veía á Patty demasiado inclinada para que pudiese mudar de objeto en el caso de que las circunstancias no permitiesen esta alianza; y viendo que Sir Willam y Madama Herbert la aprobaban,

ya no hizo mas objeciones.

Obtenido su consentimiento, lo demas se arregló fácilmente, y se determinó que Wilkinson iria á Llandore á poner la quinta en estado de recibir á su esposa, y que de allí pasaría á Denis, donde hallarian los Edwin, Madama Herbert, Cecilia, Cárlos y Patty, "para que, añadió Milady, haga ambos matrimonios Mr. Mansel á quien se avisará con tiempo."

No tardaron en instruir á nuestra heroina de este feliz arreglo, por lo cual ella aceleró los preparativos de su viaje á Bath, rehusando los convites que la hicieron, poniendo su poca salud como escusa para no asistir á las bodas.

Antes de su partida de Londres Sir William, Lady Edwin, Madama Herbert, su hija y Wilkinson fueron á cenar á su casa para despedirse de ella, la cual por su parte tenia sus convidados diarios; es decir Mr. y Mistress Wellers y MM.

Mordant, Bentley y Mansel. Cárlos aquel dia estaba en otro convite, y Cecilia fue á la ópera.

Por la mañana, que era la víspera de su partida á Bath, Mistress Wellers fue á Layton, á fin de dar algunas disposiciones para el arreglo de su casa; y viendo Ana que habian salido todos sus amigos, y que quedaba con la desagradable compañía de sus reflexiones, se hizo conducir al jardin de Kensington, lugar tanto mas oportuno para su paseo, cuanto siendo muy temprano no habia que temer un gran concurso. El silencio y la soledad que allí encontró la permitieron ocuparse sin ser distraida en todos los sucesos de su vida: sobre todo se acordó de los felices dias que pasó en Llandore, sus inocentes recreaciones, sus paseos de madrugada, sus pequeñas expediciones por la tarde, y exclamó: "¡ojala nunca hubieran existido tan deliciosos dias!"

Para desterrar estas tristes reflexio-

nes, y otras que no lo eran menos, buscaba el retiro de estos jardines. ¡Pobre Ana! ¡es en los parages solitarios donde hallan consuelo unas penas como las tuyas! El amor fundado en los sentimientos de la inocencia halla su mas firme apoyo en cada una de las obras de la creacion. La morada del silencio habla elocuentemente al alma, y las mas retiradas soledades de los bosques, donde jamas penetra la luz, no hacen sino aumentar los tormentos de una alma desesperada. No era allí donde Herbert podia ser olvidado: caminaba distraida con la memoria tan alegre como triste de lo pasado, cuando llegó á su oido un profundo suspiro, aunque salió de la otra parte del bosque. Detúvose, y considerando que era imprudencia exponerse asi sola en un sitio donde no veía á nadie, volvió hácia atrás.

El ruido de los pasos de un hombre, que caminaba por una calle paralela

siguiendo la misma direccion, la sobresaltó; pero su temor de encontrar una compañía poco conveniente cedió á su sórpresa, viendo que en un banco por donde ella habia de pasar estaba sentado y abismado en sus reflexiones el objeto fijo de su pensamiento. Su aire meditabundo, sus ojos abatidos, el rostro pálido, todo anunciaba un estado muy semejante al suyo para no ser notado. El asiento podia dar descanso al cuerpo de Herbert, pero no á su espíritu. Ana se acercaba á él; pero como sus ojos estaban fijos en la tierra, y su alma demasiado ocupada de pensamientos, ella hubiera podido pasar sin ser vista, si por un movimiento involuntario y con una voz modulada por la sensibilidad no le hubiese llamado, diciendo: "¿Cárlos?"

Su acento habia sido siempre el órgano del sentimiento; pero entonces fue mas expresivo: llegó hasta el alma de Herbert, cuyos ojos llenos de ternura se

dirigieron á ella: su lengua le rehusó su servicio; pero sus acciones hablaron eloquentemente el lenguage de su corazon. Animado por la voz que habia reconocido se acercó á ella sin decir nada, y cogió la mano, que al principio no retiró; pero un instante despues, acordándose de su situacion respectiva, y culpándose á sí propia de una libertad, que su conducta habia autorizado, apartó su mano, y le preguntó friamente: "¿Cómo escogia semejante lugar para divertir la mañana?"

Cárlos demasiado oprimido para responder en el mismo tono, y demasiado interesado en no desperdiciar aquel momento, respondió: "Señora, mis diversiones de la mañana, mi recreo de la tarde, y mis reflexiones de las noches son siempre unas mismas. Ni los negocios, ni la gente, ni la soledad pueden suspender un instante el sentimiento de mi infelicidad."

El tono de este discurso, el movimiento convulsivo de sus piernas y el temblor de su voz anunciaban demasiada sinceridad para disipar todas sus dudas, en caso de que ella hubiese tenido alguna.

Su prudencia, su razon, su resolucion, todo la abandonó. Ella veía delante de sí á Cárlos Herbert víctima del honor y de la desesperacion. ¿Qué eran en aquel momento sus propias penas en comparacion de las que él experimentaba? Ana tembló igualmente: sus mejillas perdieron el color, pero pronto le recobraron: titubeó; y por fin dijo que estaba afligida.... que sëntia mucho.... que esperaba que el tiempo.... y en fin, pronunciando estas expresiones vagas se dejó conducir hácia el banco que él habia dejado.

"¡Oh, Ana! la dijo él arrojándose á sus pies: Ana, mas querida á mi alma que la luz del dia y que el aire vital que respiro, ahora por la primera y última vez el desgraciado Herbert reclama toda

tu atencion: permítele confesar á tus pies la pasion inalterable que en este instante le llena de desesperacion. Desde el momento en que os ví el amor y la veneracion fueron mis únicos sentimientos. No huyais de mí (dijo viendo que ella queria levantarse) ¿qué temeis? Vuestro mas seguro asilo está en el corazon de Herbert. ¡Oh, Ana! perdonadme los transportes que han debido excitar la voz de la piedad cuando llamó á Cárlos. No intenteis ocultarme la compasion de vuestro corazon; ni por un rigor injusto y cruel me priveis en este precioso momento, que me ofrece la casualidad, de la satisfaccion de aliviar el mio."

—"Mr. Herbert, respondió ella con mas tranquilidad, si quereis que permanezca, es preciso que varieis de postura: ¿qué diria el mundo si os viese en esta soledad y á mis pies, cuando estais en víspera de casaros?"

—"¡Ojalá, exclamó él, que yo no

tuviese que combatir sino la censura del mundo! ¿Pero vos quereis que me levante? ¿lo queréis? pues yo obedezco. Pero en el nombre de Dios os pido que no me dejeis: dignaos oirme, y en la fatal circunstancia en que me hallo confesaré que debo ser desterrado de vuestra vista para siempre."

Ana estaba sentada dispuesta á escucharle con atencion, cuando él mirándola con terneza prosiguió: "¿Sabeis vos, ó ignorais Lady Ana Trevanion (y esto no me lo ocultará la mas querida, é infinitamente mas querida Miss Mansel), sabeis que os adoro?"—"¿Cómo puedo saberlo, ó sospecharlo?" replicó ella con cierta satisfaccion.

—"Si vos no lo habeis conocido, permitidme ahora que os diga cuánto os he amado, os he adorado y os he seguido. He aquí, continuó desabrochándose el chaleco y enseñándola el lazo, ved aquí el compañero de mis horas melancólicas,

y el que he preferido á las joyas que deben acompañar á mi detestable himeneo."

Entonces con el tono persuasivo de la verdad y toda la elocuencia del amor la repitió todas las circunstancias funestas que se habian reunido para enlazarle con Cecilia: añadió, como un ejemplo reciente de la alma amable de su novia, que él se habia arrojado á sus pies, que la habia pedido que rehusase su mano, la habia ofrecido cederla á ella, ó al esposo que escogiese, todos sus derechos á los bienes de su padre; y que en fin la habia confesado que su corazon era de otra: pero que aquella muger insensible y nada pundonorosa le habia respondido, que habiendo una vez disgustado á sus padres pasaria en adelante por una hija desobediente.

Él gimió su desgraciada suerte, deploró su existencia, y dirigió al cielo la súplica mas fervorosa, á fin de que la vida de la que él adoraba fuese una con-

tinua escena de felicidades.

El velo ya estaba roto: el corazon franco y generoso de Ana estaba en sus labios; pero resuelta á perseverar, se resignó en su suerte. Su delicadez podia permitirla en aquel instante la confesion de sus sentimientos, y lo hizo de un modo que arrebató á Herbert hasta los cielos. Ella le confesó su inclinacion á él, y sintió la desgracia, que cuando podian ser felices los separaba para siempre: le pidió que se valiese del auxilio de su razon: le recordó las infinitas obligaciones que debia á Sir William; y añadió, que le prometia que por razon á él jamas recibiria un esposo. "Pero, Cárlos, añadió ella bajando la voz medio ahogada por sus suspiros, preciso es que nunca nos veamos: el momento que os da una esposa me hace dejar para siempre la Inglaterra."

Si el exceso de la alegría y el honor pudieran reducir un hombre á la nada,

Cárlos ya no hubiera existido. Su Ana, la muger á quien idolatraba, aquella cuyo corazon ni aun tenia esperanza de interesar, correspondia á su pasion con un cariño únicamente contenido por el honor y la modestia: le confesaba que le amaba, se condenaba al celibato, y le compadecia. "No hableis del mundo ni de su censura, querida Ana, exclamó él arrojándose otra vez á sus pies: el universo no puede impedir que el agradecido Herbert os dé gracias. Querida Ana, permitidme que os llame así por un momento: permitidme que arrime á mi corazon esa mano querida.... ¡Oh, Ana! ¡hablais de dejar vuestro país! permitidme que os siga.... Cecilia...."

—"No sigais, le interrumpió Ana levantándose: de ese modo traspasaremos el corazon de Lady Edwin, el de vuestra madre y el de todas las personas sensibles, y echariamos un borron eterno sobre nuestra conducta. El honor y la

gratitud ultrajada no permitirian que se pronunciasen nuestros nombres. Andad, Mr., añadió con una mirada de indignacion, que dejó á Herbert petrificado, aprended á respetar la virtud; ella sola es la que conduce á la paz.... nosotros nos separamos para siempre. Vos me dijísteis una vez que conservase la memoria de nuestras últimas palabras al despedirnos. Entonces creíais comprometida á Miss Mansel, y vuestro honor os impidió el intentar romper su empeño: ¿qué ha hecho ahora Ana Trevanion para daros tan despreciable idea de ella? Á Dios, Mr. Herbert: olvidad este encuentro, y sed dichoso."

La rapidez de su paso apénas acabó estas palabras, la puso bien pronto á vista de las gentes que se paseaban. Herbert la seguia diciendo: "una sola palabra.... una sola.... podeis...." y ella redoblando el paso le hizo señal de que se retirase. Por último, cuando ya iba á salir del

jardin se detuvo, y le preguntó: "¿qué quereis?"—"¡Ay de mí! exclamó él: ¡con que nos separamos para siempre!"—"Sin duda, replicó ella: á Dios, y para siempre." Á estas palabras ella volvió los ojos, y pudiendo apénas sentarse, se dirigió á su coche, donde subió ayudada de sus criados. "Ahora, dijo ella al sentarse, y prorrumpiendo en lágrimas, ahora ya estoy tranquila;" y regresó á su casa mas deseosa de marchar á Bath que antes de haber ido á paseo.

CAPÍTULO LXXXVI.

Incidentes.

Mistress Wellers habia regresado á Saint-James-Square antes que nuestra heroina, la cual la halló conversando con Mrs. Mordant, Bentley y Mansel, todos los cuales se compadecian de la pérdida de su salud. Las visibles señales de pesar que se veían sobre su rostro llamaron la atencion de su tio. "Querida sobrina,

exclamó, ¿qué nube es esa, que siempre, y ahora mas que nunca, obscurece tus hermosos ojos? ¿qué significan esas miradas siempre tristes? Cuando volvamos de Bath yo tendré que regresar á la Jamaica; pero ¿cómo podré resolverme á hacerlo si no veo en tí ninguna mejoría?"

Las lágrimas que acompañaron esta tierna pregunta fueron como contagiosas para todos los presentes, y la tristeza general de sus amigos no era propia para distraer á Ana; pues aunque ella hubiese descubierto su secreto á Mistress Wellers y Mr. Mansel, y aunque hubiese roto su reserva con Miss Herbert, habia alguna cosa de demasiado chocante para su delicadeza y su pundonor en hacer una nueva explicacion de la causa de su melancolía.

Si la hubiera sido posible separar los obstáculos que se oponian á su felicidad, es probable que su confianza en las bon-

dades de su tio y en la tan experimentada amistad de Mr. Bentley hubieran vencido la repugnancia que toda jóven modesta tiene para declarar su secreta pasion. Pero en el caso en que se hallaba, estaban reunidos contra ella las ocultas obligaciones de su amistad, el honor y la gratitud, y una sola hubiera bastado para desterrar de una alma tal como la suya toda idea de esperanza. Como el revelar su secreto no podia producir otro efecto que afligir inútilmente á sus amigos, cerró sus labios, y afectando una tranquilidad, que no tenia, propuso emprender aquella tarde su viaje á Bath.

"Dulce y encantadora hija, dijo Bentley, si tú no eres feliz, yo perderé segunda vez el juicio." Ana sobresaltada con esta cariñosa amenaza corrió hácia el buen viejo derramando sobre la mano que la presentaba las lágrimas de la gratitud y el cariño, y le ofreció mas

de lo que era capaz de cumplir.

No es posible concebir en la naturaleza un espectáculo mas bello que el que se presentó entonces en los tiernos y tristes ojos del venerable anciano: conmovido por la sensibilidad de Ana, la escena llegó á ser demasiado interesante para su corazon, y no pudiéndolo sufrir, corrió fuera de la sala, dando por pretexto que iba á mandar se dispusiesen los coches.

Como el equipage estaba preparado desde mucho antes, bien pronto se halló todo dispuesto, y nuestra heroina salió de Londres con el mayor aparato; pero interiormente mas afligida que cuando se separó de Dalton sin saber lo que la sucederia. Ella iba en su silla con Mistress Wellers: los señores Bentley, Mordant y Mansel la seguian en el coche del primero, y en el del segundo iban Polly Dalton y la camarera de Mistress Wellers.

Partieron á las seis de la tarde con el designio de ir á dormir á Salt-Hill, y Ana llena de confianza en Mistress Wellers la contó durante el camino el encuentro de aquella mañana, y halló un consuelo en la terneza simpática de aquella buena señora, y en sus esfuerzos para inspirarla el valor y resignacion que es preciso oponer á los males inevitables. Cuando llegaron á la posada, nuestra heroina, que no queria interrumpir una conversacion, que parecia dulcificar sus males, propuso á sus amigos, que si no estaban cansados, como la noche estaba hermosa, la luna llena esparciendo todo el brillo de su luz, y ademas como su comitiva era numerosa, y no habia motivo de temer nada, podrian continuar el viaje hasta llegar á Reading. Su voluntad era la de todos, y asi continuaron el viaje.

Como las dos damas iban demasiado ocupadas en su conversacion para aten-

der á lo que pasaba en el camino, y como los postillones tenian órden de correr sin detenerse, pasaron rápidamente al lado de un coche, al que se le habia roto una rueda. Pero los caballeros que la seguian iban menos distraidos; y así se pararon, y hallaron un caballero de muy buena figura, con su muger, dos hijas y una criada, todos muy afligidos por aquel suceso. Como la señora no estaba en estado de andar á pie mediante lo adelantado de su preñez, Mr. Bentley la ofreció políticamente su coche, que ella aceptó con mucha gratitud, entrando en él con sus hijas y su criada, y los hombres fueron á pie, pues Reading no distaba mas de un cuarto de legua.

Cuando nuestra heroina llegó á la posada se admiró de que no la hubiese seguido el coche, y su sorpresa fue extrema viéndole parecer á poco rato; pero lleno de otros personages, que no aguardaba. Informada de lo que habia sucedi-

do se dirigió á las damas, la primera de las cuales la recibió con mucha urbanidad, y empezaba á pedirla perdon sobre la incomodidad que la habia causado, cuando Ana la interrumpió dando un grito y diciendo: "¡Es Madama Melmoth! ¡es mi Elisa! sus facciones no estan nada mudadas, y me son demasiado queridas para que pueda olvidarme de ellas."

Hablando así las abrazaba á ambas repitiendo: "¡cuánto celebro encontrar á mi querida bienhechora! ¿Es esta la niña Sofia? Sí: y Kitty tambien."

El frio recibimiento de Madama Melmoth y el aire de reserva con que se prestaba á sus caricias, así como tambien su hija, aunque chocaron á Ana, sin embargo no carecian de motivo. Lo mucho que habia crecido, la mudanza que el tiempo habia ocasionado en su persona, el aspecto de riqueza que la rodeaba, eran otras tantas cosas que po-

dian impedir el reconocer á la pobre Ana huérfana y sin parientes, que cinco años antes habia sido despedida de su casa. Con todo no desconocia sus facciones, y procuraba hacer memoria de quien era, cuando llegaron Mr. Melmoth y los amigos de Ana. "Querido mio, dijo Madama Melmoth al primero, esta dama nos hace á Elisa y á mí el honor de conocernos; pero yo no puedo acordarme de dónde la he visto."

Ana se sonrió: y las preguntas de sus amigos informándose de la salud de Lady Ana chocaron á Mr. Melmoth, quien despues de haberla examinado atentamente exclamó: "yo no puedo equivocarme: esta sin duda debe ser nuestra Ana: no hay en el mundo dos personas que tengan tan hermosas facciones."— "Sí, mi querido y respetable director, le dijo ella presentándole la mejilla cuando la saludó: sí, mi querida bienhechora, yo soi vuestra Ana. Ved, Mr.,

dijo dirigiéndose á su tio: ved los primeros y verdaderos amigos de mi infancia. ¡Oh, mi amada Elisa! yo pagaré con mis cuidados hácia vos las bondades de vuestros respetables padres. Yo, á la verdad, no puedo proporcionaros una Mistress Barlow, pero yo seré vuestra aya, y las lecciones que he recibido de vuestro padre serán las que reciba de mí su hija."

Mientras ella se entregaba á estas tiernas efusiones de su corazon agradecido, los caballeros se hacian corteses ofrecimientos, y Madama Melmoth, informada bien pronto de cuantas facultades tenia para cumplir todas sus ofertas, y hallándose en una situacion en que necesitaba tener un amigo, se felicitaron recíprocamente las dos familias de tan dichoso encuentro. Todo fue alegría y amistad; aun llegó á olvidarse el nombre del mismo Herbert: en fin, permanecieron juntos hasta muy tarde; de modo que cuando Ana se retiró pudo encontrar el

beneficio del sueño en términos que (lo que raras veces la sucedia) no dispertó hasta mediodia.

Mistress Wellers no sentia menos el placer de este encuentro que las personas que en él estaban interesadas, y la fue particularmente agradable en aquel momento, porque nuestra heroina necesitaba de alguna distraccion; y su placer viendo el efecto que ya habia producido proporcionándola el sueño, la hizo ser una huéspeda muy incómoda en la posada, porque á haber estado en su mano ni se hubiera tocado una campanilla, ni nadie se hubiera movido para no turbar el sueño de Ana.

Cuando se reunieron para desayunarse desplegaron todas sus atenciones y respetos los individuos de la familia Melmoth, que ya habian sabido por Mr. Mordant todas las circunstancias del nacimiento y clase de Ana. Mr. Melmoth tenia una alma superior al atractivo del

interés: su inclinacion á la huerfanita no podia ser aumentada por sus riquezas; pero podia serlo por sus perfecciones y por el uso que la veía hacer de los sentimientos y de los principios que la habia enseñado en su infancia. La satisfaccion personal, que resulta naturalmente del sentimiento de haber obrado bien, le daba tal energía que esparció el buen humor en todos los circunstantes.

Madama Melmoth, aunque se habia sujetado de buena voluntad á lo que no podia impedir, suspiraba todavia por la felicidad de volver nuevamente á figurar en el teatro del mundo, y estaba pronta á adorar á Ana, por cuyo medio esperaba conseguirlo y confundir las bajas calumnias de los que tan odiosamente habian insultado su carácter. Procuró, no sin algun rubor, sincerar su conducta cuando la separó de su lado; pero nuestra amable y generosa jóven no se lo permitió. En verdad ella habia olvidado cuan-

to tenia relacion con el Lord Sutton y con la Frajan, y no se acordaba sino de las muestras de amistad y de los favores que habia recibido de sus bienhechores, y no aspiraba sino á hacer felices á aquellos que tan generosamente habian contribuido á su felicidad, dándola una educacion que la ponia en estado de desempeñar dignamente su papel, y ser grata á sus amigos.

Habia oido hablar de los negocios de aquella familia lo bastante para estar cierta de que no estaban fuera de necesitar de algun socorro pecuniario; mas su delicadeza la hacia encontrar dificultades en hablarles de este punto, y conocia que á veces es mas fácil pedir que ofrecer. Esta idea le impidió por algunos momentos el suplicarles la concediesen una conferencia particular; y aun no tuvo mas confianza cuando llegó el caso de ver que no habia otros testigos de su buen corazon que los que iban á recibir el beneficio.

En fin, Mr. Melmoth la proporcionó la ocasion de explicarse, cuando felicitándose de la casualidad del encuentro, dijo que la debia á la malignidad de Mr. Ashby, suegro de su hermana, que habia acelerado su regreso. Este hombre tenia una gruesa hipoteca sobre sus bienes; y aunque Mr. Melmoth vivió los últimos cinco años con la mayor economía para pagar los intereses de los capitales que debia, y que confesaba ascendian á una suma considerable, él le habia dado aviso de que iba á hacer vender sus tierras.

Entonces Ana pudo hablar, y lo hizo diciendo: "¡oh, Mr.! jamás he conocido tanto como ahora la felicidad que pueden proporcionar las riquezas. Permitidme que os adelante la suma que pueda sacaros de vuestros empeños: permitid que la huérfana, que os lo debe todo, sea el humilde instrumento de la felicidad de aquellos, cuya bondad fue para ella el manantial de mil ventajas, que

nunca pueden pagarse con dinero."

Esta oferta era demasiado necesaria á Mr. Melmoth para que no la recibiese con tanto placer como gratitud. Sin embargo, quiso que este negocio fuese dirijido por su tio, quien mejor que nadie podia juzgar de las seguridades que él podia dar en aquel contrato. En cuanto á Elisa, Ana se encargó por sí sola de su establecimiento.

Su ansia por servir á sus antiguos bienhechores no la permitió diferir un instante el dar parte á sus amigos de su situacion y de lo que deseaba hacer á su favor. Para M. Bentley bastaba que Ana hablase, y asi dijo que tenia en poder de sus banqueros mas dinero que el que jamás podria necesitar, y que asi iba á firmar una carta órden para ellos; pero Mr. Mordant no quiso consentir absolutamente que él pagase las deudas de su sobrina. Esta decidió tan amistosa querella, rogando á Mr. Mordant que fuese

á Lodge con Mr. Melmoth interin que Mr. Bentley iba con ella á Bath, donde rogó á Madama Melmoth que permaneciese en su compañía hasta que su casa estuviese en estado de recibirla.

Este arreglo fue aprobado por todas las partes, y á la mañana siguiente se separaron. Mr. Bentley se encargo de cuidar á sus bellas compañeras de viaje, y llegó con ellas á Bath, donde habia hecho preparar una magnífica habitacion para recibirlas.

CAPÍTULO LXXXVII.

Otro descubrimiento.

Bien pronto se vieron establecidos y conocidos, pues no hubo una sola persona de distincion que no dejase una targeta á la puerta de la hermosa heredera del país de Gales: su sorpresa y su desprecio se excitaron igualmente al leer en una el odioso nombre de Sutton. La mala

salud y el cansancio eran suficientes excusas para que las damas no saliesen de casa, ni recibiesen visitas en dos ó tres dias. Pasando entonces por Bath Mr. Wilkinson, fue convidado á detenerse un dia, en el cual despues de comer, como el tiempo estaba hermoso, Madama Melmoth instó á nuestra heroina para que saliesen á dar un paseo. "Ahora bien, dijo Mr. Bentley viéndolas salir, ¿qué nos haremos Mr. Mansel y yo?"—"¡Ola! respondió Ana, unas damas como nosotras no deben emplearse en protegeros: mas aguardad, ahí queda Miss Elisa que tendrá cuidado de ambos."

Salieron asi riendo, y el primer objeto que se presentó á los ojos á pocos pasos fue el Lord Sutton. "¡Buen Dios! exclamó Madama Melmoth, he allí el viejo pastor de Ana. No os altereis tanto, querida mia, él lleva consigo una muger dos veces mas alta y gruesa que vos."

Ana estaba asustada: los males que

habia sufrido por él la habian impreso en el alma un horror mezclado con cierto temor, y aunque entonces se hallase á cubierto de todo insulto por su parte, no podia olvidar cuán enemigo habia sido siempre de su reposo. Madama Melmoth y Mistress Wellers deseaban mortificarle, y se reunieron para rogarla que las siguiese. La primera dijo que se dejaria cortar un dedo de la mano por tener el gusto de ser quien le hiciese ver á Lady Ana: ella consintió en fin, y todas tres se acercaron.

La pasion que verdaderamente sentia por nuestra heroina, y la pérdida de sus esperanzas habian redoblado en él una enfermedad, que habia contraído en la India, y que sin embargo de estar paliada con el mayor cuidado ya habia llegado á su último periodo. El efecto de esta enfermedad, reunida á algunas otras, que debia á su modo libre de vivir, anunciaban una disolucion cercana. Su pelle-

jo, que siempre se asemejaba á la corteza del limon, era entonces de color de azafran: el blanco de sus ojos habia tomado el mismo tinte: estaba sumamente flaco y agoviado. Al lado de él, y colgada de su brazo, estaba una muger como de unos veinte y siete años, muy alta, y cuyos ojos vagueando por todos lados buscaban una presa en cuantos hombres se presentaban. Siempre que ella encontraba algun conocido, lo que la sucedia á cada tres pasos, sus ojos y su lengua expresaban libremente el desprecio con que miraba al infeliz que la mantenía, y á quien aborrecía en el fondo de su alma tanto como él la temia. Su cuerpo enfermo y cubierto de ropas en el mes de Mayo, y su tos ética formaban un contraste con la robustez y salud de su compañera: y para completar el cuadro se veía al otro lado dispuesto á ofrecerle su oficioso brazo, á repetir sus sonrisas, y aplaudir su talento, el humilde servidor del

gran hombre adornado á sus expensas con un uniforme nuevo.

"¡Ah! dijo Madama Melmoth, por Dios, querida Ana, redoblemos el paso, ó perderemos la ocasion. ¡Qué desgracia! vedle que entra en una tienda." Bentley la consoló, advirtiéndola que era la de un librero donde podia seguirle. "Vedle, continuó el buen hombre; vedle envejecido antes que por la edad por el abuso de sus primeros años, encorbado bajo el peso de las enfermedades, hecho una carga para sí mismo, aborrecido hasta de la misma compañera de sus vicios, no teniendo ningun amigo compasivo, ninguno, tierna Ana; y reducido á fin de engañar y dulcificar sus penosos dias, á acompañarse de una muger pública y de un venal compañero de sus infamias, de un subalterno militar, que adulándole ha obtenido el uniforme de un cuerpo, donde su servicio ha sido un verdadero escándalo."

Llegaron en aquel momento á la puerta de la tienda, donde Madama Melmoth entró la primera. El Lord Sutton sabia que esta familia habia vuelto á Inglaterra, pues Mr. Ashby, hombre no menos conocido por sus riquezas que por el infame camino de adquirirlas, habia obrado en el negocio de Lodge como agente del noble Lord, que esperaba con impaciencia que su salud se restableciese para volver á aquel delicioso retiro; no ya como otras veces para hacer visitas, ó formar planes contra la inocencia, sino para comprarle, segun él decia, y esperaba Mr. Ashby, con el objeto de volverle á su familia.

Su saludo á Madama Melmoth fue bastante frio, y sin apartar los ojos de una Gaceta añadió que esperaba que Mr. Melmoth estaria bueno.

El dueño de la tienda, que conocia la librea de Trevanion, se dió priesa á advertirle en aquel momento que se acerca-

ba Lady Ana Trevanion, la mas bella y la mas rica jóven del reino. El tédio y la enfermedad, que le habian transformado en un esqueleto, no le habian apagado todavia su vanidad, y dando á sus ojos el mas gracioso aire que pudo, se levantó cuando ella entraba.

La vista de un espectro no le hubiera causado mayor asombro. Su amigo Dalton no habia vuelto á excitar su enojo contándole nuevos pormenores de la fugitiva Ana, y él habia renunciado á su posesion con una pena, que habia alterado su salud desde aquella época. La complicacion de males le habia ocupado todo su tiempo. Desamparado de los alegres compañeros con quienes gustaba hallarse, y que abandonan siempre al enfermo y al desgraciado, quedó mientras su residencia en Londres encerrado con la Willars y Esteven, el último y el mas ignorante de los hombres: extraño á todo negocio, solamente le hablaba de varias

anécdotas escandalosas, se reía de sus epígramas, y por la milésima vez aplaudia sus hazañas en la India. Asi es que por mas pública que fuese la historia de Ana, aun no habia llegado á sus oidos: ¿y cómo era posible que esperase encontrar la célebre heredera del pais de Gales en la pobre muchacha, á quien de un modo tan cruel habia privado de sus amigos?

Su primer movimiento al reconocerla fue el de la alegría; pero cuando la vió rodeada de amigos que la amaban y respetaban, rica, y poseyendo lo que no bastan á proporcionar las riquezas, que es una clase y un título inestimables á los ojos de todos, su vergüenza y confusion fueron extremadas, y buscaba la puerta para retirarse, cuando le aterró con sus miradas otra persona mucho mas terrible para él.

Éste era Wilkinson, que acercándose á él le pidió le concediese el honor de

recordarle su última conversacion, en la que habia prometido no dejàrle descansar hasta que se hiciese justicia al carácter de Miss Mansel. La divina Providencia habia prevenido todas las satisfacciones que podia desear manifestando su inocencia; y asi el Lord ya no tenia que hacer sino exponer su crímen al juicio de este mundo, esperando el que no tardaria en sufrir en el otro.

"¿Quién es ese jóven? preguntó al instante Mr. Bentley á Mistress Wellers." —"Es, le respondió ella, un excelente jóven, paisano de Miss Mansel."

Entretanto Wilkinson prosiguió diciendo: "cuando observo ese cuerpo débil y decrépito, llegado á esa situacion por el crímen y por tantas malas acciones, que se oponen á que se le tenga aquella compasion que exigen la edad y las enfermedades; cuando miro esos cabellos vanamente aderezados para ocultar su blancura, y que en un hombre

virtuoso imprimen el respeto, yo experimento una especie de compasion viendo tan degradada la imágen del Criador; pero cuando vuelvo la vista á esa hermosa flor, y pienso que solo á una cadena de sucesos casi milagrosos debe la felicidad de haberse librado de vuestros infernales artificios, y haber conservado sobre su rostro (donde la mano de la naturaleza trazó tan visiblemente la imágen de un ángel) sus gracias mas insinuantes, cuales son la inocencia y la modestia, al mismo tiempo que en su alma habitan la pureza, la benevolencia, y cuantas perfecciones adornan su sexo; cuando considero que estos atentados son obra de un hombre sin mérito, y de un ente abominable á las mugeres de una mediana modestia, ya se acaba toda mi piedad, y la indignacion ocupa su lugar. Sí: ya ha llegado el dia de que deis cuenta á este mundo. Aquí por la mas feliz casualidad están reunidas todas las partes interesa-

das, á excepcion de una, que al presente se libra de esta concurrencia, y que tuvo atrevimiento de calumniar con vos á la inocente Ana. Vos, Madama Melmoth, estais obligada por las leyes del honor y de la justicia á descubrir la conducta de este oprobrio de la nobleza."

—"Déjame libre el paso, infeliz", dijo el Lord Sutton; y añadió: "Steven, echadle de aquí."—"Si Steven se mueve, dijo friamente Wilkinson, yo le arrojaré por esa ventana."—"Malvado, dijo el Lord con el mayor susto, ¿pretendes asesinarme?"

Á esto se interpusieron los presentes: Madama Melmoth sintió haber acelerado aquella escena, y Ana, que jamas habia sabido lo que era venganza, rogó á Wilkinson que le dejase ir, diciendo que ella era la persona ofendida. "Perdonadme, Lady Ana, contestó aquel resuelto jóven, vos estais ofendida, como la representante de la inocencia, la belleza y la virtud;

pero es á estos divinos atributos á los que este hombre ha injuriado: su vida entera ha sido una contínua escena de ultrajes á unos y otros: yo no puedo tener intencion de atacar su débil persona; ¿pero no veis que es su alma la que se debe combatir? Venid, Milord, sentaos:" y sacando su relox se le puso delante diciendo: "yo solo deseo una media hora de conversacion con vos."

Él iba á continuar, cuando con admiracion de todos vieron que el noble Lord se desmayaba. Felizmente un criado de la tienda llegó á tiempo de recibirle en sus brazos, é impedir que cayese en el suelo.

Las damas se asustaron: Carlota Madan se desahogó diciendo algunas injurias, no porque sintiese la situacion de su amante; sino porque tenia un odio invencible á la modestia, la cual excitaba su ira en cualquier parte que la hallaba. Esta muger inspiraba un justo horror á

la honrada alma de Ana, y Bentley cogiendo el brazo á Wilkinson le dijo: "Vamos, jóven, sed compasivo: en vuestra persona y vuestra voz hay cierta cosa, que es mas terrible para este monstruo, que cuanto puede inspirarle vuestra virtuosa indignacion. Yo apénas puedo volver en mí de una especie de temblor que he sentido al veros y oiros. Dejadle que vaya donde su suerte ó su inclinacion le conduzcan: su testimonio en favor de Lady Ana seria un insulto: dejadle que se vaya."

"Milord, le dijo Ana, vos sois dueño de retiraros. Os perdono: estais indispuesto, y siento haber entrado aquí."

El Lord vuelto en sí algun tanto, sin mirar Ana, y fija la vista en Wilkinson, le dijo que estaba pronto á concederle la media hora que le habia pedido, y le suplicó se acercase. "Yo escucharé, continuó, cuanto querais decirme luego que me hayais satisfecho sobre cierto punto. Permi-

tiáme ver vuestro relox."—"Aquí está, Milord, dijo presentándosele;" y cogiéndole él con una mano temblona miraba alternativamente á Wilkinson y al corazon que llevaba en la cadena de su relox. Entonces se vieron correr abundantes lágrimas por sus mejillas, y con suspiros, que no podia contener, pronunció: "No necesito preguntar nada: yo lo veo: yo lo conozco: esta joya era de tu madre, y te estremecerás de horror cuando sepas.... (añadió con una voz tan débil que apénas pudo ser entendida) cuando sepas que eres mi hijo."

Todos los presentes enmudecieron en fuerza de la admiracion, excepto Bentley, cuyos suspiros, aunque lentos, se convirtieron en mas amargos; y puesta la mano sobre su pecho parecia haber aguardado este suceso con una agitacion, que no puede describirse. Ana corrió hácia él, y suponiéndole afectado, como lo estaban todos, pero mas fuertemente á

causa de la desgraciada enfermedad que siempre habia afligido su pensamiento, viéndole conmovido de un modo tan extraordinario, le rogó fuese con ella á un cuarto inmediato. Él la siguió, y allí sostenido por el brazo de su jóven amiga dió libre salida á los sentimientos que le oprimian, y con palabras débiles y medio articuladas dijo que la madre de Wilkinson era su esposa. Ana quedó fuera de sí de sorpresa y enternecimiento.

"¡Ah! prosiguió Bentley, es demasiado cierto que era mi esposa. Seducida, arruinada, abandonada por ese miserable, ¿dónde, Dios mio, en qué obscuro rincon de la tierra habrá concluido su desgraciada existencia? Su suerte es la que yo he sentido en Ana: su destino me ha hecho temblar por el tuyo. El nombre solo de ese hombre despreciable me anunciaba sus artificios y su bajeza. Vuestro orgullo me probaba vuestra inocencia..... ¡Querida é infortunada esposa!... pero no

pensemos mas en ella.... ¡Ay de mí! inútil esfuerzo..... su voz resuena todavia en mis oidos, y produce en mi corazon un encanto.... No: jamas podré olvidarla."

Ana tributó llanto al momento en que se renovaban las penas de un amigo, que cada vez se la hacia mas apreciable, y le pidió que no volviese á ver á un hombre que tan cruelmente le habia ofendido. En efecto, él estaba muy distante de todo pensamiento de venganza, tanto por que sus propios principios le hacian considerar el duelo como un asesinato, cuanto por el infeliz estado de su contrario. No queriendo volver á ver al malvado que en recompensa de su amistad y hospitalidad le habia quitado el reposo y cuanto constituía su felicidad en la tierra, salió por una puerta falsa, diciendo á Ana que pues por entonces disfrutaba de su dulce compañía, contaba con la promesa que le habia hecho de que jamas separaria de ella á un anciano, que la

estimaba, y que por este medio se lisonjeaba que aun podria encontrar algunos dias de tranquilidad. Añadió, que aunque Wilkinson fuese hijo de un monstruo, tambien lo era de su querida y siempre llorada Carolina, y que tal vez con el tiempo podria desear conocerle mejor. "En fin, concluyó, vos podeis, Lady Ana, anunciarme á vuestros amigos bajo mi verdadero nombre, que es Summers. Este podrá hacerlos conocer las razones que he tenido para variarle."

Cuando Ana volvió á la sala se la presentó otra escena interesante. Wilkinson estaba á los pies de Sutton, cuyas miradas anunciaban que en el fondo de su alma sentia cuán pocos derechos tenia al respeto de su hijo. Su muerte se aproximaba, sus sentimientos se la anunciaban, el arte ni las riquezas no podian diferirla. Mártir de la enfermedad, extraño á todas las relaciones que pudieran dulcificar los horrores de aquel fatal momen-

to, cercano á presentarse delante del Ser supremo, cuyos mandatos habia violado, y cuyo terrible juicio pesaba ya sobre su alma, intentaba en vano distraer su atencion variando los lugares por donde arrastraba su miserable existencia. En un acceso de rabia habia arrojado de su casa á la Willars, la cual, á pesar de su pobreza, no habia querido volver á ella. Pero aunque él pudo tratar con esta brutal dureza á una muger, que jamas le habia ofendido, no tuvo bastante valor para recobrar el mando de su casa de Bath, donde una mugerzuela, cuya existencia era un escándalo para la sociedad, vivia en medio del lujo, burlándose con sus amigos del hombre que la sostenia en aquella insultante opulencia. Esta razon le habia hecho retardar el viaje de Bath, que juzgaba necesario hacia mucho tiempo, hasta que se hallase en estado de sufrir la fatiga, y entonces determinaba acercarse á su casa escoltado por Steven.

Este hombre importante era hijo de un pescador, que por la recomendacion de una hermosa parienta suya, que servia en casa del Director de la compañía, fue enviado á la India en clase de Cadete. Allí por su implícita obediencia á los preceptos públicos y particulares de su Coronel habia obtenido una tenencia, y el honor de ser su único y constante compañero. Por desgracia para Steven no llegó á aquellos paises sino dos años antes de la salida de su protector, y así no estuvo en manos de este justo apreciador del mérito el hacerle mas favor que el de anteponerle á unos cincuenta jóvenes bizarros, que á la verdad tenian débiles recomendaciones en aquella zona abrasada, donde no hacian mas que derramar su sangre por servir á la compañía; pero esto no era un título de recomendacion para la proteccion del gran hombre, y así no fueron oidos hasta la partida del Coronel. Su sucesor, á quien dejó fuerte-

mente recomendado á Steven, no mirándole con los mismos ojos, y no teniendo necesidad de sus servicios particulares, juzgó, por desgracia, que habia ascendido á un grado muy superior á su mérito y sus talentos, y aun le hizo entender que no le conservaria, de cuyo aviso se aprovechó Steven, y partió á Inglaterra, donde procuró hacerse tan útil al Lord Sutton, como lo habia sido en la India al Coronel Gorget.

La repentina llegada de Wilkinson, el espíritu y valor que habia mostrado, el honor y la rectitud de sus principios abrieron una nueva escena á los ojos del Lord, quien creyó hallar en su hijo un amable compañero para sus últimos momentos, un protector necesario para una persona como él, á quien nadie estimaba, y una ocasion de acallar los remordimientos de su conciencia, reparando de algun modo en él la crueldad con que habia tratado á su madre. Pero despues de

lo que habia pasado no dejaba de estar inquieto; pues conocia que al revelarle el secreto de su nacimiento era preciso hacerle conocer las injurias y perjuicios hechos á su desgraciada madre, y veía que esto no era propio sino para inspirarle horror.

En efecto, fueron muy violentos los combates en el corazon de su hijo, y solo con mucha repugnancia se atrevió á doblar la rodilla delante de un hombre, á quien su corazon le inclinaba á aborrecer; pero las agitaciones del Lord, las tiernas expresiones de ¡*hijo mio*! ¡*hijo mio*! repetidas en acentos débiles é interrumpidos por un padre próximo á dejar el mundo afectaron la sensible y noble alma de Wilkinson, quien estaba en aquella aptitud cuando entró Ana.

El Lord Sutton intentó levantarse apénas la vió; mas su debilidad no le permitió ofrecerla esta señal de respeto; y así la pidió perdon, lisonjeándose de que se

le proporcionaria el descubrimiento de su hijo, cuyo zelo y amistad para con ella se proponia él recompensar ampliamente. Dijo que un suceso tan notable le daba la esperanza de una amnistía general, y para acelerarla hizo prontamente la justicia que se le habia exigido, y sin otra reserva que la que creyó deberse á sí propio refirió los planes concertados entre él y la Frajan para hacer caer á Ana en sus lazos: bien es verdad que tuvo cuidado de poner á cuenta de la confidenta todo lo mas odioso de su confederacion. Confesó que cuando dejó á Layton su designio era hacerla todas las reparaciones honoríficas que estuviesen en su mano: en fin, la felicitó por su rango actual, del que brevemente le habian informado, y declarando que estaba resuelto á reparar lo pasado, suplicó que no se recordase mas.

Ana sintió que por la primera vez de su vida se endurecia su corazon á la voz

del arrepentimiento. ¡Reparar! dijo ella para sí: ¿qué reparacion puede dar á nuestro generoso Summers? ¿Qué son los tormentos de un Lord Sutton en comparacion de los suyos? ¿Cómo podrá él olvidar al infame, cuya malicia le privó primero de su esposa, y luego de su razon? La desesperacion del venerable anciano estaba presente á la memoria de Ana, y con esta idea apartó la vista del Lord con una evidente señal de desprecio.

Mistress Wellers, sumamente contenta al ver la perspectiva que se abria á los ojos de Wilkinson, y conociendo la dulzura natural de Ana, la vió con admiracion cerrar los oidos á la voz de los remordimientos. Wilkinson la siguió, diciéndola con una voz muy afectuosa: "Lady Ana, ¿no quereis perdonar á mi padre?"

—"Por mí, contestó ella, me es fácil perdonarle: sus maldades han concluido; y yo espero que hará á Madama Mel-

moth las reparaciones que la debe por haber correspondido tan mal á su hospitalidad; pero hay un hombre, de quien acabo de separarme, que lleva clavada en su corazon una saeta, que nadie podrá arrancarle. Milord, yo temo que su desesperacion ha de emponzoñar vuestros dias, por mas felices que puedan haceros el hallazgo de un hijo tan digno, y el recobro de la estimacion de Madama Melmoth."

Los amigos de Ana no estaban menos indecisos que él, no entendiendo el sentido de sus palabras. Ella, observando la curiosidad que excitaba, dijo: "¿Qué argumentos, ó qué disculpas empleará el Lord Sutton para apaciguar el marido de la madre de Mr. Wilkinson, el amigo de mi buena amiga Mistress Wellers, el querido Bentley, protector de Ana Mansel? ¿Quién será su abogado para con el General Summers? Sí señora, prosiguió mirando á Mistress Wellers, ese origen tu-

vo la desgracia que privó de la razon á nuestro excelente amigo.

El Lord quedó sin saber qué responder: hacia mucho tiempo que no habia oido el nombre del desgraciado General; pues aunque por curiosidad, ó mas bien por temor habia buscado al hombre, á quien habia ofendido tanto, solo llegó á saber que la funesta consecuencia de la pérdida de su tranquilidad habia sido la de su razon. Como todas sus pesquisas ulteriores habian sido infructuosas, creyó que habria ido á reunirse con la multitud de almas acusadoras que habian partido tanto de la India como de Europa para ir á aguardarle á los pies del tribunal vengador, de cuyo juicio no podria él escaparse.

Despues de un corto silencio dijo: "Yo no tengo otros argumentos de que valerme sino de los que salgan de vuestros persuasivos labios: ellos lo obtendrán todo si teneis la bondad de condescender

en tomar á vuestro cargo la defensa de mi causa, que es tambien la vuestra, pues es la de la misericordia y la compasion. Vos sois la que me propongo tomar en adelante por norma de todas las acciones de mi vida; y para probaros mi designio y mi sinceridad, cuando solicito el apoyo de una alma angelical, empezaré por un acto que me parece abogará por mí mas que cuanto yo pudiera decir en mi abono."

"Madama Melmoth (continuó), vos sabeis mejor que yo cuáles fueron las causas por qué desde tan pronto visteis embrollados vuestros negocios. El abuelo de vuestro esposo, con un caudal que hasta los últimos años de su vida no fue sino la mitad del que dejó á su hijo, creció una numerosa familia, de la cual todas las ramas existentes se han hecho respetables extendiendo su influjo, sus relaciones y su fortuna, mientras que el representante de la familia fue tan poco cuidadoso de

su lustre é interés, que vendió la mayor parte, é hipotecó el resto de los bienes considerables que habia heredado. Vos me perdonareis esta observacion; pues la debo á mi respeto por la memoria del difunto Mr. Melmoth, mi primer protector y mi mejor amigo. Mis crímenes resultarán ahora en ventaja vuestra, y os será devuelta la herencia paternal de vuestra familia."

—"Ya está hecho eso, dijo con viveza Madama Melmoth: la bondad y generosidad de Lady Ana han proporcionado á Mr. Melmoth los medios de asegurarse de esa ventaja; y aunque mejor calificada por ella que por vos, sabed, Milord, que ella ha tenido la bondad de hacer el favor sin reflexiones."

—"Pues bien, Madama, respondió el Lord mortificado, yo tendré el honor de seguir su ejemplo, y para no repetir la falta de que me parece he sido culpable, mis favores se dirigirán á unos

objetos de quienes no tendré ocasion de sufrir reconvenciones. Ya sabeis que ahora tengo un hijo: mi caudal será dividido; pero yo haré sobre la marcha un legado de 50 libras esterlinas á cada una de vuestras hijas."

—"¡Vos lo hareis, Milord! entonces yo declaro que seré vuestra abogada, y......" Ella fue interrumpida en estos testimonios de gratitud que no nacian sino de la mitad de su corazon, por la interposicion de Carlota Madan, que no tuvo fuerzas para permanecer como espectadora muda interin que Milord daba asi su hacienda por miles de esterlinas.

"Venid, Milord, venid, dijo aquella muger: no os hagais ridículo: seguramente que habrá que poneros un tutor como á un insensato. ¡Cinco mil libras esterlinas!"

Lady Ana y sus compañeras, juzgando poco conveniente responder á esta nueva interlocutora, se retiraron, excepto Wil-

kinson, quien á fuerza de las vivas instancias de su padre le acompañó seguido de Steven y de la encantadora manceba.

El Par se sintió con mas fuerzas cuando entró en su casa que las que tenia al salir de ella: y así apénas se vió solo en su gabinete, cuando le confesó lo harto que estaba de la Madan, y dejando á su arbitrio las condiciones, le pidió que le librase de aquella muger, asi como de sus asociados que vivian á sus expensas y contra su voluntad. Al punto que Wilkinson conoció sus deseos, y recibió los poderes necesarios, se dedicó á proporcionarle la satisfaccion porque anhelaba. Él no carecia de resolucion ni de talento, y asi la divina Carlota se vió obligada á consentir en una capitulacion para retirarse. Wilkinson la ofreció una pension de 200 libras, que ella rehusó: se la dió una hora para reflexionar, y como ella insistiese, no la ofreció mas que 100 libras, cuya oferta la hizo prorrumpir en

mil injurias; pero Wilkinson sacando su relex la dijo friamente: si dentro de media hora no teneis la prudencia de tomar vuestro partido, haré venir un ministro de justicia que os saque de esta casa, y no tendreis cosa alguna. Dichas estas palabra la dejó: ella corrió á consultar á sus socios, y mejor informada del carácter del hombre con quien trataba, aceptó la renta, hizo su maleta, y tomó el camino de Londres antes de anochecer.

Steven tuvo permiso para quedarse en casa, y se envió á buscar á Mistress Willars por haberlo pedido asi el Lord, quien viendo que su mal se aumentaba, tenia necesidad de una enfermera, y no conocia persona mas á propósito que ella; pero aquella muger no consintió en volver á la casa sino por la promesa que se la hizo de asegurarla su suerte.

CAPÍTULO LXXXVIII.

La verdad se descubrirá.

Este repentino acceso de penitencia en un hombre, cuya vida habia sido una continua escena de maldades, podria sorprender á mis lectores. El hecho es que el Lord Sutton era siempre constante en sus principios: la vanidad y la ostentacion eran las pasiones dominantes de su alma. El pesado convencimiento de sus crímenes, el temor de un castigo futuro, y tal vez la adicion de cierto impulso de la naturaleza al hablar su hijo, le habian sacado enteramente de sí. Es inegable que si aquel jóven se hubiese presentado á él vestido con la librea de la miseria, sin bienes, sin amigos, sin protectores, y teniendo necesidad de él, entonces no tuviera yo la idea de insinuar á mis lectores que el Lord Sutton hubiese podido dar tanta extension á la apa-

riencia del arrepentimiento y del amor paternal. Mas el caso era muy diferente. Wilkinson estaba en un estado de decente independencia, recompensa de su propio mérito; por otra parte estaba en vísperas de enlazarse con una antigua y honorífica familia. Sus relaciones eran de tal importancia que el que toda su vida habia aspirado sin éxito á la familiar amistad de los Grandes, veía en el hijo de la muger, á quien tanto habia maltratado, un medio que se lisonjeaba podria servirse para formar él mismo una intimidad con aquella porcion del género humano, á quien miraba bajo el punto de vista mas favorable.

Viéndose enteramente abandonado por los fugitivos amigos que le habia buscado su fortuna, su interés personal, guía constante de todas las almas como la suya, le habia hecho tomar en aquel instante la apariencia del arrepentimiento, é igualmente la ostentacion le habia he-

cho dar á las hijas de Madama Melmoth lo que jamas hubiese podido arrancar la gratitud.

Afectaba el mas profundo respeto por Lady Ana: no queria que se le hablase de nada que no tuviese la sancion de su aprobacion; y asi despreciaba cuanto no la tenia. Miss Herbert era la amiga de Lady Ana, ¿cómo no habia de lisonjearle la idea de verla su nuera? La única cosa en que no pudo consentir fue en el plan de ir á celebrar el matrimonio al pais de Gales; y pensaba, con razon, que pues estaba en su mano el poner á su hijo en estado de no necesitar comercio alguno, tenia derecho á reclamar su compañía hasta que se restableciese su salud; esperanza que nunca le abandonaba, aunque su enfermedad y su debilidad crecian por momentos. Deseaba mucho ver á Miss Herbert, y Wilkinson escribiendo un detalle de cuanto habia pasado suplicó á Madama Herbert que al

dirigirse á Denis tuviese la bondad de tomar con su hija el camino de Bath.

Ana, cuya aversion natural hácia el Lord se habia aumentado al paso que mas estimaba al General Summers, no podia resolverse á tener ninguna comunicacion con un hombre á quien detestaba: pero con todo, por consideraciones á Wilkinson y á Mistress Herbert consintió en responder cortesmente á las cartas con que no cesaba de importunarla, bajo pretexto de pedirla su consejo; y asi ella tuvo cuidado de recordarle su promesa á las hijas de Madama Melmoth, y consiguió hacérsela cumplir.

Al mismo tiempo Mr. Melmoth escribió desde Lodge que todo estaba corriente, y que preparaba la casa para recibir á su familia: decia que el dinero habia sido pagado á Mr. Ashby en Grover delante de su hermana, cuyas miradas anunciaban pena y despecho. "¡Oh! exclamó Madama Melmoth, la primera cosa que

haré apénas llegue será visitarla, y contarla la historia de Lady Ana: ella se desesperará viendo la bondad de mi encantadora hija adoptiva, y no sobrevivirá á la noticia del don que el Lord Sutton hace á mis hijas."

Ya era tiempo de que Madama Melmoth se preparase para su viage, y no aguardaba sino las últimas noticias de su marido. Consintió, aunque con sentimiento, en dejar á Elisa con Ana, cuya amistad para con ella crecia por instantes. Era muy amable, su educacion habia sido un poco descuidada; pero iba á obtener todas las ventajas que pueden proporcionar la aplicacion y los buenos maestros.

Estas circunstancias, al paso que la ocupaban con el interés de sus amigos, no dejaron de tranquilizarla un poco. Empleada constantemente, y de un modo muy delicioso para ella, pues resultaba en beneficio de los otros, se halló menos desgraciada que lo que podia de su situacion.

La enfermedad del Lord Sutton progresaba de modo que no dejaba esperanza de su restablecimiento, y asi le eran necesarios los cuidados de su hijo, porque aunque Steven permanecia en la casa, el Lord no podia resolverse á quedarse solo con él, y de cualquier modo que hubiese vivido, queria morir en compañía de hombres de bien. Habia escrito á Sir William para noticiarle que aprobaba la eleccion de su hijo, y que daba 100 esterlinas á su nuera; y habia consultado á Ana sobre este punto; pero no habia dicho nada de una súplica que acompañaba á esta carta, relativa á que el matrimonio se celebrase en Bath, porque su restablecimiento podia retardarse, y no queria privarse del consuelo que recibia de la compañía de su hijo.

Esta súplica fue concedida con mucha repugnancia por parte de Lady Edwin; pero las instancias de su hija la empeñaron, asi como á Sir William, y por con-

secuencia á Cárlos á ir á Bath; y Ana, cuyos amigos comenzaban á felicitarla y á felicitarse ellos mismos por el recobro de su salud, perdió toda su filosofia al ver á Miss Herbert que se presentó en su gabinete con el espíritu igualmente exaltado por la inesperada fortuna de su amante; la dió parte del convite que las habia conducido á aquel pueblo, y de la esperanza que tenia de que ella fuese quien los presentase al Lord Sutton.

La admiracion de nuestra heroina, la pena y confusion que la causó esta noticia no pueden explicarse. Habia ido á Bath para no ser testigo de las escenas que la despedazaban el alma, y por el mas raro incidente del mundo veía que aun allí la iba siguiendo el espectáculo de que huía. Interiormente censuró al jóven Herbert por haberse resuelto á venir donde ella estaba, le acusó de barbarie, y con dificultad pudo contener las quejas que creyó debia tener contra él.

Pero todavia estaba en su mano huir: su poca salud la proporcionaba una excusa para dejar un pueblo donde no hallaba todo el alivio que habia esperado, y para entretanto no recibir ni hacer visita alguna.

Patty instaba vivamente en su súplica de que la presentase al Lord Sutton, de modo que apénas habia medio de rehusárselo. Siempre era muy doloroso á Ana negar una súplica tan conforme á sus ideas de conveniencia. En virtud de esto condescendió en ir á las siete á cuantas partes desease su familia; pero escribió un billete excusándose con pretexto de su enfermedad de no ir á casa de su tia á ofrecerla sus respetos.

Era muy dificil dar á ésta el nombre de buena escusa: su situacion habia chocado de tal modo á Patty, que al separarse de ella encontró á su hermano y le dijo: "¡Ay, Cárlos! Lady Ana no está buena: no puedes imaginarte cuán dife-

rente está.... pero ¡Dios mio! ¿qué es esto? ¿qué te sucede, hermano mio? ¡qué pálido te pones!" Cárlos no respondió palabra; se retiró, y ella fue á dar estas malas noticias á Lady Edwin y á Madama Herbert, las cuales se afligieron mucho de oirlas, y quisieron ir directamente á casa de Ana; pero fueron detenidas por la llegada de Wilkinson, que contra los deseos de su padre aun no habia tomado el nombre de Gorget, y que venia á suplicar á Sir William tuviese la bondad de ir á ver al Lord para arreglar los artículos y las dádivas que éste se proponia insertar en el contrato.

Entonces se presentó Miss Edwin diciendo que habia corrido la mitad del pueblo, y que al paso habia dejado una targeta en casa de Lady Ana.

Mr. Summers á la mesa refirió una cosa que le parecia muy extraña, y era el haber encontrado á Cecilia: dijo que como ignoraba que su familia estuviese

en el pueblo, habia tenido la curiosidad de seguirla, y vió que á pocos pasos se habia reunido con un jóven oficial, y agarrada de su mano habia entrado en una casa: é informándose él de quien vivia en ella, habia sabido por el portero de la casa, que allí se alojaba Madama Edwin que acababa de llegar al pueblo.

Oido este informe, Mistress Wellers hizo presente con toda seriedad que por lo menos convenia informar á Sir William y á Lady Edwin de las relaciones poco convenientes que formaba su hija, y añadió que estaba cierta de que si no se tomaba su consejo, pronto sobrevendría otro trágico suceso en aquella familia. Pero no queriendo Ana que se hablase de ningun paso de esta especie por parte de sus amigos, y manifestando afligirse de ver que Mistress Wellers insistia sobre la justicia de este acto, no se volvió á hablar del asunto.

Por la noche, precedido aviso al Lord Sutton, fue Ana á buscar á Madama Herbert y á Patty. Lady Edwin no quiso por ningun pretexto ver á un hombre que tanto habia ofendido á su familia, y citó á Sir William para ver á Ana en su misma casa cuando estuviese de vuelta.

En la del Lord fueron recibidas por Wilkinson, y conducidas al gabinete que estaba junto á la alcoba, único paraje donde la debilidad del Lord le permitia que saliese. Él se encantaba de ver á Ana, y yendo con ella, su compañía no podia dejar de ser bien recibida: habló mucho de lo que pensaba hacer por su hijo: ponderó las riquezas, y conforme á lo que por la mañana habia hablado con Sir William dijo que pensaba dejarle la mayor parte de sus bienes: presentó á Miss Herbert un muy bello vestido, y algunos diamantes de alto precio, y mirando á Ana no pudo menos de suspirar, pensando que primero estaban destinados á ella.

Entonces Madama Herbert dijo que no encontraba modo para decir las razones por qué Lady Edwin queria absolutamente que la boda de su hija se celebrase en la quinta de S. Denis. Decia que las bodas de todos sus antepasados se habian hecho en aquella capilla de la familia, y que todas habian sido felices, á excepcion de una sola que allí no se habia celebrado. Patty estaba comprometida en ser la que llevase á su prima al altar; y aunque Milady nada decia, sin embargo era bien cierto que quedaria muy descontenta si se variaba algo este plan. Añadió que eran tan grandes las obligaciones que tenia á su hermano y á ella, que la costaría mucha repugnancia dar un paso que no mereciese su aprobacion.

Ana, que solo aspiraba á alejar á Herbert de su vista, favoreció el discurso de Madama, la que admirada con tan buen abogado, pidio al Lord que permi-

tiese á su hijo que las acompañase al país de Gales, donde se harian ambas bodas, segun lo tratado. El Lord con su deferencia acostumbrada á Lady Ana consintió en ello, á condicion de que no excederia de quince dias la ausencia de su hijo.

Ceñidos á tan cortos límites de tiempo, que era muy necesario á Wilkinson no dejar pasar, por ser tan precaria la salud de su padre, cuando regresaron las damas decidió Lady Edwin que al otro dia dejarian á Bath.

CAPÍTULO LXXXIX.

Filosofia de la muger.

La alteracion que se notaba en el semblante de Ana era demasiado grande para que dejase de observarla Lady Edwin, y muy sobresaltada renovo sus instancias para que las acompañase en el viaje; pero no pudiendo conseguirlo, la dijo que esperaba que otra vez no la haria

igual desaire, y que su querida sobrina debia proporcionarla el gusto de que la diese posesion de la quinta de Trevanion, por tanto tiempo inhabitada. Ana se sonrió, pues nada estaba mas distante de sus intenciones como el ir á vivir á un parage, donde la era imposible no encontrarse con Cárlos y su esposa: este ensayo era superior á sus fuerzas. El efecto que sobre ellas habia producido la sola certeza de estar cerca de ellos la hacia juzgar que era absolutamente necesario evitar su presencia. Habia padecido mucho desde su venida: nada temia tanto como encontrar á Herbert; y con todo sus ojos le buscaban, á su pesar, en cuantos objetos veía. Estaba cierta de que él no intentaria visitarla; y sin embargo cada vez que se movia su puerta la palpitaba el corazon: se volvia toda oidos cuando oía pronunciar su nombre, y apénas atendia á las demas conversaciones.

La visible alteracion de sus facciones

durante la noche fue observada con mucha inquietud por Mistress Wellers. Cuando se despidió Lady Edwin, Ana, que se habia portado como una verdadera heroina, confesó que se sentia muy indispuesta. La agitacion de su alma era tan grande, que la sobrevino una fiebre, á que estaba muy expuesta, y aquella noche crecio con tal violencia, que por la mañana el médico la prescribió el sosiego, como el único medio de evitar nuevas consecuencias. Lady Edwin, que vino á visitarla, fue admitida por solos cinco minutos, y su cuidado por su sobrina era tan grande, que dijo á Mistress Wellers, que aunque el matrimonio de su hija era tan necesario para su tranquilidad, como que creía no podria sobrevivir á un suceso que le rompiese, su sobrina la era demasiado querida para dejarla en aquel estado, y que así en el caso de no ver alguna mejoria que la consolase, suspenderia su viaje solo por cuidarla.

Mistress Wellers vio en esta ánsia de verificar la union de Cárlos y Cecilia la locura de la esperanza á que ella todavia se entregaba de que semejante boda fuese causa de un suceso feliz. Sabia que el honor de aquella familia no podia estar mas comprometido, y que la delicadeza de Ana no podria sufrir ni la idea de casarse con un hombre, que hubiera sido capaz de romper un contrato solemne; así no pensaba que Mr. Herbert pusiese su valor á esta prueba. En tal estado de cosas infirió que cuanto antes se celebrase el matrimoñio, mas pronto Ana recobraria la paz y la salud, de las cuales aquella estaba muy debilitada y esta absolutamente destruida. Dió parte de sus pensamientos á Mr. Mansel, quien juzgando del mismo modo se reunió á ella para rogar á su jóven amiga que considerase, antes que ya fuese inútil, el daño que se hacia á sí misma, y la pena que causaba á sus amigos.

Ana conoció la exactitud de sus reflexiones, se condenaba á sí propia su debilidad aun mas severamente que los otros; pero sin embargo no podia vencerse. Díjoles que si este nuevo suceso no se hubiese verificado, el tiempo y los ejercicios de humanidad y caridad en que empleaba los dias la hubieran sido muy veutajosos; pero añadió: "la suerte me persigue, y la desgracia, que temo mas que la privacion de mi existencia, sigue sin cesar mis pasos. ¡Ojalá estuviesen ya casados! Yo creo realmente que en el estado actual de mi alma esto es lo único que puede tranquilizarme."

Como esta era precisamente la opinion de ellos, la informaron de que Lady Edwin estaba resuelta á esperar su restablecimiento, y con este motivo insistieron en la necesidad de que se valiese de toda su firmeza: Ana conociendo lo que exigian de ella la prudencia, el honor y la delicadeza, los interrumpio diciendo: "no

prosigais: ya estoy aliviada, y me levantaré inmediatamente: decid á mi tia que estoy absolutamente buena: al punto enviádselo á decir."

—"Querida mia, contestó Mistress Wellers, vuestro restablecimiento parecería demasiado repentino. Cuando Lady Edwin envie su criado á saber de vos, atribuiremos vuestra indisposicion á un aire frio, y así se la puede pintar tan ligera como os parezca. Entonces dejaremos á Mr. Mansel el cuidado de manifestar la incertidumbre de la vida del Lord Sutton para determinarla á seguir su primer plan, y salir de Bath inmediatamente. Yo me atrevo á esperar que cuando ya no os veais fatigada con sus contínuas interrogaciones recobrareis la facultad de conocer la felicidad que vuestro excelente carácter os obliga á proporcionar á los otros.

Como la solicitud de Mr. Mansel no era menor, y sus sentimientos eran exac-

tamente los de Mistress Wellers, fue á casa de Sir William para desempeñar la parte del plan que se le habia fiado. Encontró allí á Wilkinson contando que los médicos acababan de declarar que su padre no podia vivir un mes; y como esta circunstancia le hacia desear que su matrimonio se terminase prontamente, se atrevió á manifestar su deseo de que se hiciese en Bath la ceremonia. Lady Edwin se opuso decididamente á ello, diciendo que tenia motivos particulares para acelerar el de Cecilia, y que recelaba que se retardase si prolongaba su morada en aquel pueblo.

Cárlos Herbert guardó silencio mientras esta conversacion, en la cual Sir William y Mr. Mansel se reunieron para insistir sobre la necesidad de no dilatar el matrimonio de Wilkinson y de Miss Patty. Madama Herbert considerando que el arrepentimiento de un hombre como el Lord Sutton podia ser efecto del capri-

cho, ô del temor de la muerte, mas que de una buena disposicion, pensó como ellos, diciendo que no se podia contar mucho con su duracion. La salud de Lady Ana era lo único que tenia indecisa á su tia; pero como Mr. Mansel asegurase que ya no tenia peligro, y que aquella tarde habia tenido el gusto de hallarla mejor, y fuera de la cama, se fueron á despedir de ella, y partieron al dia siguiente. No los siguieron Wilkinson ni Mr. Mansel, porque el Lord Sutton redujo á ocho dias los quince que primero habia concedido; de modo que se decidió que los demas fuesen delante para hacer los preparativos necesarios, y que apénas estuviesen concluidos, el ministro y el novio se pondrian en marcha con toda diligencia.

Ana se alegró cuando supo que ya estaban lejos, y el dia siguiente la proporcionó una distraccion favorable la llegada de su tio y de Mr. Melmoth. El es-

tado de Madama Melmoth exigia que volviese prontamente á su casa, donde todo estaba ya dispuesto para recibirla, y donde los vasallos y arrendadores esperaban con impaciencia ver que el principal de la familia volvia á la casa de sus antepasados. Con mucha pena de todos se hizo esta separacion, y Madama Melmoth protextó, que no se consolaria si Ana no la daba palabra de ir á Lodge antes de pasar á Trevanion, lo cual ella ofreció con mucho gusto.

Elisa se quedó con nuestra heroina, y Mr. y Madama Melmoth dejaron á Bath con la feliz certeza de no encontrar cerradas las puertas de su casa, extender la vista por sus dominios, como por una propiedad que nadie podia disputarles, y volver á aquel paraiso terrenal, del que su imprudencia habia estado casi para echarlos. Su alegría se aumentaba con la idea de que su felicidad actual era la recompensa de su primera beneficencia. Mr.

Mordant, en cuyo corazon habitaban la justicia y la generosidad tan intimamente unidas, que la una no excedia á la otra, no solamente habia sacado las fincas de manos de Mr. Ashby, sino que de un modo que lisonjeó á Mr. Melmoth, en lugar de ofender su delicadeza, le habia reembolsado los gastos hechos con Ana tan liberalmente, que la abundancia y la paz quedaban restablecidas en Lodge.

La jóven Elisa fue entonces todo el objeto de los particulares cuidados de Ana. Mr. Summers era su maestro de moral, y Mr. Mansel la enseñaba la religion. En estas agradables ocuapaciones encontró Ana algun consuelo; pero sus males eran demasiado grandes para poderse disipar con facilidad. Se la aumentó la fiebre, se hicieron mas irregulares sus períodos, perdió el apetito, y pasaba llorando las horas destinadas al descanso. Sus ojos y sus mejillas hablaban un

lenguaje, que la amistad no podia mé-nos de entender. Llamáronse los mejores médicos, y la pena de Mr. Mordant solo podia compararse con la del General Summers. Mr. Mansel apénas se atrevia á mirarla, y la salud de Mistress Wellers estaba tan alterada, que muchas veces ni aun podia asistir á su tierna amiga. Hízose venir á Mistress Clarke, y llegó para añadir una nueva cabeza afligida á este melancólico grupo. Mr. Wilkinson estaba impaciente hasta recibir noticias de la quinta de S. Denis, y participaba de la inquietud de todos por una vida tan preciosa. Los médicos estaban cansados de consultas: sus respuestas eran siempre las mismas; esto es, que habia mucho que esperar de la juventud y constitucion de la enferma, pero que todo dependia del estado de su alma. Ana escuchaba sin alterarse, y mostraba demasiada indiferencia sobre los pronosticos que formaban, con deseo de complacer á su tio,

quien la suplicaba que no despedazase su corazon con una tristeza tan inconcebible, y añadia que de buena gana daria todos sus bienes por verla restablecida. Ana contestaba: "pero si es voluntad de Dios poner tan pronto término á una vida, en la que excepto el cariño á algunas personas no he gozado un momento de descanso, ¿quién se atreverá á criticar los decretos de su sabiduría?"

—"¡Oh, Ana! respondió Mr. Summers, ¿estimais vos en tan poco el amor de vuestros amigos? No aparenteis una indiferencia tan opuesta á vuestra sensibilidad, y creed que los amigos es el mejor de los dones que el cielo puede concedernos, y que es un tesoro mas apreciable que las riquezas."

—"¡Oh, mi digno y respetable amigo! respondió ella, yo hago todo el aprecio que debo de la amistad; no me llameis ingrata: yo hago todos cuantos esfuerzos puedo para condescender con mis

amigos, y no lo puedo lograr. Sin embargo, por mas infeliz que sea, creo que os sobresaltais sin motivo. Si esta enfermedad debiese poner fin á mis males, iria en aumento: mis penas son únicamente mentales: ellas pueden dañar á mi salud, pero no de un modo tan funesto. Yo he oido hablar del Mediodia de la Francia."—"¡Oh! dijo el General, ese es el clima que os conviene:"—"y si no bastase, prosiguió Ana cogiendo la mano á su tio con respeto y cariño, iremos con vos á la Jamaica: nosotros no separaremos por mucho tiempo á mi buena tia de su marido, si podemos obtener de él que nos acompañe: ¿qué no haré yo, dónde no iré para aumentar la felicidad de tales amigos? Entretanto tomemos el aire: se recomienda mucho el de Bristol: si el lugar nos agrada iremos á pasar allí algun tiempo. Yo no puedo dejar la Inglaterra sin Mr. Mansel...¿y no seria posible empeñar á la buena Mistress Wellers

á venir con nosotros?" —"No lo dudeis, respondió la buena señora enternecida: estad cierta de que no os dejaré hasta que vuestra salud se restablezca, aunque yo casi estoy inválida."

Inmediatamente se mandó poner el coche, y Mr. Mordant y el General prefirieron dar el paseo á caballo.

Las cercanías de Bristol son tal vez las mas bellas y mas pintorescas del mundo. Luego que subieron las damas Mr. Mansel enseñó á Ana las montañas de Gales, por encima de las cuales trepó su imaginacion hasta Llandore. "Aquella, dijo el buen hombre, cuya cima parece va á esconderse en las nubes, nos oculta la quinta que está detrás de ella (al decir esto no pudo menos de derramar una lágrima). Muchas veces, mi querida Ana, prosiguió él, subia yo sobre aquella cima, y desde allí miraba hácia este lado con el secreto deseo de saber dónde estabais, y la esperanza de veros pasar para

reuniros conmigo. Este camino es el que hice con la mejor de las mugeres, cuyos deseos todos me apresuré á satisfacer cuando os llevé conmigo."

—"¡Oh, señor! respondió Ana bañado el rostro en lágrimas ínterin Mr. Mansel procuraba ocultar las suyas, no me acordeis á aquella virtuosa muger: no me recordeis esos lugares ni esas escenas, de que me veo privada para siempre. La pena y la desesperacion es todo cuanto me queda de los cuatro felices años que pasé en Llandore. La muerte de Mistress Mansel fue la primera de las penas, al través de cuya cadena me ha conducido la Providencia. ¡Ay de mí! allí tuvo orígen mi actual tormento. Las sabias advertencias de mi digna amiga llegaron demasiado tarde. Vuestra aldea, vuestra casa, las blancas chimeneas de vuestra quinta se hallan presentes á mis ojos. Allí os veo sentado en bata leyendo: aquí, aquella que fue mas que mi

madre, está ensayando los anteojos, y riéndose del efecto que debian hacer puestos en su nariz. Entre vosotros dos está la mas feliz de las huérfanas adornada para ir á casa de Miss Herbert, detenida para recibir el aviso dictado por la terneza y amistad de no volver demasiado tarde, no pasar por el mal piso del campo del arrendador Jonás, y no acalorarme en el camino. ¡ Ojalá toda mi vida se hubiera pasado en aquel humilde estado ! "

Á estas palabras se siguieron nuevas lágrimas, que acompañaron á las de su venerable amigo, y que aliviaron sus corazones oprimidos con los males que recordaban estas memorias. Mr. Mordant se acercó, y hablando con Mr. Summers y Mr. Mansel acerca de las situaciones del país, Ana pudo entregarse en silencio á sus reflexiones, las que no contribuyeron á proporcionarla las ventajas que esperaba sacar del aire y del paseo.

Llegando á Clifton descubrieron una casa nueva muy bonita, y en la situacion mas agradable y pintoresca: como estaba desalquilada se pasaron á verla. Inmediatamente introdujeron á las damas en una sala muy limpia, mientras que los hombres admiraban las perspectivas que por todas partes se ofrecian.

Ana al visitar la casa conoció que una persona que pasó precipitadamente delante de ella era Mistress Hughes, aquella digna viuda, á cuya humanidad debió tantos favores mientras sus viruelas. Su primer movimiento fue el de la alegría, y no sospechando que su presencia pudiese disgustar á una muger, á quien queria manifestar su reconocimiento, la siguió á un gabinetillo, donde con gran sorpresa vió sobre una mesa el vestido que la habian robado, y que Mistress Hughes se apresuraba á doblar y guardar. ¿Podia Ana creer á sus ojos? ¿Era posible que ella fuese la persona

que por una accion tan infame la habia proporcionado tantas penas? Cuando la pobre muger vió que Ana tenia fijos los ojos en aquel trage, bajó los suyos avergonzada, y no habló palabra hasta que Mistres Wellers entró á la pieza.

La aptitud de Ana y sus miradas fijas con asombro en aquel vestido, que tantas veces habia pintado á su amiga, la explicaron todo el caso, y exclamó: "¡Ola! ¿habeis descubierto al ladron?"

Al momento se presentó otra persona tan poco esperada como mas bien conocida; es decir que era el mismo Bates, quien arrodillándose delante de Ana confesó el robo, viendo que no era posible ocultarle, sin hacer que el crímen recayese en su hermana. Este negocio y sus circunstancias reflectaron de un modo tan odioso sobre Edwin, que Ana se alegró de que la explicacion no tuviese otros testigos. La natural bondad de su corazon se complació al saber que Mistress

Hughes no habia tenido parte alguna én la infame accion de su hermano.

Bates habia juntado algun dinero el tiempo que sirvió á su amo, y aumentándole con la boda que hizo con una muger, que tambien tenia algun caudal, habian tomado aquella casa con el designio de alquilar algunas de sus habitaciones. Mistress Hughes estaba entonces de visita en casa de su cuñada, y ambas se ocupaban en examinar las ropas, cuando llegó el coche. Mistress Bates fue á enseñar los cuartos á las damas; pero su marido, habiendo conocido á nuestra heroina, y sabiendo en lo que su hermana se empleaba, la envió á decir que guardase el vestido sin explicarla las razones: mas la vivacidad de Ana la hizo doblar el paso, y la sorprendió en esta operacion. Su respeto por Lady Edwin, y el honor de su familia, la impidieron hablar mas sobre este asunto: se contentó con exigir que el vestido se devolviese á Mistress Desmoulins, lo

que Bates prometió, muy gozoso de haber salido tan bien de aquel aprieto.

Este incidente estorbó que Ana tomase la casa, y despues de haber hecho á Mistress Hughes un regalo proporcionado á los servicios que creía deberla, volvió á Bath con sus amigos mas cansada que divertida.

Á su llegada encontraron un birlocho á la puerta, y el aviso de que Wilkinson estaba aguardando con una carta de Lady Edwin para Ana.

"Ahora, la dijo al oido Mistress Wellers, reanimad vuestro valor, no penseis sino en las conveniencias de la familia, en la dignidad de vuestra clase, y en el orgullo de vuestro sexo."—"Ya sé, respondió ella temblando y fuera de sí misma, que estaré mucho mejor luego que todo se haya concluido;" y cogiendo la mano de Mr. Mansel se despidió de Wilkinson, y se retiró á su cuarto.

Mr. Mansel que esperaba por instan-

tes el aviso que se acababa de recibir, se dispuso prontamente al viaje: se despidió con dolor para ir á bendecir una union, que debia hacer la infelicidad de Ana, y prometió á Mistress Wellers enviarla un expreso apénas se concluyese la ceremonia.

CAPÍTULO XC.

Las bodas.

Era llegado el dia de la gran prueba: la pobre Ana en aquel crítico momento hizo todos los esfuerzos posibles para poner en práctica las lecciones que habia recibido, y seguir los ejemplos que habia observado en sus amigos; pero en estos últimos no halló alguno que pudiese darla valor y consuelo. La filosofia y las reflexiones eran ineficaces, y no tenia otro recurso que el de huir de sí misma. Mistress Wellers la asistia en este punto, haciéndola pasar de unas diversiones á otras, y convidándola á que

observase la admiracion que excitaba, y los honores que tributaban á su mérito, asi como á sus gracias. Siempre prudente, juiciosa y tierna amiga no perdonaba la menor cosa de cuantas su cariño podia inspirarla en un instante tan crítico, evitando con cuidado cuanto pudiese recordarla á los Edwin ó á los Herbert. Sin embargo, el tiempo se hubiera pasado tristemente á no haberse presentado otros incidentes, que llamaron una parte de su atencion.

El tercer dia despues de la partida de Wilkinson vino á casa de Ana Steven, refiriendo los pormenores mas terribles de la salud y del alma del Lord Sutton. Agitado con los fuertes remordimientos de su conciencia, clamaba por consuelo á toda costa, y queria que se llamase á un Eclesiástico compatriota de su padre, que entonces estaba en Bath en casa de un Embajador extrangero.

Aunque Steven no tuviese bastante

honor para mirar por los intereses de Wilkinson, estaba muy apegado á los suyos, y los creía mas seguros en manos de un hombre galante que en las de un arrepentido. Rogó á Lady Ana que tomase parte en el asunto; pero una mirada de su venerable amigo tuvo mas influjo en su corazon que todos los discursos del otro: y aunque en el asunto se mezclaban los intereses de Patty, ella se excusó. En fin, para que nada faltase de cuanto contribuyese á abandonar á aquel malvado á su suerte, se presentó antes de la partida de Steven una pobre muger pidiendo que se la oyese.

En cualquiera otra ocasion se la hubiera enviado á hablar con Mistress Clarke; pero entonces, como esto podia ofrecer un medio de distraccion, Mistress Wellers rogó á Ana que la hiciese entrar.

Al punto se vió parecer una muger alta, flaca y mal vestida, á quien Ana no conoció. Iba á empezar en mal inglés

una apología de su venida, cuando viendo á Steven olvidó sus cumplimientos y su humilde estilo para prorrumpir en mil injurias tanto contra él como contra su noble protector. En el discurso de estas invectivas nuestra heroina se asombró conociendo á Madama Frajan, y sabiendo que el motivo de su cólera era el no haber sido recompensada tanto como juzgaba que merecian serlo los servicios que habia hecho al Lord contra Ana. Sus muchas y multiplicadas acusaciones acompañadas de imprecaciones desconocidas para todos los oyentes, menos para Steven, formaron un retrato tan feo, como parecido á su propia malicia y á la de su asociado. Steven, que habia representado su papel en lo que él llamaba distracciones del Lord, y que conocia perfectamente su mismo lenguaje, no tituveaba en dar sus respuestas.

Cuando se la oyó acusar á Sutton de haberla hecho entrar á servir á Miss Ed-

win, y sacádola de allí, despues de haberla obligado á presentar los encajes de Madama Melmoth, para evitar que obtuviese su perdon mediante una confesion libre y voluntaria, la evidente miseria en que parecia abismada perdió todo el derecho á la caridad: las iniquidades de su vida pedian un castigo, y aquellos dos compañeros en el vicio fueron despedidos con el desprecio y horror que merecian.

Cuando Ana se retiró para vestirse, Mistress Wellers la propuso ir á la comedia, donde habia de representar Mistress Sidons; pero ella con una sonrisa afectada se negó á salir de casa. Aquel era quizás el último en que ella podia pensar en Herbert sin delito: podia ya estar formado el nudo indisoluble, pero aun lo ignoraba, y queria emplear aquel dia en recordar los felices momentos que habia pasado con él: se permitiría por la última vez la memoria de sus accio-

nes en Llandore y en otras partes: aprendería con su ejemplo á tener valor y firmeza: trazaría con su pincel las gracias de su persona, segun estaban en su memoria; y su aprecio á las perfecciones humanas iria siempre dirigido por el que hacia de las prendas de su alma.

Habia una especie de solemnidad en el modo con que hizo esta declaracion, y cuando con una tranquilidad, que admiró infinitamente á Mistress Wellers sin sobresaltarla, abrió su cartera para ponerse á realizar su idea, envió á decir á Mr. Mordant y al General que la disimulasen, pues no pensaba salir de su cuarto hasta el otro dia.

Las horas se pasaron en una tristeza magestuosa; y llegó la noche sin haber venido el terrible, aunque deseado, expreso, que por instantes se aguardaba. Mr. Mordan y Summers habian ido á la comedia, y el silencio reinaba en toda la casa penetrada de la afliccion de

su ama. Los tiernos cuidados de la amistad eran infructuosos, y Ana lloraba en silencio, cuando se oyó á la puerta un ruido extraordinario.

Ana escuchó, y dijo: "yo no quiero ver á nadie:" Mistress Wellers respondió, "ya he dado las órdenes convenientes para ello."

Mas la puerta se abre de repente, y Herbert entra precipitadamente en el gabinete con los ojos brillando de alegría. Las damas quedaron como unas estátuas, y él arrojándose al momento á los pies de Ana cogió la mano, que ella inútilmente quiso retirar, pidiéndole que se levantase, y se retirase. *Jamás, jamás*, exclamó él, *me separaré de este precioso tesoro*.... Ana era suya.... Ana, la inestimable Ana sería su esposa.

No pudieron entender lo que queria decir con aquellas expresiones, y se le volvió á mandar que se retirase.

Órden inútil: él dijo que ya no era

el desesperado y desgraciado Herbert: que se atrevia á desobedecer, y aun á gloriarse de su desobediencia; y que no dejaria la postura en que se hallaba hasta que no hubiese leido en los ojos de su querida Ana la alegría que experimentaba él mismo al verse libre. ¿No habia ella confesado que amaba á Herbert? ¿él no la aseguraba que estaba libre?.... ¡Libre!..... El sonido de esta voz era tan dulce á su oido, que quisiera publicarla de modo que todo el mundo la oyese. Cárlos Herbert desprendido de su compromiso con Cecilia, veía delante de sí todas las bendiciones de la tierra. En fin, ya podia manifestar aquel amor tan tierno y tan profundo que por tanto tiempo se habia visto precisado á ocultar dentro de su pecho: ya estaba á los pies de Ana Trevanion.

"Aquí, dijo con toda la energía y el sentimiento de la verdad, aquí está el precioso decreto que decide para siem-

pre mí felicidad." Al decir esto puso en manos de Mistress Wellers una carta abierta, y no pudo pronunciar otra palabra, pues todo su corazon estaba en sus ojos, y éstos fijos en la cara de Ana. ¡Oh, cuán expresivo era este silencio! Él leía en las miradas de la que amaba una mezcla de alegría y de duda, unida á una gran sorpresa.

La positiva declaracion de Cárlos de que estaba libre tenia demasiado aire de verdad para dejar alguna duda; ¿pero cómo podia ser esto? Segun Ana, solo la muerte de Cecilia podia autorizarle para dirigirse á ella con tal esperanza de la victoria. Esta idea la chocó: le mandó que se levantase; pero él no quiso obedecer, y dijo á Mistress Wellers: "¿habeis leido esa divina carta de la tierna Cecilia?"—"¡Ah, Cárlos! exclamó Ana, vos me habeis envilecido descubriendo mi pasion insensata: y ¿qué, admitiré yo una dimision que vos ha-

breis arrancado de ella? ¿teneis tan mala idea de mis principios? ¿Y esto puede reconciliaros con Sir William, con Lady Edwin, conmigo misma, y con el mundo entero?"

—"Angel mio, respondió él, ¿creeis que Cecilia sea una muger que abandone un proyecto en atencion á la felicidad de otros? ¿Juzgais que vuestro Cárlos sea capaz de darla una especie de triunfo sobre Ana? Pero, Mistress Wellers, si yo conozco en vuestras alegres miradas que habeis leido esas celestiales líneas, en cada una de las cuales me he detenido con el mayor placer, ¿cómo no se las comunicais á Ana? ¿tendreis la bondad de leerselas, ó las leeré yo mismo?"

—"Yo os ruego que las leais" dijo aquella buena muger, que apénas podia hablar, y llorando y riendo á un mismo tiempo abrazaba á su amiga con una expresion, á que ella no pudo resistir, au-

que por su delicadeza guardaba silencio.

"Ahora, señora, dijo Cárlos con el mayor entusiasmo, permitidme que os lea esta carta, que yo he leido mil veces, y vereis no hay en ella ni una sola palabra que no sea una bendicion para mí.?" Iba ya á principiar, pero la agitacion de nuestra heroina fue demasiado grande para que pudiese hacerlo. Mistress Wellers sobresaltada le rogó que se retirase, y dejase la carta. Él queria insistir; pero luego que ella le hizo observar en los ojos de Ana cuan indispuesta estaba, salió del cuarto despues de haber obtenido la palabra de que se le volvería á admitir.

Entonces viéndose sin testigos Mistress Wellers abrazo y felicito á Ana, la que tranquilizándose con estas demostraciones no tardó en estar en disposicion de tomar la carta, donde leyó lo siguiente.



Al Caballero Cárlos Herbert.

"Con que, primo mio, ¿vos suponeis realmente que Cecilia Edwin tenga la bondad de haceros dueño de su persona y sus bienes? Un solo motivo hubiera podido llevarla á cometer esta locura; y sería el de castigar vuestra presuncion, y causar una llaga eterna á la enferma de amor Ana; pero hubiera sido demasiado sacrificar mi vida para castigar á dos, que yo desprecio. Cuando os vuelva á ver tendré el nombre de quien tiene mi corazon. Yo os hubiera informado de esto cuando me insultasteis con vuestra necia súplica de que os despreciase, si vuestra insolencia no hubiese merecido el castigo de una suspension." = Cecilia.

"Si esto fuese verdad, dijo Ana: sí...."—"¡Oh! por amor de Dios, interrumpió Mistress Wellers, dejémonos de si.... yo cumpliré mi promesa, y Mr.

Herbert cenará con nosotros." Ana, aunque se puso colorada, no hizo ninguna objecion, y Herbert fue llamado.

Me faltan las expresiones para pintar la felicidad de aquella dichosa noche en que dos amables personas, sin tener qué reprenderse de ninguna tentativa indecorosa por su parte, habian vencido todos los obstáculos que parecian oponer á su union una barrera eterna. No estando ya contenidos por los anteriores respetos, no teniendo nada que temer, ricos uno y otro mas de lo que hubieran acertado á desear, no veían delante de sus ojos sino una paz inalterable y una felicidad sin límites. Si hay un lenguaje propio para describir los transportes de dos almas en situacion semejante, yo le ignoro: su amor fue respetable y sagrado, asi como sus penas lo habian sido por su resignacion. Ellos no se separaron hasta las dos de la mañana, y entonces demasiado felices pa-

ra poder entregarse al sueño; pero ¡cuán diferentes efectos produce una misma causa!

La falta de sueño no dejó ninguna marca visible en el rostro de nuestra heroina. Es verdad que no se apresuró á salir de su cuarto; pero Mistress Wellers, cuya alegría no puede explicarse, la encontró vestida cuando subió: fresca como una rosa recien abierta, y mas blanca que la muselina de su vestido. La alegría brillaba en sus ojos; y sus bellos labios, entreabiertos por la sonrisa de la tranquilidad, dejaban ver las perlas de sus dientes, y parecia habian adquirido una nueva gracia. La satisfaccion que advirtió en Mistress Wellers viendo esta prueba de su paz interior, añadió gracias á su sonrisa, y despues de haberse mútuamente abrazado, y mirado tiernamente, bajaron á desayunarse.

El General y Mr. Mordant estaban ocupados en disponer el viaje á Francia,

y lloraban sériamente la causa por qué le emprendian, cuando entró un criado anunciando la llegada de Mr. Herbert. "¡Mr. Herbert!" replicó Mordant con admiracion.—"El mismo, respondió él entrando con la mayor alegría, y continuó: él mismo que viene á que le deis la enhorabuena."—"Sin duda será por vuestro matrimonio, replicó Mr. Mordant; ¿pero qué causa puede traeros tan pronto á Bath? ¿Ha venido tambien Madama Herbert?"—"Poco á poco, respondió Herbert, no hay nada de cuanto me decis, y por lo que teneis que felicitarme es por no estar casado, y..."

En esto llegaron Mistress Wellers y Ana, y él interrumpió su discurso yendo á recibirlas. "Bueno, bueno, dijo el General (comprendiendo el sentido de lo que acababa de oir) ya hemos encontrado el medico, y me parece que no iremos á Francia:" á lo cual añadió Mr. Mordant: "tambien yo creo, mi que-

rida sobrina, que no vendrás conmigo á la Jamaica." Ana los saludó á ambos, y respondió con gracia y facilidad á las preguntas de Cárlos sobre su salud.

Luego que se sentaron, dijo Herbert que tendria el honor de servir el agua á Mistress Wellers para hacer el té; por lo cual habiéndose retirado los criados, Ana segura de la pureza de sus afectos, superior á toda afectacion, incapaz de temor, y muy distante de aquellos artificios de que las mugeres que no tienen verdadera modestia se valen para aparentar esta cualidad amable, creyó debia declarar francamente á sus amigos los sentimientos que no habia ocultado á su amante.

Despues de un momento de silencio, donde se mostraba mas sensibilidad que rubor, confesó la preferencia que daba á Mr. Herbert desde el instante que le conoció, y que los progresos que este amor habia hecho en su corazon fueron tan

rápidos como irresistibles. Dijo á Mr. Mordant que ésta habia sido la causa por qué habia despreciado la mano de su hijo, y no pudo contener sus lágrimas al referir cuánto habia padecido desde que le creyó muerto al leer un periódico, que la casualidad puso en sus manos; su estado en el momento en que supo que vivia, y el efecto que habia producido sobre ella la necesidad de cumplir su compromiso con Cecilia, y terminó su relacion asegurando á su tio y á Mr. Summers, que si les parecia que sus sentimientos hácia Herbert eran mas bien efectos del capricho, ó de la ignorancia, que del mérito real de aquel jóven, ella no dejaria de amarle, pero jamas se casaria con él sin su consentimiento y aprobacion.

Entonces los dejó deliberar y decidir, rogando á Mistress Wellers se quedase á hacer sus veces, pues dijo que estaba demasiado interesada para po-

der juzgar por sí misma.

Herbert, que era un jóven sensible, discreto en sus palabras, justo en sus acciones, instruido en sus buenas costumbres, é igualmente lleno de honor que de delicadeza, no necesitaba de abogado para con sus jueces. Ellos vieron la preferencia con que le honraba Ana, la aprobaron, y solamente se admiraron de que hubiese persona que conociendo á ambos pudiese haber pensado en separar dos corazones, que parecian haber nacido el uno para el otro.

CAPÍTULO XCI.

Viaje al Norte.

Mr. Herbert debia dar cuenta de su repentina libertad; pues aunque antes habia hablado con Ana, no habia tenido tiempo de entrar en estos pormenores ocupado en su propia felicidad. He aquí su relacion.

"Mientras todo el viage de Bath á Denis se habia portado Miss Edwin con mucha altivez y reserva, aun con su padre y su madre, á quienes no habia tratado con mas miramiento que á Patty y á él, siendo fácil conocer que Lady Edwin se resintió mucho por ello, y le costó gran trabajo disimularlo.

»Luego que llegaron á Denis se entró Cecilia en su cuarto, de donde apénas salió; sin embargo no puso objecion alguna aun cuando supo que se habia señalado el dia para su matrimonio. Herbert, á pesar de su desesperacion interior, se esforzó á perseverar en la conducta política que habia adoptado, y no le era posible hacer otra cosa: pero lo que divirtió sobremanera á Sir William, y admiró á toda la familia, fue ver que su tia Winifred, que ántes era el objeto de las chocarrerías de Cecilia, habia llegado á ser su primer amiga, su principal compañera y la única perso-

na con quien gustaba hablar.

La tarde que precedió al dia señalado, en que se aguardaba la llegada de Mr. Mansel y Wilkinson, ya estaba adornada la capilla para hacer la ceremonia nupcial, los vecinos convidados, y concluidos los preparativos para la funcion. Cecilia se encerró en su cuarto sin mostrar ninguna curiosidad, cuya indiferencia admiró y ofendió á Lady Edwin: Patty aunque tambien iba á ser unida al objeto de su eleccion, como habia ido expresamente para acompañar á su prima, hubiera deseado, sin duda, en aquellas circunstancias una compañera de su edad y su sexo; pero sus insinuaciones fueron sin efecto, y Cecilia insistió en su obstinacion.

»Por la noche llegaron Mr. Mansel y Wilkinson, continuó Herbert, y yo, que viéndome víctima de mis sentimientos no tenia la menor idea de entregarme al sueño, acompañé á mi madre á

su cuarto, donde por la primera vez me manifestó su temor de que no fuese yo feliz con el objeto de mi eleccion, ó por mejor decir de la suya. Yo no respondí á este pronóstico demasiado cierto. La mejor y mas tierna de las madres no sospechaba que habia una persona que reinaba sin rival en mi corazon. Si ella hubiese sospechado que yo amaba, la hubieran hecho infeliz sus ideas de honor y de justicia. Como para evitar este horrible sacrificio no se presentaba ningun recurso, que no la hubiese envuelto en mi ruina, y no hubiese ofendido mucho á Sir William y Lady Edwin, yo la dejé ignorar mis sentimientos. ¡Amada y digna madre! Yo la vi puesta de rodillas pidiendo á Dios que bendijese á sus hijos. Creía que yo haria cuanto quisiese del carácter de mi prima: pensaba que ella siempre me habia amado con una preferencia decidida, y contaba con que la gratitud y buena disposicion que

me prestaba su cariño hácia mí asegurarían nuestra felicidad. Yo la dejé entregada á tan dulces esperanzas que la inspiraba su cariño maternal, y me retiré con el alma sumamente aflijida á vista de la ceremonia que se acercaba, y que iba á hacerme el mas desgraciado de los hombres. Al atravesar la galería me sorprendí, viendo que Cecilia bajaba la escalera sin meter ruido, aunque muy de priesa; y como todas sus acciones estaban marcadas por algun capricho, luego que me cercioré que era ella, no volví á pensar mas en el asunto.

„¡Cuáles fueron mis reflexiones durante aquella penosa noche! ¡Gracias á Dios que ha pasado!.... yo no las repetiré: miraré mis desgracias como una expiacion que el cielo me imponia. Conociéndome incapaz de dormir no me acosté, y á cada instante recordaba mis esperanzas de felicidad que se habian disipado, y me estremecia pensando que

se acercaba el momento en que un acto de mi voluntad me iba á privar de todos los derechos, respecto á la única muger que adoraba, para entregarme á aquella á quien no podia menos de despreciar. Mis tormentos eran tales que no estuve seguro de que si este funesto enlace no se rompia, no tuviese mi madre que llorar un segundo suicidio en su familia.

„La turbacion de mis ideas se aumentó con el movimiento y el ruido que sentí en la casa al amanecer, y con la vista de mi hermana que vino agarrada del brazo de su querido Wilkinson, cuyos enamorados ojos fijos sobre ella me presentaron desde mucha distancia el cuadro de su enagenamiento. Yo aparté los mios de este espectáculo que formaba tan doloroso contraste con mi situacion, cuando un nuevo ruido que escuché en la casa, y el nombre de Patty que repetian, excitaron por un momen-

to mi curiosidad; pero bien pronto se disipó.

„Demasiado infeliz ya para temer nueva desgracia, y esperando á cada momento el ser llamado, recogí mis fuerzas para ponerme en estado de sostener la ceremonia, cuando mi madre y Lady Edwin entraron de repente en mi cuarto. En los ojos de la primera se leía la compasion, y en los de la segunda se miraban el dolor y la desesperacion.

„Hijo mio, dijo mi madre, es preciso que te armes de paciencia. ¡Ay, Dios! exclamé yo: ¿qué ha sucedido? y mi alma ocupada en un solo objeto esperaba oir funestas noticias de Bath. Entonces pudo hablar Lady Edwin, y dijo: Cecilia, esa afrenta de mi linaje, ese deshonor de mi familia; ¡Cecilia ha huido! Todos mis desvelos por ella están perdidos, mis dias pasados en la mayor turbacion, mis noches sin reposo, mis solicitudes, mis ardientes rue-

gos, todo ha sido infructuoso. ¡Madre infeliz! ¡Los crímenes de mi hermano han caido sobre mí! Sin hijos, y desesperada para siempre.... ¡podré volver á admitir y reconocer esa hija desmoralizada! Ya no tengo esperanza de consuelo en mi propia posteridad.

„Ni mi respeto á Lady Edwin, ni mi veneracion respecto á sus aflicciones, ni mi compasion para con mi tio, que corria como un frenético extendiendo los brazos, y llamando en vano á su amada é ingrata hija, hubiera podido reprimir la alegría que casi me ahogaba, cuando se acercaron á nosotros MM. Wilkinson y Mansel. El primero me apretó la mano con una expresion que solo podia tener una significacion, y se puso colorado. Mr. Mansel.... ¡Ah, qué hombre tan bondadoso y venerable! Jamás olvidaré sus miradas: ellas eran la retórica misma.

„En seguida se buscó á nuestra tia

Winifred, pero no se halló. La camarera de Miss Edwin, colocada de órden de Lady Edwin al lado de ella, trajo dos cartas de su mano: ya habeis leido la que venia dirigida á mí: en cuanto á la que era para su madre aun ignoro su contenido. En aquel momento vinieron á decir que se habian visto en las inmediaciones dos personas vestidas sencillamente, pero con muy buenos caballos, á las cuales habia hablado repetidas veces mi tia Winifred; y un rentero de la aldea inmediata, que habiéndose emborrachado la víspera se habia quedado dormido en el camino, dijo que habia visto pasar una silla con cuatro caballos, que iba á todo correr, y añadió que estaba cierto de que dentro iba Mistress Winifred, pues la habia oido reñir al postillon porque no se paraba á fin de recoger su sombrerillo que se habia caido por la portezuela, y que el mismo rentero se le habia dado; y en

fin dijo que dos ó tres hombres á caballo seguian la silla.

„Yo no quise escuchar mas: bajé volando á la caballeriza. Mi caballo era adecuado para corresponder á la impaciencia de su dueño: corrí hasta que mas no pude, y entonces tomando una silla me encontré á los pies de Ana al cabo de quince horas de viaje."

Despues de esta relacion cumplimentaron todos los presentes á Mr. Herbert: la felicidad recobró su lugar en la morada de la virtud, y aquellos benéficos corazones descansaron en el seno de la paz, la que no fue interrumpida, sin embargo de que por la noche llamó su atencion la noticia que les dieron de que el Lord Sutton habia espirado al tiempo que estaba tomando el té. Este suceso, aunque previsto por los médicos, era demasiado repentino para no afectar á Ana. Por hacer favor á Mr. Wilkinson pasaron inmediatamente á la casa mortuoria

Mr. Mordant y Mr. Herbert, á fin de poner su sello, y despacharon un expreso á la quinta de Denis.

La confusion y desorden que allí reinaban no habian impedido á Wilkinson que asegurase su felicidad. Sir William pretendia absolutamente perseguir á los fugitivos; pero Wilkinson no consintió en acompañarle sino despues que se efectuase su matrimonio; pues temia que una dilacion originase otra. Lady Edwin dijo que los pobres no debian sufrir la pena de la locura y desobediencia de su hija, y asi les fueron distribuidas las limosnas que les estaban destinadas: los aldeanos fueron regalados, y se envió recado de escusa á los convidados.

Apénas salieron de la capilla cuando Sir William y Wilkinson tomaron el coche para empezar sus diligencias, que el buen Baron no hubiera tenido la paciencia de retardar, á no haber creido que el viaje de Herbert tenia por objeto

buscar á su hija. Siguieron su marcha hasta Worcester, donde, con no menos sorpresa que mortificacion, encontraron á una de las fugitivas en el momento en que iba á entrar en una silla.

Mistress Winifred Edwin estaba sumamente afligida; pero á la vista de Sir William montó en cólera, y se quejó de la malicia é ingratitud de los hombres en presencia de un hermano que podia tambien acusarla de ambos crímenes; y segun lo que ella dijo conocieron que estaba demasiado adelantado el viaje de Cecilia hácia el norte, para que hubiese esperanza de alcanzarla.

Á la verdad, aquella venerable solterona habia sido cruelmente tratada por su sobrina. El Capitan Dumbar, prevaliéndose de las ventajas de la disposicion de Mistress á la galantería, se habia hecho acompañar de ella en su expedicion galante para robar á Cecilia, comprometiéndola con uno de sus amigos, joven

agraciado, que se divirtió en hacer la corte á la tia, y empeñarla á ser de la partida en el paseo que su sobrina iba á dar por Escocia. Él la protextó que no podia vivir sin ella, y fingiendo que tenia precision de adelantarse, la prometió reunirse con ella en Worcester un dia determinado; lo que en efecto habia cumplido en cuanto al dia y lugar de la cita; pero por desgracia habia llegado con una hermosa jóven, que completó el grupo galante, sin necesitar de la tia Winifred, disipando enteramente la esperanza que ésta tenia de entrar alguna vez en el estado del matrimonio. Esta jóven recien venida era nada menos que la viudita Madama Edwin. Las dos cuñadas se regocijaron de reunirse en tan felices circunstancias, y la pobre solterona tuvo la mortificacion de verse privada de su amante, puesta en ridículo por su indiscreta sobrina, burlada por todos ellos, mas locos que pru-

dentes, y abandonada en una posada por aquellos caballeros, que no querian perder un instante sin asegurarse de sus presas.

La pobre Winifred temerosa de presentarse á su cuñada, justamente irritada, no sabia qué hacer de su persona; y en fin, pensando que Mistress Jane Mansel podia proporcionarla un asilo, se disponia á marchar á Llandore cuando la encontró su hermano, quien la obligó á volver á Dènis contra toda su voluntad para dar cuenta de aquella intriga.

Viendo Sir William que las fugitivas se habian adelantado mucho, y que el marido que su hija se habia buscado era realmente un caballero, resolvió prudentemente no pasar adelante y abandonarla á la suerte que se habia buscado sin consultarle. Como ella dependia enteramente de el en cuanto á los bienes, no dudó que pronto recibiría noticia suya, y tomo el camino de Denis

con Wilkinson y Mistress Winifred.

Mientras su ausencia habia tenido Madama Herbert mucho cuidado por su hijo, que se aumentó cuando regresaron; pues como creyó que habia partido en seguimiento de la fugitiva, se habia lisonjeado de que regresarian juntos. Mr. Mansel compadecido de las penas y cuidados de una madre, que no podia ocultarlos, la dió á entender que su opinion particular era que su hijo habria tomado otro camino, y aun se atrevió á asegurarla que la daría noticias de él cuando llegase á Bath.

El expreso de Mr. Mordant llegó media hora despues de Mr. Wilkinson, quien tomando al momento la posta, dejó á su esposa encargada á Mr. Mansel para que ambos le siguiesen en una silla mas cómoda.

CAPÍTULO XCII.

La esperanza burlada.

Cuando Wilkinson llegó á Bath se alegró, pero no se sorprendió, de encontrar allí á Cárlos, quien asi como Mr. Mordant le acompañó á la casa del difunto Lord, y se admiraron viendo sobre sus efectos los sellos de dos nobles extrangeros al lado de los suyos. Steven, que todavia estaba en la casa, les informó de que un anciano eclesiástico, que habia tenido toda la confianza del Lord, habia partido para el continente apénas exhaló el último suspiro.

Fueron llamados los dos extrangeros que estaban en Bath: ambos eran hombres de la mas alta clase, de una providad y honor bien conocido: su reputacion y su carácter estaban al abrigo de toda sospecha; de modo que no cabia ninguna duda. En presencia de ellos

se abrió la papelera del difunto, y la primera cosa que se encontró fue un testamento en toda forma firmado y sellado, por el cual dejaba todos sus bienes, sin distraccion de ningun legado, á los dos extrangeros para hacer de ellos el uso que les tenia dicho, y al mismo tiempo expresaba que no se tomasen cuentas al Eclesiástico, pues cualquiera cantidad que pudiese tener en su poder era un don libre y voluntario de su mano.

La sorpresa, y aun tambien el descontento, de Wilkinson y de sus amigos á este golpe inesperado no puede describirse con palabras. Los dos Condes dijeron que el depósito que se les habia confiado era de una naturaleza tan sagrada, que les era imposible abandonar ningun artículo, ni explicar los motivos.

Steven que aguardaba una pension, pidió á lo menos los gastos de su viaje, para regresar á Londres; y se le respondió: que al mismo tiempo pusiese la

cuenta de lo que habia gastado en Bath, que todo le sería pagado. Mr. Wilkinson, conforme á la promesa que habia hecho, se encargó de la Willars, y todos regresaron á casa de Lady Ana, quien no quedó menos triste que sorprendida.

Sin embargo fueron recibidas con igual cordialidad, y el General que hasta entonces habia huido de Wilkinson, le abrazó, y le consoló, asegurándole que no podia haberle sido útil un caudal tan mal ganado.

Despues del primer golpe el jóven lo olvidó todo, reflexionando que de cualquier modo ya Patty era suya; y Ana dijo: las 50 libras de mis amiguitas estan aseguradas.

"Creedme, dijo Summers, que todo ha salido perfectamente. ¿Hubiérais querido que ese miserable hubiese acabado con un acto de justicia su vida llena de crímenes? Yo confieso que experimento una especie de placer viendo que esta

última accion justifica el odio que le ha tenido. No examino el modo con que ha dispuesto de sus bienes, ni si ha creido expiar una vida criminal mandando obras de caridad, que no hubiera dispuesto, ni debido disponer, cometiendo una injusticia."

Wilkinson se vistió de luto, pero no asistió á los funerales, y recibió á su esposa en casa de Ana en lugar de recibirla en la de Sutton: Patty, al entrar en el cuarto de su amiga, se sorprendió de encontrar allí á su hermano perdido, que tendido un brazo por su cintura, y teniendo en la otra mano el libro de Milton, leía en voz alta este pasage interesante.... *Cuando te hablo olvido el tiempo, las estaciones y sus mudanzas....*

"Ana mia.... mi hermano.... mi querido hermano: ¿es posible? ¡Oh, Lady Ana! exclamó la sensible Patty cayendo á sus pies con una conmocion involuntaria, ¿será verdad?.... Querreis....

Oh! sí: yo conozco que lo quereis: ¿pues cuál otra sino vos puede recompensar á un hijo, á un hermano á quien sus deberes y su amor fraternal pudieron resolverle á hacerse para siempre desgraciado?"

Mr. Mansel llegó cuando las dos amables hermanas se abrazaban: el buen hombre apénas podia hablar.... y bendijo.... ¿pero á quien podia bendecir sino á Ana?

Madama Wilkinson, apénas pudo permitírselo la certeza de la felicidad de su amiga y su hermano, los informó de que habia dejado á su madre consolando á Lady Edwin que lloraba la depravacion de sus hijos, sin embargo de que confesó se lisonjeaba aun con la esperanza de que el honor de su casa seria conservado por la representacion directa de la familia. Dijo que atribuía la falta de cumplimiento de sus deseos en sus propios hijos á la crueldad con que habia tratado á su hermano. Sir William ha-

bia ya vuelto á entablar el plan de vida que le gustaba, y Madama Wilkinson con el cariño de su marido olvidó bien pronto la repugnancia con que habia dejado á sus amigos en Denis. En cuanto á la herencia de Sutton se la dijo que se habia perdido, y no pensó mas en ella.

Mr. Mansel entregó un paquete de cartas que Lady Edwin le habia dado para Ana, ésta se retiró, y dejando á los dos hermanos en libertad de explicarse mútuamente sobre todos los pormenores que los interesaban, leyó lo siguiente:

"Mi querida sobrina: fácilmente conocerás que el desagradable suceso ocurrido en mi familia, y del que te informarán tus amigos, me ha robado el único consuelo que aun me quedaba; pero yo tengo que decir y explicar muchas cosas demasiado penosas para comunicarlas personalmente, aunque sea en el seno del candor mismo.

„Mi querida sobrina perdonará á la desgraciada tia que la moleste con la repeticion de las penas é infortunios de su familia, y de que tenga la vanidad de creer que sus consejos y sus ruegos serán mejor escuchados por la hija de su hermano, que por aquella cuya prudencia jamás dió una idea agradable á su madre.

„Querida Ana, el título que tú tienes, y viene de una larga série de ilustres antepasados, jamás ha tenido sino una sola mancha, si asi puede llamarse la union de mi hermano Hughes con una plebeya, cuya mancha en este caso está absolutamente borrada con la dignidad natural de su hija. En tí es donde ahora se hallan unidas la virtud y el honor de nuestra casa, y en verdad este es el consuelo que Dios ha querido darme en mi afliccion.

„Cuando descubrí el amor que mi hijo te tenia, que fue en el momento en

que ese odioso Lord te acusaba de vicios tan impropios de tu ilustre sangre, mi propia conviccion me enseñó cuán débil era la esperanza de que os reemplazase en su corazon una persona tal como Miss Turbville; pero deseando vivamente unir nuestros hijos á unas personas, cuyo nacimiento y familia no desdijesen de la nuestra, habiamos comprometido la palabra respecto á nuestro hijo antes de la muerte de Mr. Turbville, y no habia medio de retirarla, aun cuando el descubrimiento de vuestro nacimiento hubiese precedido á su matrimonio. Así ya ves que las medidas de la prudencia humana, tomadas como las únicas que podian conservar la dignidad de nuestra casa, han sido las que han ocasionado sus desgracias. Si nuestro hijo hubiera sido abandodado á su propia eleccion, él hubiera hecho la mas digna; pero ganado por nosotros encontró la muerte.

"Nuestra hija, viciada por nuestra

indulgencia, ha llegado á ser esclava de la disipacion y de la locura. No estando contenida por sus parientes, ¿cómo podia contenerse por sí misma? Nuestra imprudente generosidad obrando sobre una cabeza loca, y su mal corazon, la privaron del principal adorno de su sexo, que es la modesta sencilléz: su persona, dejándose ver en todas partes, se hizo despreciable, y su carácter llegó á ser sospechoso. En lugar de las proposiciones á que la daban derecho su clase y sus bienes, hemos tenido el disgusto de saber que no ha hecho sus conquistas sino entre hombres indigentes, é indignos de ella. Viendo que nuestro hijo habia sacrificado en la carrera de su loca juventud unos talentos, que dirijidos por la discrecion hubieran podido ser tan honrosos y útiles á su patria, como gloriosos á su familia, y que al fin se habia perdido para esta y para aquella, nos dedicamos á pensar con mas séria aten-

cion en los intereses de Cecilia.

„Nos lisonjeábamos de que siempre habia sido afecta á su primo; pero fuimos tan desgraciados, que descubrimos últimamente, y sin duda demasiado tarde, que habia formado una relacion imprudente. Esperábamos tal vez con demasiada facilidad que esto seria efecto de la veleidad de su carácter, y ella nos confirmó en esta opinion confesando conforme á nuestros deseos su amor á Cárlos. En virtud de esto yo propuse á Madama Herbert que se efectuase el matrimonio, que hace tiempo teniamos proyectado entre su hijo y mi hija.

„Yo te confieso, Lady Ana, que vi al jóven presentarse á nuestros planes sin mostrar ninguna impresion á favor de Cecilia, á no ser las del honor y la gratitud; pero yo esperaba mas de la reforma de ella que no de su pasion. Sabia que nuestro cariño y generosidad aumentarian su fortuna, y esperaba no per-

donar diligencia para su felicidad. Con estos fundamentos tuve la crueldad de insistir en una union, á la que tenia muchos motivos de creer que repugnaba el corazon del amable jóven; pero no veía otro plan que me diese ni la mas remota esperanza de conservar el resto de honor que quedaba á mi posteridad.

„Este egoismo mio ha hallado su castigo en la fuga de mi hija. Incluyo aquí su carta: leedla, Lady Ana, como un apoyo para la súplica que tengo que hacerte. ¡Ojalá tu compasion por las penas que padezco, unida al sentimiento de lo que debes á la familia, que tú sola representas hoy dia, puedan inclinarte á tomar el único partido que me pondrá en estado de parecer todavia sin rubor delante de mis compatriotas!

„Tú darás á la casa de Trevanion un gefe digno de sus vasallos.

„Eres bastante rica para escoger aun entre los no acaudalados un esposo á

quien puedas amar. Aunque las esperanzas de aquel, cuyo afecto está tan desgraciadamente empeñado, puedan parecer mas dudosas que las de un hombre que por su propia fortuna estuviese en el caso de elegir por sí mismo, yo me atrevo, sin embargo, á suponer que este último no será tal vez preferido por este título.

»Mas yo no pretendo prescribirte nada: todo lo que te pido es que te cases, á condicion de que el feliz objeto de tu eleccion cambie su nombre por el de Trevanion, y que al mismo tiempo sea igualmente respetable el apellido que dejé. En esto, querida sobrina, se fundan mis esperanzas actuales: dime que quieres hacer feliz á tu afligida tia

C. Edwin."

La carta de Cecilia á su madre decia lo siguiente:

Señora.

"Como esta es la última imprudencia de que Cecilia Edwin se hará culpable, suplico á mi padre y á vos que me la perdoneis. Yo abandono mi familia en un momento crítico para ella y para mí. La verdad es que nuestra sangre corriendo siempre de generacion en generacion por los mismos canales se ha debilitado, porque siempre ha sido de la misma especie; y Mr. Dumbar me asegura que la suya es igualmente respetable: asi una pequeña variacion no puede menos de ser ventajosa para ambos. Espero que reflexionando en ello perdonareis mi conducta en favor del motivo."

„Vuestra respetable hija

C. Edwin."

Ana leyó estas dos cartas con sensaciones diferentes. Lady no tenia sino un solo defecto, si podia darse este nombre á su respeto y veneracion por el honor de su familia. Era una muger, cuyo orgullo estaba, por decirlo asi, santificado por la práctica de los principios mas nobles. Las desgracias de su casa eran para ella tanto mas humillantes, cuanto segura de no haberse jamas separado de los principios y virtudes de sus mayores no habia sabido nada de sus hijos hasta que sus extravíos vinieron á advertirla demasiado tarde. Pensaba que la sangre de Trevanion los libertaría igualmente del vicio que de la bajeza, y los habia enseñado con cuidado las máximas y la grandeza de alma que habia heredado de sus abuelos. Olvidando que en su quinta y en sus inmediaciones era donde éstos habian conservado intactas sus virtudes, y no conocien-

do que el gran mundo está demasiado lleno de virtudes artificiales para reemplazar á las verdaderas, no habia imaginado que el ejemplo de la multitud tuviese mas influjo sobre las almas de unos jóvenes ricos, que los preceptos secos y particulares.

Su dolor era demasiado respetable, y su pena demasiado amarga para no ser sentida por su sobrina. La súplica que allí la hacia retrataba á su amado Cárlos, los bienes de Sir William debian pasar á él despues de su muerte, su familia era tan antigua como la de Trevanion, de la que ella misma era rama. Cárlos no tendria dificultad en cambiar su nombre ya marchito por el desgraciado fin de su padre, tanto mas cuanto el de Trevanion habia sido el de uno de sus abuelos: así el hombre que habia elegido era el que mejor convenia á su situacion, y por consiguiente de la

aprobacion de su tia. Sin embargo temia que despues de haber reflexionado mas sobre el contrato roto por Cecilia, no le pareciese debia ser revocada la dicha tácita aprobacion que daba Lady Edwin.

CAPÍTULO CXIII.

Conclusion.

Cuando Ana volvió á la sala, el sensible y tierno Herbert examinó sus ojos, y leyó en ellos una inquietud que se apresuró á disipar, y en fuerza de sus ardientes súplicas ella entregó la carta de su tia á Mr. Mordant, quien halló el contenido muy satisfactorio; y habiendo obtenido el permiso de nuestra heroina partió para Denis la mañana siguiente acompañado de Cárlos. Este feliz amante volvió bien pronto para acompañar á su amada y sus amigos á su casa, donde la aguardaba Lady Ed-

win: la heredera de Trevanion fue recibida por sus vasallos, y seguida al través de dos Condados por las aclamaciones y la sincera alegría de los honrados cambrios.

Sir Willam y Lady Edwin, igualmente contentos que felices por la union de sus amables sobrinos, se resignaron en la voluntad del cielo, que habia dispuesto de sus hijos, y no hallaron sino motivos de regocijo en la mejor suerte de sus mas cercanos parientes.

Madama Herbert.... ¿qué podré decir de ella, viendo que su hijo era el mas feliz de los hombres, y su hija la mas contenta de las mugeres? El resto de su vida no podia ser otra cosa que una escena continua de felicidad y de gratitud. Se la habia respetado en sus desgracias, y se la honró y amó en su prosperidad.

Bien pronto estuvieron extendidos los

contratos, y obtenidas las patentes para la mudanza del nombre. El favor del Soberano reunió á ellas la confirmacion de los antiguos honores de la familia; y aquel Príncipe gozó de la ventaja poco comun de ver que el verdadero mérito se condecoraba con las distinciones que concedia. Entonces el Conde y la Condesa de Trevanion se desposaron públicamente en la capilla de sus antepasados: la noble heredera llegó á ser el ídolo del pais, y Lady Edwin vió con gozo renacer el honor y la dignidad de su casa.

Miss Edwin, ya Madama Dumbar, imploró y obtuvo un perdon, que en el corazon de sus dignos padres habia precedido á la súplica. Dumbar era hijo segundo de un Par irlandés, y Lady Edwin consintió en recibirle por su yerno, y en formar á su hija un digno establecimiento de ella.

Las dos antiguas cuñadas habian vuelto con sus esposos á Portman-Square, y Madama Dumbar tomó su casa aparte apénas Sir William la puso en estado de poderlo hacer. Es verdad que este partido no le tomó voluntariamente, sino obligada en parte por la precipitacion con que Mr. Mellish quiso ir á ver la quinta de su muger en el Shropshire; y bien fuese por poco amor á dicha su muger, ó por falta de atencion á su amiga, no tuvo la política de convidarla para el viaje.

El Capitan Dumbar era jugador y gastador: bien pronto hizo desaparecer la primera cantidad que le adelantó su suegro, y hubo que pedir segunda, que fue concedida; pero aumentándose tales pedidos á medida de la generosidad del buen Baron, juzgó éste debia poner tasa á unos beneficios, que lejos de ser útiles debian perjudicar notablemente á su

hija, con especialidad en el momento en que su preñez estaba tan anunciada.

Sir William tuvo bondad y liberalidad hasta que vió que se trataba de abusar de ambas, é inmediatamente que creyó ver en Dumbar un designio de sacar ventajas para sostener los vicios á expensas de sus benéficas disposiciones, pasó al extremo opuesto, y se hizo tan inacesible á aquellas necias súplicas cuanto fácil habia sido antes á satisfacerlas.

El Capitan Dumbar, jóven y atolondrado, se cansó bien pronto de una renta que se le cercenaba, y de una esposa gastadora: y hallándose sin deseos ni voluntad de reformar ó disminuir sus gastos, tomó un grado mayor que le ofrecieron en las Indias occidentales, donde marchó inmediatamente, dejando á su muger que se compusiese como pudiese con su parentela.

La jóven y amable Condesa de Tre-

vanion, no menos respetada qué admirada en el gran mundo, amada y adorada en su Condado tanto como en su familia, y su marido no menos estimado por su rango y talento, que por la rectitud de sus principios y la bondad de su corazon, eran objetos demasiado brillantes para que Madama Dumbar quisiese hallarse á su lado en aquellas circunstancias. Esperando saber la resolucion de sus parientes, con quienes no habia querido ir á reunirse, prefirió pedir un asilo á Madama Mellish en el Shropshire; pero aquella compañera de sus locuras no tenia facultades para concedérselo.

El Capitan Mellish cuando llevó su muger á la provincia no tenia intenciones de volver á Londres, y mucho menos de permitir que conservase ésta sus antiguas relaciones. La situacion no dejaba tambien de estar cambiada, pero

de un modo diferente á la de su amiga: pues Mr. Mellish era tan avaro como Mr. Dumbar gastador, y como su muger no le daba hijos, él no se empleaba sino en ahorrar cuanto podia de sus rentas, para, en el caso de perder á su muger, poderse consolar con el dinero que tuviese junto; pues si aquella fallecia sin hijos irian sus bienes á parar al mas cercano pariente de la familia, que entonces estaba en pais extrangero. Asi es que en su casa no hubo habitacion para Madama Dumbar, por cuya razon se vió obligada á regresar nuevamente á Londres.

Madama Mellish, privada de cuanto amaba, contenida en todos sus gastos, y aun en los mas necesarios, distante de todos los manantiales de diversion á que era sumamente apasionada; y en fin, privada de toda especie de sociedad, tomó el único partido que estaba en su ma-

no para castigar la avaricia de su marido, quiero decir que se dedicó á beber licores fuertes siempre que podia proporcionarlos, y cuando no, los reemplazaba con otros de los mas comunes. Su constitucion fisica no tardó en resentirse de tan fatal recurso. Su marido falto de sensibilidad y de honradez, asi como despreció sus reconvenciones, se desentendió de sus lágrimas, hasta que sobresaltado seriamente á vista del peligro en que estaba, se empleó por avaricia en conservar una vida, que tambien por avaricia habia abreviado. ¿Cómo hubiera podido sufrir la idea de la pérdida de una esposa, cuya muerte debia privarle de tan grandes rentas? Con el mas ardiente deseo de ver restablecida su salud paseó aquel cuerpo flaco y abrasado de pueblo en pueblo, segun las instrucciones de los médicos, á quienes prometia montes de oro, si llegaban á cu-

rarla enteramente. Pero todo fue inútil: ella al fin pereció víctima de su propia imprudencia y de la parsimonia de su avaro marido.

Madama Dumbar se obstinó en no volver con sus parientes: de modo que éstos consintieron en señalarla una buena pension, y Lady Edwin se encargó de criar el fruto de su hymeneo, librándola asi de un cuidado que ella miraba como el mayor trabajo. Este fruto era una preciosa niña, quien tenia por nombre Cecilia asi como su madre y su abuela.

Viéndose nuevamente en posesion de los medios de vivir segun su clase, jamas se vió vacía su casa. Su puerta estaba siempre franca á aquella especie de gente que deshonraria una sociedad particular; pero que por ser de cierta clase, no eran enteramente despreciables. Al mucho artificio que ya tenia reunió

la experiencia adquirida, y con ambos auxilios tuvo la destreza de pasar por una muger brillante. Aunque todavia jóven y amable, fue circunspecta; pero jamas se la creyó una gran severidad en sus costumbres: en fin, ella sostuvo una especie de carácter dudoso, demasiado sospechoso á los ojos de la pura inocencia; pero tambien demasiado reservado para que pudiese llevar claramente el sello del vicio.

Mr. Wilkinson y su amable esposa, contentos con su suerte, se retiraron á Llandore, que era la residencia de Madama Herbert, aunque lo era solo en el nombre, por sus frecuentes salidas á la casa de su hijo, cuya morada siempre dejaba con disgusto todas las veces que iba.

Los progresos de las ferrerías eran para Wilkinson un manantial de riquezas mas puro y honorífico que lo hu-

bieran sido los grandes bienes de Sutton. La pension que él habia prometido á Mistress Willars fue pagada por Mr. Summers, quien por un capricho singular creía que se la podia mirar como una muger virtuosa en comparacion de otras muchas. Por lo menos de este modo logró preservarla de cualesquiera tentaciones, y no tuvo jamas motivo por qué arrepentirse de este acto de generosidad.

La tranquilidad del resto de sus dias, que pasó en Trevanion, no fue alterada por cuidado alguno: terminó su carrera en los brazos del jóven Conde, y su partida de este mundo, á que ya desde muchos años antes se estaba preparando, fue pacífica y sin tormentos ni agonía. La sonrisa de la benevolencia se veía en sus labios aun cuando ya la vida habia cesado de animarlos. Dejó á la Condesa y sus hijos la masa entera de sus bie-

nes, con mandas considerables á los de Wilkinson.

Mistress Wellers no dejó á Lady Trevanion sino por un tiempo cortísimo: tuvo la desgracia de perder en Layton á su estimable marido; pero aquel corazon sensible y agradecido, á quien ella habia tantas veces consolado en sus amargas penas, no la dejó que sintiese sola las suyas. El mismo Cárlos, ya Lord Trevanion, fue á buscarla, y con una bondad inexplicable la condujo á los brazos de su amiga, que por hallarse en cinta no pudo hacer el viage.

La buena señora se convenció de las atenciones de sus amigos para con ella, viendo la entera confianza que toda la familia puso en su hijo. Todos los intereses pecuniarios de las casas de Trevanion y Edwin fueron confiados al jóven Mr. Wellers, lo que fue muy ventajoso á todos. Las gruesas sumas que

constantemente manejaba no le fueron mas fructíferas en sus especulaciones, que útiles á aquellas familias su severa providad, exacta honradez y puntualidad invariable.

Elisa Melmoth se aprovechó de las lecciones y ejemplos de Lady Trevanion hasta la edad de diez y siete años, en cuya época, hecha una segunda Ana en virtudes y mérito, dió la mano al jóven Mordant, que fue á establecerse con su padre en su pais natal.

De este modo nuestra heroina, correspondiendo á las obligaciones que debia á su amado tio, al grande afecto de su primo, y á los consejos y educacion que habia recibido de Mr. Melmoth, á quien despues de la Divina Providencia era deudora de los beneficios que ahora gozaba, dejó á todos satisfechos: Mr. y Madama Melmoth lloraban de gozo viendo á su hija tan ventajosamente esta-

blecida. El jóven Mordant, contentísimo con su nueva esposa, que en virtudes y hermosura era el retrato de su amada prima, partió con su padre á la América, colmando éste antes de bendiciones á una criatura qne tan buen uso sabia hacer de su talento y bienes, y dando por bien empleados los afanes que le habia costado su descubrimiento.

Lady Edwin, satisfecho su orgullo de familia, se separaba raras veces de su sobrina, y se ocupaba en educar á su nieta segun aquel modelo, esperando hacerla digna de ocupar un lugar en el corazon de Lady Trevanion.

El Conde logró que Sir William perdiese por grados sus preocupaciones, y cambió su oposicion constante al Ministerio en un zelo patriótico por el bien de su pais y el honor de su Príncipe; y en fin, le convenció de que uno y otro eran sinónimos.

Él mismo fue el vigilante é independiente protector de los privilegios de la nacion en general, y de su condado en particular. Jamas se dejó llevar ni de preocupaciones ni de consideraciones particulares: él no sostenia en las personas los proyectos, ni se oponia á ellos sino en cuanto lo exigía el interés general. Su honor era superior á todo precio, y sus principios estaban al abrigo de toda tentacion, por aquella noble altivez que se desentiende de particulares respetos, y arregla los deseos segun los medios. Muchos poseían mas bienes; pero aquellos cuyas rentas eran diez veces mas considerables, no eran ni tan ricos, ni tan felices; porque él era generoso y justo.

Su esposa, eleccion de su primera juventud, es todavia el objeto de sus adoraciones: su belleza, aunque tan brillante, es quizás el menor de sus atracti-

vos. Su elevada clase ni su considerable caudal no crean aquel respeto que voluntariamente pagan á su corazon excelente y á su exquisito juicio. Sus deseos estan cumplidos, pues se poseen uno á otro; y son felices con un hermoso niño que hace el encanto de su vida. Todavia la disfrutan, y ojalá la gocen largo tiempo honrados de sus hijos, estimados de sus amigos y amados de sus compatriotas.

FIN DEL TOMO IV.

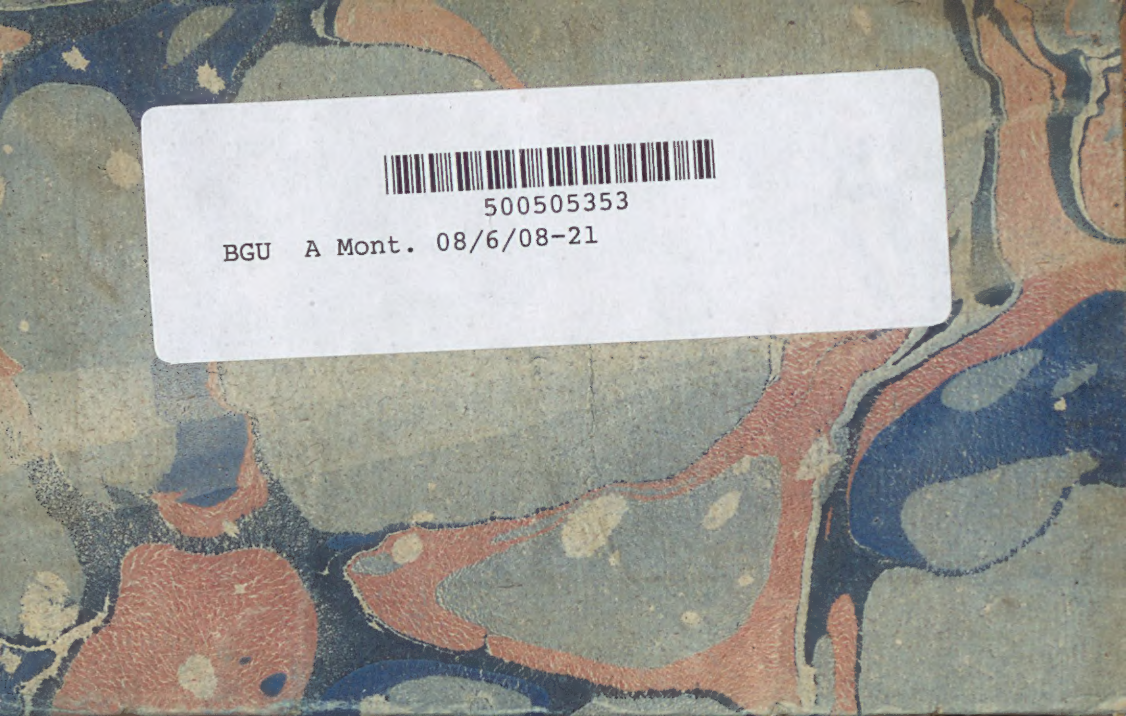
ÍNDICE

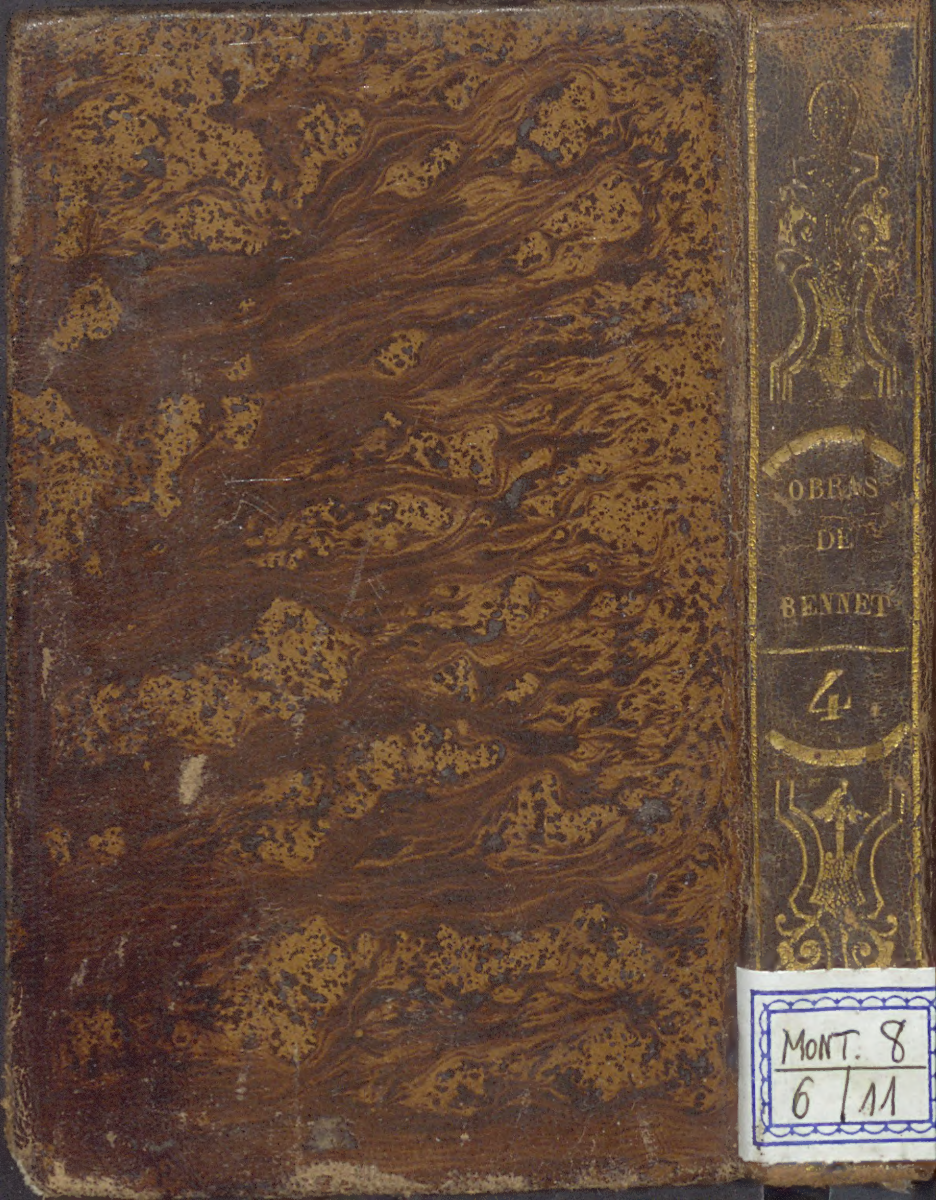
DE LOS CAPÍTULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO IV.

Nota. En el tomo V. se colocará la Lista de los Señores Suscriptores.




500505353
BGU A Mont. 08/6/08-21


OBRAS
DE
BENNET
4



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm